

ANA VÁSQUEZ-BRONFMAN

Las jaulas invisibles



NARRATIVA





ANA VÁSQUEZ-BRONFMAN

Ana Vásquez-Bronfman ha desarrollado paralelamente un trabajo de académica en psicología en Chile y en Francia y de celebrada escritora en los géneros de ensayo, novela y cuento. Al mismo tiempo cultiva el periodismo de reflexión, investigación y divulgación. Es autora de seis libros científicos: *La maldición de Ulises*, *Repercusiones psicológicas del exilio* (Editorial Sudamericana, 1990), *La socialización en la escuela y la integración de las minorías* en colaboración con I. Martínez (Madrid 1995), *Perspectivas etnográficas en el análisis de la educación de los años '90* (Madrid 1995), *La socialización en la escuela. Una perspectiva etnográfica* (Paidós, Barcelona, 1996), *Feminismo, dudas y contradicciones* y *En boca cerrada no entran moscas*.

Entre sus novelas y cuentos destacan *Los búfalos*, *Los jerarcas* y *La huesera* (Editorial Galinost, 1987), *Abel Rodríguez y sus hermanos* (Editorial La Gaya Ciencia, Barcelona, 1983), *Sebasto's Angels* (Editorial "La Decouverte", París, 1985), *Mi amiga Chantal* (Editorial Lumen, Barcelona, 1991), *Los mundos de Circe* (Editorial Sudamericana, Chile, 2000).

Los mundos de Circe ganó el Premio del Consejo Nacional del libro a la mejor novela inédita en 1999.

Ana Vásquez-Bronfman fue profesora de la cátedra de psicología evolutiva de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile, asistente asociado del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Caen. En la actualidad es investigadora del Centro Nacional de Investigación Científica de París. La densidad de su prosa, su penetración en el mundo femenino, su capacidad de reconstruir grandes escenarios y de ir hasta la médula de sus apasionantes historias caracterizan la obra literaria de Ana Vásquez-Bronfman. Esta novela, *Las jaulas invisibles*, revela la madurez de su talento literario y de su conocimiento de los seres humanos.

L DE CHILE

787

BLIOTECA NACIONAL



1048555

Ana Vásquez-Bronfman

LAS JAULAS INVISIBLES

LOS PERSONAJES DE ESTA NOVELA SON FICTICIOS, CUALQUIER
ALCANCE DE NOMBRES ES ÚNICAMENTE UNA COINCIDENCIA.



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

© ANA VÁSQUEZ-BRONFMAN

© LOM Ediciones

Primera Edición, marzo de 2002

Registro de Propiedad Intelectual N° 123.646

I.S.B.N: 956-282-421-7

Composición de la cubierta: Hugo Ortiz De Pinedo

Diseño, Composición y Diagramación:

Editorial LOM

Concha y Toro 23, Santiago

Fono: 6885273 Fax: 6966388

web: www.lom.cl

e-mail: lom@lom.cl

Impreso en los talleres de LOM

Maturana 9, Santiago

Fono: 6722236 Fax: 6730915

En Buenos Aires *Editores Independientes* (EDIN)

Baldomero Fernández Moreno 1217

Fono: 5411-44322840

editoresindependientes@hotmail.com

Impreso en Santiago de Chile.

Introducción, el complejo de Prometeo

“Nos proponemos reagrupar bajo el nombre de COMPLEJO DE PROMETEO todas aquellas tendencias que nos empujan a saber tanto como nuestros padres y más que nuestros padres, tanto como nuestros maestros y más que nuestros maestros”.

GASTÓN BACHELARD*

Alter Ego resopla ruidosamente. Lo hace con tanto entusiasmo que ha logrado alejar a todo el mundo, de manera que en torno a él y Veruchi se ha formado un espacio de aislamiento. Apoyada contra la baranda de metal que separa al público de la puerta de salida, Veruchi piensa que gracias a Alter Ego, cuando salga Mariana no podrá dejar de verla. Hace casi una hora que aterrizó su avión, ya han salido los pasajeros de otros vuelos que llegaron más tarde, y aunque cada vez que se entreabre la puerta, Veruchi se pone en puntas de pie para tratar de divisarla entre la gente que espera sus maletas, aun no aparece... ¿o no la reconoce?

Una puntada de desconcierto y de miedo le aprieta el pecho, ¿y si no la reconociera? ¿y si no “se” reconocieran? Si después de esos años Mariana pasara a su lado sin verla... Pero no puede ser, se repite, cuando se ha convivido con alguien durante tanto tiempo... De nervios, se inclina para acariciar a Alter Ego. Su alter ego. Un perro grandote y lanudo, torpe y cariñoso, amigo fiel, acompañante de su soledad escogida. Despreocupado, alegre, Alter Ego coletea, golpeando las baldosas con un tam-tam sordo que hace que algunas personas la miren con curiosidad.

—Tranquilo, Alter Ego, vas a conocer a Mariana, mi mejor amiga, mi primer modelo, no te pongas celoso,

* *La Psychanalyse du feu*, p. 26.

ella era mi primer alter ego. Mientras le habla se pregunta cómo habrá cambiado Mariana. La última vez que se vieron, tenía alrededor de 16 años, y ella misma un poco menos. Antes de partir al aeropuerto Veruchi buscó viejas fotos, quería encontrar a la Mariana de sus recuerdos, verse ella misma a su lado, las dos encaramadas en las ramas del nogal o echando carreras en la playa.

Y ahora, de adulta, de señora mayor, ¿cómo será? Lo que más le da miedo es que las dos hayan cambiado tanto que ya no les quede ni un ápice de lo que fueron.

Pero además de su inquietud, trata de apaciguar su desconcierto, o tal vez su molestia, no se atreve ni a confesárselo. Porque es también increíble que alguien pueda desaparecer de la vida de una persona, y hacerse presente treinta años después, sin molestarse en dar una explicación, menos aun una excusa. Hay que tener desplante, verdaderamente, para mandarle un fax, sin siquiera decirle cómo averiguó su número: "Querida Veruchi, soy Mariana. Hace tiempo que siento una necesidad terrible de conversar contigo. Quiero que me des tu opinión sobre lo que estoy haciendo. ¿Tienes tiempo para verme? Por favor contesta inmediatamente y por fax, puedo estar allá dentro de diez días. Te quiere, Mariana".

Cuando eran chicas Veruchi admiraba la naturalidad con que Mariana podía imponerse, hubiera querido ser como ella, autoritaria cuando era necesario. Pero cuando recibió el fax se dijo que ahora le molestaba, como si después de tantos años todavía estuviera aceptando que Mariana decidiera por las dos. No mostraba ni el más mínimo interés por saber cómo estaba, ¿te casaste? ¿qué haces? ¿...tienes hijos? Ninguna información, tampoco, sobre ella misma. Como si el presente no tuviera importancia.

Emergiendo de un grupo de turistas cargados de paquetes *duty free*, divisó ese pelo color miel tostada, porfiadamente crespo, inconfundible. De golpe sus miedos le parecieron ridículos. Delante de ella, arrugando mucho los ojos en una sonrisa alegre y conmovida, Mariana le abría los brazos como si nunca hubieran dejado de verse.

Alter Ego se precipitó encima de ellas en cuanto se abrazaron, ladrando y refregando el hocico contra las piernas de Veruchi, de manera de dejar bien claro que no

podían olvidarlo. Fue gracias a él que se quebró el hielo, Mariana traía una maleta pequeña, sobre ruedas, y una carpeta de papeles, increíblemente pesada. —¿La llenaste de plomo? —Casi casi, es la investigación de la que quería hablarte.

—Pero, escucha, Mariana. Hace tanto tiempo que no nos vemos, ni siquiera sé lo que estudiaste ni lo que haces.

Mariana contesta con naturalidad, probablemente no escuchó la pizca de resentimiento en la voz de Veruchi: —Hice unos estudios desordenados, nunca he sabido lo que quería hacer, literatura, documentación, algo de antropología... y al final, todo ha terminado por servirme, porque hago periodismo, reportajes de investigación sobre temas de sociedad, ¿nunca has leído uno de mis artículos? Veruchi escucha el tono resentido, —¿Cómo podría haberte leído, Mariana, si vivimos tan lejos? Y yo... mis intereses son tan distintos, trabajaba en informática, computación, máquinas... —¿Trabajabas, dices? —Lo dejé todo y me fui a vivir sola, en pleno campo. Tengo una casita en la ladera de una colina perdida, a una hora de aquí... —La crisis de la madurez, comenta Mariana riéndose, como si las crisis no fueran dolorosas porque todo el mundo “normal” pasa por ellas. Veruchi no alcanza a decir nada, porque va guiándola para salir del aeropuerto, y al girar buscando la puerta del aparcamiento, se encuentran bruscamente frente a una pared de espejo.

Mariana va aún riéndose, el pelo rizado le hace una enorme cabeza, como un casco cobrizo. Delgada, con expresión de cansancio y los ojos ansiosos, se nota que viene del corazón de alguna ciudad populosa, llena de tensión y humo. Veruchi es más alta y maciza, muy morena, el pelo canoso en una gruesa trenza, tiene un aspecto deportivo y saludable. Alter Ego, excitadísimo, gira y salta en torno a ellas. Las dos se detienen a mirarse, intrigadas. Así nos vemos, o, estas somos.

—Cómo hemos cambiado, comenta Mariana.

—Mira, dice Veruchi, con el tiempo, cada una se ha ido pareciendo más a su Mamá, ¿no encuentras que nos hemos vuelto iguales a ellas?

Mariana se detiene en seco, desprendiéndose de su brazo: —Ah no, ¡eso no! Por nada del mundo. No me digas que me parezco a ella.

* * *

Veruchi acciona la palanca de cambio y enfila hacia la ruta. La reacción de Mariana la ha desconcertado, ahora no sabe qué decirle y prefiere concentrarse en el camino. En la medida en que van dejando atrás las casuchas de calamina y se adentran en el campo, Mariana, a su vez, se deja atrapar por esa vegetación tropical, desconocida y exuberante, ¿... o es que no se atreve a entrar en el tema?

Es cierto que las ideas se le escapan de la cabeza, árboles, hojas gigantescas, verdes en todos los matices, basura en el borde de la carretera, no logra concentrarse, quisiera echarse a llorar como una niña chica, qué ridículo. Mientras preparaba el viaje estaba tan vitalmente entusiasmada, sentía que si Veruchi aceptaba hacer el análisis con ella, juntas podrían aclarar muchas dudas, darle más coherencia a su interpretación...

Ahora avanzan a toda velocidad por la parte más plana de la ruta. De todas maneras hay piedrecillas y el jeep salta mucho, Mariana se aferra a su asiento. Veruchi termina por romper el silencio, quizás porque va apoyada en el volante, con la vista fija en el camino, y es un buen pretexto para hablar sin mirarse, aunque sea para hablar de cualquier cosa.

—...No sé por qué me viene una imagen que tenía completamente olvidada: Justo después que llegué a tu casa, cuando se murieron los hijos de don Gerardo... y ahora que lo pienso, me doy cuenta que todavía tengo pesadillas con esa historia, con la ceremonia, quiero decir... Siempre le tuve mucho respeto a Vera, a tu Mamá, acababa además de invitarme a que viviera con ustedes, y no me habría atrevido a poner en duda nada de lo que me pedía que hiciera. Ni siquiera me atreví a preguntar de qué se habían muerto... no sé, ¿fue una difteria?

Mariana la interrumpe: —De esas banales que se curan en hospital. Mucho tiempo después, y por casualidad, encontré al pediatra que los había atendido y me contó lo que pasó. Había una epidemia en Santiago, al pediatra lo

llamaron a la casa de don Gerardo. El cuadro clínico era muy claro, hizo el diagnóstico a tiempo, explicó que con unos pocos días en el hospital los niños estarían fuera de peligro y se propuso para llevarlos inmediatamente en su propio auto. Don Gerardo no estuvo de acuerdo: vamos a esperar hasta mañana, le contestó. Al día siguiente, el pediatra pasó a verlos temprano, antes de ir al hospital. La membrana ya estaba completamente inflamada. –Si no se le da la atención adecuada, su hijo corre peligro, don Gerardo, tenemos que llevarlo inmediatamente al servicio de urgencia, la niña no está tan grave pero hay que ver cómo evoluciona. Venga conmigo. Entonces don Gerardo se apoyó contra la puerta y abrió los brazos: –Mis hijos no saldrán de esta casa sin mi autorización. Como solo conocía a don Gerardo como a cualquier paciente del barrio y nunca le había hablado de Narayana, del karma ni de la reencarnación, el pediatra lo interpretó de acuerdo a su experiencia: –Mire, señor. Tal vez me expliqué mal, este niño puede morir. Si usted tiene un problema económico, basta con señalarlo en la oficina de ingreso y el hospital le resultará gratuito. Por lo demás, no se preocupe, yo trabajo ahí y puedo explicar su situación. Además yo mismo puedo atenderlos. Imagínate a don Gerardo, su pelo blanco, la voz profunda, la mirada indignada: –¡El que no entiende es usted, joven! Lo he llamado para conocer su diagnóstico, no para que me diga lo que tengo que hacer. Sepa que mis hijos nunca han tomado esos remedios que recetan los doctores. El pediatra no podía creerlo: –Pero cómo, ¿y la receta que le dejé ayer? –Los remedios químicos son veneno envasado, joven, mis hijos se curan con plantas. A estas alturas, el pediatra ya estaba pensando que este señor no era como todo el mundo: –Don Gerardo, hay urgencia, ¿me entiende? Su hijo se está ahogando. En el hospital tenemos los medios para sanarlo. Don Gerardo seguía apoyado contra la puerta, inmovible. El pediatra se desesperó, lo tomó de los hombros remeciéndolo: –Se va a morir, ¿no entiende? Gritaba sin darse cuenta. Se va a morir por culpa suya. –No me falte el respeto, joven, y no opine si no sabe: si mi hijo llega a morir, será porque Dios lo ha querido.

El pediatra se fue directamente donde su jefe de clínica, le describió la escena con don Gerardo apoyado contra la puerta y le contó todo. A mediodía se presentó en la casa, acompañado por su jefe. Don Gerardo se negó a dejarlos entrar, les mandó un mensaje con la empleada, —mi hijo ya ha vuelto al seno de Dios. Necesito paz para acompañarlo en esta partida. Al pie del papel, el jefe de clínica escribió: “no nos llame a nosotros para el certificado de defunción”. Y firmó. Se murieron los dos. Los médicos no pudieron hacer nada porque por la patria potestad, legalmente, un padre está en su derecho de decidir si lleva o no a su hijo al hospital, ¿te das cuenta? —Debieran haberlo condenado por asesinato, me dijo el pediatra, no sabes, Mariana, el daño moral que me hizo todo ese asunto, incluso pensé en dejar la Medicina. Para mí fue muy importante que me lo contara, porque era uno de los primeros que me decía que estaban locos, y yo ni siquiera me había atrevido a pensarlo.

—Te voy a contar una cosa, Mariana, que nunca te dije. Cuando recién te habías ido de la casa, mi Mami se cayó en el jardín y se enterró un clavo enmohecido. Se le hinchó el pie, y después toda la pierna. Tu Mamá la curó ella misma, le envolvió toda la parte inflamada con paños calientes embebidos en sal. A mí me avisaron dos días después. Ardía de fiebre y la inflamación le llegaba hasta la ingle. Le dolía mucho. —¿Por qué no han llamado médico? —No es nada, hijita, sólo se enterró un clavo. Con un poquito de paciencia va a sanar muy bien. —Puede ser tétano. —No. Por qué piensas en las cosas malas, Veruchi, tú sabes que las atraes con el pensamiento. Me tienes confianza, ¿no? No me atreví a ser grosera y confesarle que estaba asustada. —Mira, le vamos a hacer unas pequeñas sangrías y eso la va a aliviar. Me volví hacia la enferma: —¿Qué quieres que haga? Entre su lealtad hacia tu Mamá y lo que le dolía la pierna, la pobre no sabía qué elegir. Optó por cerrar los ojos y hacerse la dormida. Volví en la tarde y encontré que la pierna se le estaba poniendo morada. Sin prevenir a nadie, me tomé un taxi y me fui donde un amigo mío, médico, que trabajaba en el servicio de urgencias. Me acompañó de vuelta. En cuanto la examinó dijo que tenía que ir en el acto a su servicio. Ni siquiera

esperamos una ambulancia. Le pusimos el abrigo sobre los hombros, y entre los dos la llevamos en vilo hasta su auto. Comienzo de septicemia, me dijo cuando partimos, un día más y hay que amputarle la pierna... Te lo cuento para que veas que casi diez años después, tu Mamá seguía pensando igual. –La diferencia está en que entonces tú fuiste capaz de actuar a pesar suyo. –La diferencia está en que a mí, nunca se me olvidó la muerte de los hijos de don Gerardo. Tenían nuestra edad, Mariana, podíamos haber sido nosotras, ¿por qué la difteria llegó a esa casa y no a la nuestra?... Y el rito, ¿te acuerdas? tu Mamá insistió en que nos vistiéramos de blanco, y como yo no tenía más que ropa oscura, me prestaste un pantalón y una blusa. Y cuando llegamos a la casa, don Gerardo nos puso una mano en la cabeza a cada una, a mí por lo menos, me apretó fuerte, y le dijo a tu Mamá, gracias por traer a este par de ángeles para que acompañen a mis niños hasta el umbral del más allá. Yo tenía mucho miedo, el más allá, ¿te das cuenta? ...Y nos quedamos todo el día en una habitación donde no había nada, salvo las cortinas blancas de algodón que no dejaban ver hacia afuera... Solo pasaba la luz. Tu Mamá me explicó qué simbolizaba la luz cósmica. Para mí eran palabras desconocidas, estaba tan impresionada que no me atreví a preguntar lo que quería decir. Íbamos girando para estar siempre de cara al sol, de eso me acuerdo. Y del agua y las uvas. “Han abandonado su envoltura terrestre. Sus almas ya se han liberado y navegan por el Tiempo y el Espacio cósmicos... regresan al seno de Narayana. ¡Aleluyaaaa! Recemos, amigos: Om namó... naraya nayah!”

–Sí, me acuerdo, lo decía haciendo resonar las emes como si fuera el zumbido de miles de abejas.

Ahora el camino empieza a subir en un sinnúmero de curvas, ese es el momento que elige Alter Ego para lamerle la cara a Mariana con brascas pasadas de lengua y baba; –¡Quieto! Cuando Veruchi se enoja, Alter Ego se hace chiquito y toma una expresión compungida. Mariana se echa a reír mientras se limpia la cara, Veruchi se concentra en el volante. Mariana mira deslumbrada esa montaña verde que se les viene encima, Alter Ego se refriega contra su hombro, es su manera de acogerla o por

lo menos así lo interpreta Mariana que se siente más cómoda y retoma el hilo: —Yo también estaba muy impresionada y esa noche le pregunté a mi Mamá, si podía haber sido yo la muerta. Me miró de arriba abajo con esa especie de reprobación que me hacía pedazos: —¡Imposible! Fue tajante. —¿Por qué?— ¿...Se le olvida su tema astral? Usted “no puede” morir. Tiene mucho que hacer aquí abajo... Mariana se ríe, con ironía, más bien con amargura. ¿Nunca te dijeron que yo tenía un destino excepcional? Cuando ella empezó a estudiar hinduismo descubrió la astrología, y como era tan seria para todo, lo estudió sistemáticamente. Aprendió a analizar eso que ahora la gente llama el “tema astral”, el significado de las posiciones relativas de los astros durante el día, o la noche, de tu nacimiento. Y después deducía su influencia en la vida que harías. Para mi mala suerte, el primer tema astral que estudió fue el mío, y trabajó con don Gerardo, por supuesto. Me acuerdo que se instalaron en el escritorio, con libros, mapas del cielo, papeles. Y cuando yo pasaba, don Gerardo me echaba unas miradas intrigadas. —Ha descubierto que tienes un destino importante, me explicó ella. Yo era demasiado chica para entender lo que me decía, solo podía interpretarlo como un cuento de magos y brujas que veían mi destino en una bola de cristal. Le creía, por supuesto, ¿cómo no le iba a creer si era mi Mamá? Me imaginaba exploradora, artista o médica famosa. Pero no era capaz de relacionarlo con mi vida cotidiana, así que seguía viviendo sin preocuparme mucho por las etapas que tendría que recorrer para alcanzar ese futuro grandioso. Pero en la medida en que mi Mamá se adentraba en el hinduismo, don Gerardo consideró como su deber el prepararme para mi destino. En esa época, las reuniones del grupo de lectura ya se hacían en la casa, y decidieron que yo tenía que asistir para que me fuera impregnando de la Verdad.

—...Era tan aburrido, Veruchi, yo no entendía nada, y además don Gerardo no hablaba sino que predicaba con un tono monótono. Al cabo de un rato me entraba un sueño terrible y a pesar mío se me cerraban los ojos. Cuando volvía a abrirlos, con ese sobresalto de los que se duermen donde no se debe, me encontraba con la mirada de ella,

con una expresión que a mí me parecía terrible, entre decepción y desprecio. Yo me moría de ganas de que me admirara, de que estuviera orgullosa de mí, y por eso me esforzaba en no quedarme dormida. Me enterraba las uñas en la yema de los dedos y apretaba fuerte los dientes para impedir que se me abriera la boca. No me vas a creer, ¡aprendí a tragarme los bostezos! Empujaba la lengua hacia arriba contra el paladar, y dentro de mí contaba hasta sesenta, ya aguanté un minuto, me decía, y al final terminaba por tragarme el bostezo. Pero de todas maneras me aburría tanto que aprendí a dormirme con los ojos abiertos y una gran expresión de interés. —Esta niñita tiene cara de ángel, decía don Gerardo cuando terminaba la reunión y se estaba despidiendo, ¡...escucha con tanta concentración! ...No te rías Veruchi, a la larga, no sabes lo que me pasó, se me produjo una especie de condicionamiento, y ahora, si estoy en una reunión donde alguien habla con el tono ceremonioso de don Gerardo, inmediatamente me da un sueño inaguantable... Bueno, por eso, yo no podía morirme, porque antes tenía que cumplir con mi destino. Una vez, en cuarto año, hicimos un viaje de estudios a Rancagua, el programa de historia, me imagino, la batalla y todo eso... Fuimos en dos buses, y al volver a Santiago, ya estaba oscuro, el bus que iba atrás tuvo un accidente. Nadie se murió pero hubo varios heridos. Creo que dieron la noticia por radio, porque cuando llegamos al colegio, las familias estaban en la puerta, nerviosísimas, preguntando a gritos por sus hijos. A nosotros nos habían advertido del accidente, pero le restaron importancia, así que solo al llegar me di cuenta de que era algo grave. Yo era una de las pocas a las que no la esperaba nadie, y por eso llegué furiosa a la casa. Mi Mamá estaba sentada en posición de flor de loto, meditando. —¿Sabes que hubo un accidente? Asintió en silencio. No podía salirse tan fácilmente de su meditación, me había advertido que no le hablara mientras lo hacía, pero esa vez rompí la regla: —¿Y ni siquiera te inquietaste de que me hubiera pasado algo? Me ofreció una mirada límpida: —Estaba segura de que no era el bus en que viajaba usted. Al contrario, prosiguió tranquilamente, los otros debieran agradecerle que usted fuera con ellos en el bus de adelante.

—...Y a mí, Veruchi, me marcó esa historia porque yo le creía, ¿entiendes? y por eso estaba convencida de ser invulnerable. A los catorce años echaba carreras en moto, me iba de excursiones a la montaña, era capaz de volver sola a la casa sin pensar en que pudiera correr algún peligro. Y lo más increíble, es que nunca me pasó nada. Una noche de invierno con neblina espesa, de esas en que no anda nadie por la calle, me crucé con una banda de tipos mal agestados. Me dijeron de esos piropos que más bien parecen amenazas, y yo seguí caminando al mismo ritmo, como si tal cosa. Ni siquiera los miré. Y me dejaron pasar. Cuando le conté, Vera no mostró ninguna inquietud, —era lo que había que hacer—, comentó. Por supuesto, al cabo de un tiempo, terminé por convencerme que era como todo el mundo... —¿Cuando te quebraste el tobillo aprendiendo a esquiar? —Cuando me caí me dolió horriblemente, pero no me convencía. Traté de ponerme en pie de nuevo y simplemente no pude. Me caí, y en ese momento también me caí de mi pedestal, ¿cómo podía suceder una cosa así? El hospital, el yeso; me parecía increíble que los dioses me hubieran abandonado. Como si Vera me hubiera sumergido en un ungüento mágico que me protegería siempre. Y de un día para otro, me di cuenta que no había ningún ungüento y dejé de ser inmortal. Entonces descubrí que por todas partes me acechaban peligros igual que a todo el mundo. ...No te rías, Veruchi, no fue divertido. Tú, por ejemplo, fuiste aprendiendo poco a poco a ser prudente y a prever los riesgos, a saber que si contradices a cada rato a los profesores están en su derecho de enojarse contigo... Yo, en cambio, lo tuve que aprender brutalmente y por eso, después de tener fama de valiente, me transformé en una cobarde miedosa.

Hacia los lados solo se ven troncos quemados. Veruchi los conoce tan bien que ya no los ve, y ahora que el camino se enancha se permite encadenar con sus propios recuerdos. —No era mi Mamá, sino la tuya, Mariana, y quizás por eso me parecía maravilloso que se interesara por mí y tratara de ayudarme. Cuando mi Mami me fue a buscar para llevarme a tu casa, me advirtió que ustedes eran vegetarianos. Yo ni siquiera conocía la palabra, pero ella me explicó. Hasta ese momento yo nunca me

había detenido a pensar si uno tenía o no derecho de comer carne, y por supuesto que no me daba ningún asco, al contrario, me gustaba. –Tú, Veruchi, me dijo mi Mami, cuando salgas de la casa puedes comer lo que quieras, pero en ningún caso en la casa, y tampoco preguntes nada. Así que yo no comía carne y no me hacía falta, pero si salía y me convidaban un bistec, lo devoraba con gusto y no se lo decía a nadie. Pero una vez, volviendo a la casa, me encontré con tu Mamá en la puerta. La saludé y en cuanto abrí la boca ella encontró que tenía aliento a carne. Se puso a interrogarme, tú sabes cómo era cuando quería descubrir algo, uno podía mentir pero ella seguía interrogándote, te hablaba de otra cosa para que estuvieras desprevenida y ¡zas! volvía a preguntarte lo mismo de otra manera: –Comiste carne, Veruchi. –No, ¡cómo se le ocurre! –Ah qué bien. ¿...Y de dónde vienes? –Estaba estudiando con la fulanita. –Qué interesante, y qué estudiabas... –Matemáticas, porque... –¿Era grande el bistec? Y así, hasta que terminé por confesar. No se enojó, sólo me miró con una expresión de tristeza y de decepción y yo me sentí como si la hubiera traicionado... Pero hay una cosa que quería preguntarte, Mariana: cómo empezó todo... cómo llegó ella hasta eso...

–Fue por culpa de mis clases de inglés... Cuando mi Papá se fue, ella me matriculó en un kindergarten inglés que estaba al lado de la casa. No me acuerdo de nada de lo que pasó en ese colegio, salvo que yo no hablé nunca y no aprendí ni gota de inglés. Incluso me hice pipí en clase, y me morí de vergüenza, porque no fui capaz de pedir permiso para salir.

–¿Por qué no hablabas? Hay un largo espacio de silencio. –Por qué, insiste Veruchi.

–...Creo que dejé de hablar después de que se fue mi Papá, no sé muy bien por qué. Mi Mamá no se dio cuenta porque en la casa yo hablaba normalmente, pero en otros lugares o con otra gente, la lengua se me ponía tiesa, se me secaba la boca y no me salían las palabras. Vera solo se dio cuenta al final del año, porque había una fiesta en el colegio y los padres estaban invitados. La profesora se acercó a saludarla: –Señora, ¿por qué no me advirtió que su niñita es muda? –¡Pero qué dice, si no es muda! –En el colegio no le hemos oído la voz... Entonces me llamó y

me ordenó: –Dale las gracias a la Miss y despídete de ella. Yo no fui capaz de hablar, le hice un gesto con la cabeza y me escapé a la carrera.

–...Y entonces, ¿en vez de preocuparse por qué no hablabas te tomó una profesora de inglés para la casa? ...Vaya psicología...

–Ahora resulta ridículo, pero entonces lo interpretaron como un capricho y nadie le dio mucha importancia. El inglés, en cambio, sí que era importante. No el inglés del colegio, con frases correctas pero corrientes, sino el inglés de la gente bien en su vida de todos los días. No sé dónde encontró una señorita, una joven lady, que venía todas las tardes a tomar el té conmigo. Tú todavía no habías llegado, por eso no la conociste. Tu Mamá preparaba scones, cakes, mermeladas, té, y la miss Guire y yo conversábamos. Entre paréntesis, es por eso que sé mantener una conversación de buen tono, pero no aprendí a desarrollar ideas en inglés. Según la miss Guire, lo más importante para la conversación era no dejar que se instalaran silencios demasiado largos. Si nadie decía nada, una debía depositar su taza cuidadosamente, limpiarse los labios, y decir “Is that so”?

Veruchi suelta una carcajada: –¿Y eso qué quiere decir, Mariana?

–...¿Es así? ¿es cierto? ¿sucedió de esa manera? ¡qué interesante! ¿...Cuénteme más? Todo al mismo tiempo, pero la connotación depende del tono con que lo dices. Si insistes en la exclamación, es como si dudarás de lo que te están contando y eso es de pésimo gusto. Tampoco puedes asombrarte demasiado porque pasarías por tontona. El secreto está en darle el tono justo al “is-that-so”. Tienes que demostrar que te intriga un poco y que el tema te interesa. Yo aprendí a decirlo bien, y también sé decir “lovely” en el momento adecuado, y si estoy muy entusiasmada, “how gorgeous”. Lo peor, Veruchi, es que es de verdad un código, si lo dices como corresponde, desencadenas la respuesta codificada, y te puedes pasar la vida hablando y hablando sin decir nada interesante... y lo más increíble es que la gente te encuentra fantástica. Asimilé también las manías, los modales en la mesa, pelear la fruta con tenedor y cuchillo, cuatro minutos de

infusión para el té, la leche se sirve primero en la taza y todas esas patrañas...

Veruchi frena bruscamente, y detiene el jeep al borde del camino: –Perdona que te lo diga, Mariana. Me parece una pose de “niña bien”. Tú puedes permitirte poner en ridículo esos modales porque los adquiriste desde chica, porque se sabe que te educaron con ellos. Si no los usas, no es por ignorancia sino por una especie de originalidad de burguesita... Pero yo, cuando me invitan a comer, siempre siento que me están observando disimuladamente para comprobar si “sé comer”. Tú no te das cuenta de lo importante que resulta, porque nunca has dudado de lo que tienes y de lo que eres. Como clase social, quiero decir. Yo creo que en vez de ridiculizar tus modales de señorita, debieras agradecer que te los hayan enseñado....

Cuando Mariana se siente incómoda se ruboriza hasta la nariz. Mira a Veruchi con una expresión de perro apaleado, –¿...tú crees? A Veruchi le tiemblan las manos, ya está arrepentida de su estallido: –Discúlpame, hagamos como si no te hubiera dicho nada. Mariana sonríe con cierto desgano, –pero sí lo dijiste. –Bueno, discúlpame... Mira, me estabas explicando cómo fue que tu Mamá se interesó por el hinduismo. Pone el contacto y se concentra de nuevo en el volante. Mariana se sienta de lado y acaricia a Alter Ego. –...La miss Guire venía todos los días, mi Mamá la saludaba amablemente aunque nunca hablaba mucho con ella. Pero un día la miss se enfermó y en vez de avisar que no podía venir, mandó a su novio para que me hiciera clases en su lugar. No sé por qué lo hizo, me imagino que para no perder la plata. El caso es que el novio no era un inglés auténtico, sino un inglés a medias, nacido en la India, hijo de padre hindú y madre inglesa. Me imagino que a ella le pareció que era su deber conocer a este señor que le hacía clases a su hija, y vino a tomar el té con nosotros. Por cortesía o por curiosidad, le preguntó por la India. El novio era bajito, macizo, muy moreno, con unas cejas gruesas y oscuras, tan espesas que se le juntaban en medio de la frente como si se les atravesara una línea gruesa. Tenía unos modales igual de exquisitos que la miss Guire, un acento casi demasiado

impecable y construía sus frases a la perfección. Era un tipo interesante, había recorrido la India entera, tenía curiosidad por todo, especialmente por las culturas y las religiones. Mi Mamá se puso a conversar con él y en ese momento me di cuenta que ella hablaba inglés perfectamente. Me acuerdo porque pensé que no necesitábamos para nada una profesora. Como yo era tan insegura, se me ocurrió que si no me enseñaba ella era porque no le gustaba tomar el té conmigo.

—Escucha, yo nunca te hubiera imaginado insegura... ¿Cómo puede ser que te conozca tan poco?

—Yo creía que ella me encontraba muy poca cosa, y me pasé una parte de la vida tratando de que me quisiera... Bueno, volviendo al novio de la miss Guire, creo que lo encontró interesante porque se quedó conversando con él el resto de la hora. Yo entendí que el novio ya no me estaba haciendo clases y como me aburría bastante, me deslicé de la silla y traté de irme sin que se dieran cuenta. Pero él reaccionó y me empezó a contar cuentos de elefantes. Me quedé, por supuesto, pero muy rápidamente siguieron conversando y me olvidaron del todo. La miss Guire faltó unas dos semanas, su novio aparecía puntualmente en su lugar, conversaba un poco conmigo, Vera llegaba cuando servían el té, y se ponían a hablar animadamente. Era un "iniciado", había estado en un monasterio en los Himalayas estudiando los textos sagrados, y le explicaba la creación del mundo y la simbología de los Vedantas. Y por último, un día, le trajo un libro de regalo. Era el *Bhagavad Gita*. En inglés, por supuesto. Y se transformó en su libro de cabecera.

—¡Yo tengo ese libro, Mariana! Me lo dio cuando se fue. Te lo voy a mostrar cuando lleguemos a la casa. Está todo subrayado. Lo tengo como una reliquia... la recuerdo sentada en un cojín, con las piernas cruzadas. Leyendo. Podía abstraerse del mundo por leer este libro. Como yo la admiraba y ella lo leía con tanta atención, le pedía permiso para hojearlo y sentirle el olor, como si la magia estuviera en el objeto mismo. Después, cuando fui más grande, le pedí que me dejara leerlo. Ella me explicó que estaba en inglés y que tenía que estudiar bien el idioma para entender. Fue un estímulo, te das cuenta Mariana, y

además tuve la suerte de tener una excelente profesora, así que de alguna manera creo que aprendí inglés para leer el *Bhagavad Gita*. Mariana no contesta. Aparentemente está concentrada en el paisaje. Veruchi la mira de reojo, deja pasar un rato, e insiste: —Entonces, fue el novio de la profesora de inglés que la introdujo...

—... Y ella estaba deslumbrada. Al principio discutían mucho, Vera se refugiaba en sus principios racionalistas y rechazaba de plano la idea de la reencarnación. —La muerte es una y definitiva, insistía. Me acuerdo porque yo daba vueltas en torno a ella como un moscardón, tratando de que me hiciera caso. Hasta que un día el novio vino acompañado de otro señor de más edad, chileno. El Maestro. Ahora la palabra Gurú se usa de cualquier manera, pero en su origen quiere decir eso: Maestro. Don Gerardo tenía un vozarrón profundo que en general lograba controlar, pero se notaba que era bastante autoritario. Esas primeras visitas todavía aparecían como mis clases de inglés, pero con tantas conversaciones, las clases duraban mucho más de una hora, yo tenía hartos tiempos para aburrirme y trataba de escaparme con cualquier pretexto. Entonces el novio de la miss Guire o el mismo don Gerardo se dedicaban a retenerme hablándome, yo me sentía clavada en la silla, *yes, yes, I beg your pardon*, no don Gerardo, nunca he pensado en lo que pasa después de la muerte, ¿... si he visto morir un animalito que haya querido mucho? Este... sí... un pollito... ¿Cómo? No me acuerdo de haber llorado... Vera agregaba, —la niña es muy sensible, dejó de comer cuando se murió el pollito, daba vueltas por el jardín sin hablar con nadie... —La muerte es una liberación, interrumpía don Gerardo, el espíritu se libera de las ataduras materiales y puede alcanzar... no me acuerdo qué más, porque no entendía nada, y no le creía mucho tampoco. Me daba vergüenza que Vera se diera cuenta porque se veía tan interesada, así que hacía como si entendiera y creyera todo...

—¿Y qué es esa historia del pollito? —Eran una pareja, Veruchi, el macho era blanco y la hembra, como del color de mi pelo. La hembra se murió... En realidad, yo la maté y era por eso que estaba tan triste. —Pero Mariana, ¿qué

invención es esa? Le torciste el cogote, le enterraste un cuchillo... –No, no fue así... Un día se me ocurrió que como eran pareja, tenían que ser iguales, y lavé la hembra con agua y jabón para que destiñera. La pobre aleteaba y se debatía, pero yo la sujetaba firme bajo el chorro. Dos días después se murió. –Cómo puedes creer en esas patrañas, Mariana. Entonces, cada vez que llueve se morirían todas las gallinas... Mariana la mira, sorprendida: –¿Tú crees? No lo había pensado. Veruchi se ríe: –Son culpas de niño de ciudad, a mí nunca se me hubiera ocurrido algo así... Mira, Mariana, ya llegamos: Esta es mi casa. ¡Bienvenida!

PRIMERA PARTE LA HERENCIA DE LOS DESEOS FRUSTRADOS

I

Serguei Belchenko y Vera se conocen en la casa de los Freudenstein y Serguei le confiesa sus mayores frustraciones. El barco de los emigrantes y la magia de los recuerdos compartidos. El deseo secreto del pequeño emigrado, la Rubia de las naranjas. De cómo Serguei y Vera creyeron que estaban predeterminados el uno para el otro.

Se conocieron en una de las tertulias que organizaban los Freudenstein a comienzos de 1920. Como era la mayor de las mujeres se suponía que Vera tenía que hacer de dueña de casa, así que iba de grupo en grupo ofreciendo tazones de chocolate con canela y sándwiches en pan de hallulla —entonces no se usaba todavía la palabra sándwich—. A Vera le cargaba hacer de dueña de casa pero había descubierto que era una buena técnica para sacarse de encima a la gente pegote y aburrida, le servía también de pretexto para conversar con quien se le daba la gana. Serguei estaba de pie, solo, apoyado en una cómoda que tenía como único adorno un enorme florero antiguo lleno de lilas oscuras. Ella se le acercó con su bandeja, —te gustan las flores, le preguntó, para decirle algo.

Vera se había fijado en Serguei, primero que todo porque él y Yakov eran los únicos que no conocía personalmente. Ya sabía quiénes eran, todo el mundo los conocía, a él y a su hermano. Para la Fiesta de la Primavera que organizaron los estudiantes habían bailado en la Gala del Teatro Municipal un kazachov que inmediatamente los hizo famosos. “Los rusos”, los llamaban, porque para bailar de esa manera tenían que ser auténticos cosacos, aunque Vera también había oído un rumor de que Yakov y él eran gitanos, bastaba con verle los ojos para darse cuenta. Les decían los rusos, además, porque hasta ellos mismos se confundían con su apellido. Recién habían

ido al Servicio de Extranjeros a sacar sus papeles de residencia y les tocó un funcionario flojo y con mala ortografía. No tenía intenciones de molestar mucho y *manu militari* les cambió el "Vershenkov" a "Belchenko". Como ellos tampoco entendían mucho, solo se les ocurrió verificar el documento a la mañana siguiente y volvieron desesperados al Servicio de Extranjeros: ¡No es así como se escribe nuestro apellido! El funcionario apoyó sus manos regordetas sobre su mesa, se incorporó resoplando y les contestó con voz tronante: ¡No hay reclamo que valga hoy, jóvenes! ¡El reclamo se hace en el acto o no se hace! El Servicio de Extranjeros era la policía, fatalmente los emigrantes se sentían inseguros y el funcionario lo sabía. Yakov y Serguei no se atrevieron a seguir protestando, salieron de ahí con plomo en el corazón y todavía no se acostumbraban al nuevo nombre.

Tampoco era por casualidad que se hablaba tanto de ellos, eran altos y espléndidos, Yakov era el más alegre y expansivo de los dos, pero a Vera le atraía más Serguei. Le intrigaba su expresión melancólica. Por eso depositó la bandeja sobre la cómoda y lo miró directo a los ojos. Serguei le sostuvo la mirada, estaba seguro de su capacidad de seducción. —Es que son lilas, le explicó, mientras aceptaba un tazón. Mmm... ¡Chocolate caliente!... gracias, muchas gracias. Vera le sonrió un poco por costumbre, le gustó su voz, pero que las flores fueran lilas o rosas, la dejaba indiferente. Hay un riesgo en ese juego de dueña de casa amable, como vas y vienes haciendo preguntas y comentarios banales, te olvidas de tus defensas y las cosas más serias te pillan desprevenida. Retomó la bandeja para seguir ofreciendo hallullas y chocolate, pero él siguió hablando y a ella se le ocurrió que dejarlo con la palabra en la boca sería una grosería.

—...Las primeras lilas anuncian el final del invierno... cuando terminé el Gymnasium y aprobé el último examen, en la Alexandrovskaya ya estaban vendiendo ramos de lilas. Para no pasar por una mal educada, Vera le preguntó de dónde era, pero antes que él se lo dijera, ya lo había intuido. Y entonces se dio cuenta que cuando él y Yakov entraron a la casa, envueltos en sus gruesos

abrigos forrados en piel y con las chapkas que trajeron de Rusia, a pesar suyo le habían traído un recuerdo que siempre estaba tratando de olvidar.

Kishinev.

Vera tuvo ganas de arrancarse. Pero la abuela Judith la había educado de una manera tan rígida que ahora le resultaba imposible tener "malos modales". Le ofreció una sonrisa formal mientras levantaba la bandeja y trataba de alejarse.

—.... Nosotros también somos de Kishinev (Humo denso, gritos, horrible sensación de pánico y desconcierto, zapatos embarrados moviéndose como si no estuvieran en sus pies, ¡rápido rápido! y esa voz que susurra, ¡ánimo Vérele, ánimo!). A pesar suyo se quedó inmóvil, vacilando, y entonces de sus labios salió una frase ajena, como si por su boca hablara otra persona: —Nunca voy a volver.

Esa fue la primera vez que se hablaron. Serguei se desconcertó, ¿qué quería decir? Vera desvió la vista. Pero Serguei alcanzó a verla. Ojos de miedo. No supo qué hacer. Yakov le había hablado tanto de los Freudenstein que los imaginaba como una familia poderosa, viviendo en medio del lujo, con cuatro hijos en la Universidad...

Como Vera era orgullosa se sintió obligada a seguir conversando para que Serguei Belchenko no se fuera a quedar con la impresión de que era una tonta. Le sonrió otra vez, —¿Y a quién le comprabas las lilas? Las conversaciones siempre están en equilibrio entre lo interesante y las tonterías que uno dice para esconder lo que le importa. Vera lo odió porque la llevaba a hablar de lo que siempre estaba tratando de olvidarse, por eso agregó con un tonito levemente despectivo que ella manejaba con destreza, —... ¿para una novia quizás?

Serguei se dio cuenta de la agresión, la sintió gratuita y Vera le pareció arrogante. Quizás, pensó, está muy consciente de ser rica y sabe perfectamente que a mí me invitaron solo porque Yakov es compañero de curso de Jimmy. Se sintió humillado y decidió castigarla a su manera, haciéndola sentirse culpable. Meneó la cabeza como

si estuviera gravemente enfermo y le dijo con su voz más sentimental, —eran para mi abuela... La Bobbe —mi abuela— adora las lilas. Claro, yo no podía ofrecerle un enorme ramo como este, pero ahorraaba aunque fuera para llevarle una sola ramita. Le gustaban las más oscuras...

Serguei se calló bruscamente, se sentía como un intruso en esa casa. El falso estudiante. Porque tampoco era totalmente el dependiente que vendía ropa tosca en el barrio estación. ¿Qué tenía que decirle a esa chica Freudenstein, tan elegante, de tweed y viyela, beige sobre beige? ¿Confesarle que pasaba el día doblando pantalones mal cortados y cotonas de trabajo? ¿Y que antes lo echaron, porque vendía enciclopedias a domicilio y los compradores no pagaron las mensualidades? Suspiró, probó el chocolate: —.... lo que pasa es que yo... ¡siempre quise estudiar Medicina!

A Vera le resultó demasiado. Era ella la que siempre quiso estudiar Medicina. No ese ruso cargante de buen mozo. Le latían las sienes... No se sentía capaz de seguir burlándose, pero habría estado feliz si él se hubiera esfumado en ese mismo momento. Echó una ojeada a su alrededor. ¿Por qué no venían Jimmy o Mauricio a rescatarla? ¿Y adónde estaba Ezequiel?

Ezequiel era su novio. En realidad no estaba de novia porque por molestar a la Abuela había decidido no casarse, y se lo decía a quien quisiera escucharla. La señora Judith siempre acusaba el golpe, se indignaba, se escandalizaba y le decía que no querer casarse era una falta contra el orden moral. Para ella, eso era más que dios. Esas primeras familias de judíos que emigraron a América eran solo un puñado de personas, todo el mundo se conocía y se controlaba, quizás por eso también la Abuela no podía soportarlo. Ezequiel también estudiaba dentística y se conocieron el día en que fueron a inscribirse a la universidad. Ezequiel Gutman. Lo llamaron justo después de ella, Vera Freudenstein. Los dos eran de "la Colonia" como se decía entonces, aunque ya la expresión era ambigua porque ninguno de los dos hacía "vida de Colonia". No se conocían, pero seguro que se habían visto antes. De ahí en adelante, siempre los nombraban a uno después del otro en las listas de la Escuela, les tocó

hacer juntos los trabajos prácticos, y se organizaron para estudiar en equipo, y... así fue. Estaban en el mismo grupo, compartían los mismos amigos y llegaban juntos a los conciertos. Todos empezaron a tratarlos como pareja antes de que se hubieran dado el primer beso... Durante los dos primeros años de universidad se acostumbraron tanto a estudiar juntos que llegó a molestarles trabajar con otra gente porque les parecía que perdían tiempo. Podían descifrarse los apuntes, conocían lo que le costaba más al otro, y sabían cómo interrogarse para estar seguros de que lo sabían todo. Cuando estaban cansados se iban a pasear por el parque, se prestaban libros de poemas y les gustaba jugar a las adivinanzas, uno recitaba un verso y el otro tenía que decir el nombre del autor. La tarde de esa tertulia en que los Freudenstein invitaron por primera vez a Yakov y a Serguei Belchenko, Vera y Ezequiel estaban en cuarto año y ya eran una verdadera pareja, en el sentido de que "lo habían hecho". A Ezequiel le costó mucho "declararse", porque más que admirarla, la veneraba, y le parecía demasiado extraordinario que ella pudiera quererlo. Antes de conocerla no se le habría ocurrido que una mujer podía haber leído tanto como un hombre, y se quedaba boquiabierto de admiración cuando ella estaba con chispa y se transformaba en el corazón de las reuniones más sofisticadas. Por supuesto que Vera se dio cuenta de lo que le pasaba, y como Ezequiel era tan tímido, tuvo bastante tiempo como para decidir lo que haría cuando se le declarara. Nunca había tenido un amigo como él, y como era muy intuitiva, entendió que para conservar al amigo tenían que transformar esa relación en otra cosa. En su escala de valores, un amigo era mucho más que un amante. Con todo, aunque Vera hacía lo que se le daba la gana, de común acuerdo con Ezequiel, tuvieron cuidado de que no se supiera. Vera era así, capaz de desafíos, pero al mismo tiempo los ponía en práctica con prudencia. En este caso, aunque estaba casi segura que a don Luis no le importaba mucho, tampoco tenía intención de crearle problemas. Si la gente de la Colonia hubiera sabido que su Verita, su Vérele, como le decían los más viejos que todavía hablaban en idish, su hijita querida se acostaba con el chico Gutman... bueno, le habrían hecho la

vida imposible para que la obligara a casarse. Claro, habría sido divertido que se supiera en Santiago e incluso en Moisesville, solo para molestar a la Abuela, pero ella había proclamado que no se casaría nunca, y no pensaba quedar en ridículo echándose atrás.

Cuando Vera estudiaba en el Liceo tenía dos grandes amigas, Marilú Cotapos y Elisa Marmentini. Las tres se tenían una confianza ilimitada, se contaban todo y más que interesarse por el amor, era "lo otro" lo que les preocupaba. Durante los seis años de humanidades estuvieron hablando sobre cómo sería, cuánto podía doler la primera vez, qué había que hacer para no quedarse embarazada y si una podía hacerlo con alguien que no fuera su marido... Así que antes de terminar el Liceo, ya habían averiguado del calendario de Ogino, y sabían bastante sobre cómo cuidarse de la sífilis y la gonorrea. Las tres se habían jurado que lo harían antes de casarse... si es que se casaban (Vera y Marilú afirmaban que no tenían intenciones). En todo caso, la primera que lo hiciera se lo contaría todo a las otras. En esa época del liceo, para Vera las amigas eran mucho más importantes que la familia. La primera que se atrevió fue Elisa Marmentini, y lo hizo con su primo Aldo. Estaban enamorados desde siempre y se habían prometido que se casarían en cuanto ella terminara el Liceo. Pero cuando estalló la guerra en Europa, aunque había nacido en Chile y ni siquiera conocía Génova, a Aldo le dio una especie de locura patriótica y se alistó en la Brigada Italiana. Ya estaban de novios oficialmente, con iglesia y anillos, trataron de casarse antes de que partiera Aldo, pero la familia consideró que Elisa primero tenía que terminar el Liceo. Entonces ella se lo propuso, porque quería ser su esposa de verdad, pasara lo que pasara. Fue toda una aventura encontrar el lugar donde "podían hacerlo", Vera y Marilú seguían junto con Elisa las peripecias de Aldo convenciendo a un amigo de que les prestara su casa cuando sus padres se fueron al campo... y vibraron después, cuando les contó que casi no le dolió porque él fue tan suave... —¿Pero qué se siente? ¡cuenta! Algo tibio, maravilloso, algo que te invade... embriagador... ¡hermoso! Elisa les habló, les describió, les explicó, y ellas dos la admiraron y la envidiaron. Qué ganas

de pasar por eso de una vez por todas. Hacerlo así, a escondidas, se decían las tres, es mucho mejor. Porque eso de llegar virgen al matrimonio y que todo el mundo esté informado justo en el momento en que dejas de serlo... Esa desvirginización pública les parecía indecente.

Sin embargo, y a pesar de que Vera tenía una relación fuerte con Ezequiel, cuando Serguei le dijo que era de Kishinev, se le cortó la respiración y tuvo la certeza de que ese ruso contaría en su vida. Desde que se habían instalado en Moisesville, tácitamente los Freudenstein actuaron como si nunca fueran a retornar, e incluso sin ponerse de acuerdo entre ellos hicieron lo posible por borrar esa época de su memoria. Por eso Vera se espantó de sí misma cuando se escuchó confesando que nunca volvería. Para ella Kishinev no era más que una palabra olvidada, una ciudad imprecisa en algún lugar de Rusia. Lo peor era, por lo demás, que Serguei tampoco se lo había preguntado. Sintió que había sido grosera con el ruso que no le había hecho nada para merecerlo, si tomaba su bandeja y se alejaba resultaba más grosera todavía. Por eso se quedó junto a él, aunque no se le ocurría de qué seguir conversando.

... Y entonces Serguei le confesó la mayor frustración de su vida, olvidándose de que acababa de conocerla y que la encontraba arrogante. No había podido estudiar Medicina. No tenía cómo saber que desde siempre Vera también soñaba con ser médico, aunque en el momento mismo, se dio cuenta que su confesión la había impresionado. Los dos se quedaron embobados mirándose, como si estuvieran atrapados en una tela de araña. Intrigados. Claro, Serguei era muy buen mozo, quizás Vera no había conocido a nadie tan buen mozo como él, y ella era la primera universitaria con la que él conversaba. Y además tenía fama de inteligente y elegante, cualidades que, desde que había pasado por Liverpool, Serguei admiraba profundamente. A los dos se les ocurrió en ese momento que quizás estaban pre-destinados el uno para el otro, como en esos cuentos de hadas en que una princesa encuentra, por fin, al príncipe que la hará feliz.

Pero los dos desviaron la vista y tácitamente le dieron un giro más frívolo a la conversación. En realidad,

ninguno de ellos sentía que era el momento para encontrar el amor de su vida. A Vera le faltaban dos años de clases y la redacción de la memoria de grado, y no le hubiera sacrificado su carrera a nadie en el mundo. Ya se había dejado embaucar por la Abuela para no hacer Medicina, no estaba dispuesta a perder ahora la dentística. Además estaba Ezequiel. Vera se estremeció y se excusó inmediatamente, —discúlpame, se están enfriando los tazones de chocolate. Con todo, esas pocas frases que intercambió con Serguei le causaron una emoción que hacía tiempo no sentía con nadie, ni siquiera con Ezequiel. Hizo un esfuerzo para expulsar esos malos pensamientos. Ezequiel era un gran amigo, un maravilloso compañero, no era un tipo exaltante pero ella lo sentía muy sólido. Así que siguió avanzando hasta que llegó al grupo donde estaba Ezequiel, depositó la bandeja en el suelo y se sentó a su lado.

Serguei también estaba impresionado, pero aunque había sentido esa cosa indecible que pasó entre los dos, tenía plena conciencia de que no era más que un pobreton, ni siquiera estaba en la universidad, y los Freudenstein, y todos los que se encontraban en esa tertulia, eran por lo menos hijos de una familia con lo suficiente como para mantenerlos mientras estudiaban. Hasta su propio hermano estaba haciendo Medicina. Solo él era un “don nadie”. Desde chico, desde esa primera vez que viajaron en barco, fatalmente se sentía como un observador que mira desde afuera. El extranjero. Ahora mismo, escuchaba, contestaba cuando le hablaban, se reía con las bromas, pero se sentía ajeno, como si no tuviera derecho a estar ahí, riéndose entre todos ellos. Se habría ido al instante, pero al mismo tiempo el ambiente era tibio y agradable y no tenía ganas de salir al frío. Se acercó al grupo donde estaban Vera y Ezequiel, se discutía sobre la verdad en el arte, o quizás sobre el agnosticismo. Tenía la palabra un joven filósofo que decía que la búsqueda de la verdad es un proyecto de vida. El tipo de conversación que a Serguei le daba dolor de cabeza, porque nunca sabía muy bien si los que hablaban se creían todo lo que decían o si tomaban la palabra para mostrar lo brillantes que eran. Se interrumpían con vehemencia y

Serguei se dijo que ni siquiera se escuchaban unos a otros. De repente, el joven filósofo lo vio. Lo conocía, por supuesto, era de los que lo aplaudían cada vez que bailaba kazachov: —...Y tú qué piensas, Serguei, le preguntó a quemarropa.

Serguei se había sentado en una banqueta apoyando los codos en las rodillas. Entrecruzaba sus dedos largos y un poco huesudos. Todos lo miraron, Serguei se puso pálido: —... No entiendo muy bien cuál es el eje del problema, dijo en voz baja, mientras pensaba que había caído justo en medio de la *intelligentsia* y que le estaban tomando examen. —... Cuando veo “El tío Vania”, por ejemplo, detrás de los diálogos y de los problemas inmediatos de los personajes... Le costaba decir la erre en castellano y lo sentía como una falta de pronunciación, para disimularlo las hacía resonar como en el teatro. Pero tenía que articular con cuidado y por eso se veía obligado a hablar lentamente. Después de decir “perr-sonajes” miró alrededor suyo, lo estaban escuchando sin ningún asomo de burla, —... creo que Chejov no me está transmitiendo la verdad directa de esos personajes, sino algo que va más allá, una reflexión sobre la libertad, y eso es lo que me interesa...

Se había mostrado a la altura y los demás se lanzaron a discutir entre ellos con el mismo entusiasmo de antes que él hablara, Serguei pensó que con eso era suficiente, no valía la pena esforzarse para seguir diciendo cosas inteligentes. Y ahora qué, se preguntó, ¿a quién le importa? Seguía sentado con las manos cruzadas y la vista concentrada en algún punto misterioso de la alfombra. Vera lo miraba con disimulo. Le gustaban sus manos. También le gustaba la manera cómo sostenía la cabeza. Otra vez estoy admirando al ruso, se dijo molesta consigo misma, se puso bruscamente de pie y se llevó la bandeja a la cocina.

Muchos años después, para hablar de ellos se les puso una etiqueta. Fueron la “generación de los años veinte”. Pero mientras lo vivían, probablemente ellos mismos se hubieran definido como “modernistas”. El joven filósofo que estaba hablando los habría caracterizado como las nuevas capas medias porque la mayoría de ellos venía del campo o de pequeñas ciudades de provincia, pero otros

eran hijos de inmigrantes (italianos, judíos de Europa oriental, griegos, yugoeslavos...). No tenían conciencia de ser "una generación", sino al contrario, cada uno se sentía como una persona única y original. ¿Qué tenían en común? Serguei estaba en lo cierto, salvo él mismo, todos eran universitarios. Compartían además un sentimiento de rebelión ante la injusticia y la hipocresía. Les apasionaba el teatro y se encontraban en la galería del Municipal (era lo más barato) cada vez que presentaban una obra interesante. Leían a Ortega y Gasset, a Husserl en una traducción francesa y los más busquillas se habían conseguido algunas cosas de Rabindranath Tagore que ya estaban traducidas.

En general en esos años las familias de inmigrantes tenían un proyecto de estudios para sus hijos. La originalidad de los Freudenstein era que don Luis decidió que no solo sus hijos hombres, sino también las niñas, irían a la escuela pública y después al Liceo, y aunque la Abuela sistemáticamente volvía al ataque para que Vera se quedara en la casa (Myriam era mucho menor), don Luis no le hacía ningún caso. —Querida suegra, terminó por decirle, los estudios son sagrados, ¿me entiendes? Para ella fue algo así como un insulto: —¡Solo los libros sagrados pueden ser sagrados! Don Luis era una persona de criterio amplio. Dentro de la comunidad se distanció rápidamente del grupo más tradicional y empezó a frecuentar otra gente, no porque fuera o no judía, sino por su manera de pensar. Habían formado un pequeño grupo que se inspiraba de las ideas de emancipación de los judíos franceses y formaron un club. En esa época un club era más bien un centro intelectual.

Finalmente Serguei pensó que las conversaciones brillantes lo hacían sentirse profundamente triste y decidió irse sin esperar a su hermano. Estaba en la entrada de la casa poniéndose su enorme abrigo forrado de piel, Vera salía de la cocina y se encontraron a boca de jarro. Conversación evidente, —¿ya te vas? —Sí... estoy un poco cansado y mañana me levanto muy temprano. Sonrisas de despedida amable. Y entonces, de nuevo, Vera sintió que se le escapaban las palabras de los labios: —¿Por qué me dijiste que siempre quisiste estudiar Medicina?

Y Serguei, que era discreto no por voluntad sino por pudor, no supo cómo darle una explicación simple y sin saber cómo, se encontró contándole de su familia, de la casa y del "barrio" en Kishinev, de los anhelos apasionados de la Bobbe Sirke que quería que uno de sus hijos fuera médico pero nadie pudo estudiar e incluso su padre, que era el predilecto de Sirke, se rebeló y se dedicó a otra cosa. Y entonces no solo la Bobbe Sirke, sino el resto de la familia, todos depositaron su esperanza en Yakov y en él, porque eran los únicos nietos hombres. Nunca lo había dicho con esas palabras ni con tanta sinceridad, quizás porque tampoco había encontrado esa calidad de escucha. Estaban los dos apoyados contra el aparador de la entrada, Serguei con su abrigo en el brazo, Vera, fascinada por sus ojos. Estaba pendiente de ellos como si pudiera leer en su mirada otra confesión paralela a la de las palabras. Él también estaba atrapado en los de ella, descubría en el color verde-agua un eco de tristeza desvalida. Le parecía extraño y a la vez tremendamente atractivo, como si estuviera encontrándose a sí mismo. De todas maneras era lúcido, y sin interrumpir el hilo de su explicación se dijo que no había ningún motivo para que tuviera tantas cosas en común con la hermana de los Freudenstein.

Para ella era como si alguien le contara su propia historia y le estuviera dando claves para entenderse a sí misma. El deseo porfiado de la Bobbe de Serguei le recordaba lo que dijo su madre cuando discutía con las señoras en el barco, y ella era tan chica que no entendía nada, aunque no lo olvidó nunca. Y más tarde, cuando don Luis y doña Ana compraron la primera enciclopedia ilustrada de todo Moisesville, y su madre le mostraba las láminas del cuerpo humano... Volvió de sus recuerdos porque ahora Serguei reflexionaba en voz alta, ¿...por qué esta obsesión de estudiar Medicina? ¿...por qué esta pesada sensación de fracaso, esta culpa terrible cuando uno no asume el camino que le han designado? Vera seguía tan pendiente de sus labios que no se daba cuenta del efecto que ella misma producía en él, solo por escucharlo así tan intensamente. Había dejado de ser la altanera hermana de los Freudenstein y Serguei se dio cuenta que ni siquiera conocía su nombre. Se interrumpió bruscamente, —¿cómo

te llamas? le preguntó. –Vera. Y entonces, porque se sentía tan unido a ella, la nombró en ruso. –Vera Levisovna. En cuanto lo dijo se dio cuenta de que había metido la pata. Ella esbozó un gesto de asombro: –No, no, simplemente Vera. Él se disculpó inmediatamente y lo hizo con una sonrisa deslumbrante. Era la primera vez que sonreía y ella lo encontró irresistible.

En ese momento a todo el mundo se le ocurrió irse al mismo tiempo, Yakov creía que su hermano había partido hacía rato y lo encontró en la puerta. Gran sorpresa. Serguei se sintió incómodo, no quería explicarle delante de los demás. De repente Vera y él se encontraron separados por los que buscaban sus abrigo o se sentaban en el suelo para ponerse las galochas.

Serguei partió con Yakov. Estaba asustado. La conversación –lo que se dijeron, pero sobre todo lo que sintieron– le hizo el efecto de una revelación. Pero tanto él como Vera tenían una impresión de peligro. Vera se las había arreglado para construirse una estabilidad que, aunque muy provisoria, le convenía por lo menos hasta que se recibiera de dentista... Mientras que Serguei, por su parte, tenía plena conciencia de que aunque siguiera aferrado a sus ambiciones, por el momento no era nadie... Y por último, tenía una idea completamente distinta de la mujer ideal.

Se había ido construyendo un sueño, una imagen, desde que era chico cuando hizo el primer viaje a América. Era una mujer rubia y aunque cuando conoció a Vera ya no tenía mucho que ver con el hecho de que fuera rubia o no, subsistía ese anhelo por lo que había representado la mujer rubia para el pequeño Serguei Vershenkov.

Emigrar no quiere decir que se compra sólo un billete de ida-simple y ya está. En los repliegues de sí mismo, el que emigra nunca deja de estar volviendo. La familia Vershenkov había emigrado en 1905, pero a los pocos meses se habían embarcado de vuelta a Rusia... lo que con el tiempo, cada uno de los miembros de la familia vivía, secretamente, como un enorme fracaso. Nadie emigra por gusto, evidentemente, antes de partir los riesgos se ven más grandes, y si no se sabe claramente lo que

se va a ganar con la partida, ciertamente se sabe lo que se pierde. Si los judíos de Rusia estaban emigrando era porque desde hacía ya un buen tiempo, se les echaba la culpa por cualquier cosa, desde el alza del precio del pan hasta las epidemias y las guerras perdidas. Corrían rumores horribles sobre los hebreos, de la noche a la mañana se creaba un clima de tensiones. Estallaba un pogrom, generalmente en la tarde de algún sábado cuando la mayoría de los judíos celebraban el shabath. De repente surgía una multitud que entraba a rompe y raja. El barrio judío no era un ghetto exactamente, podían salir a comerciar y trabajar afuera, pero les habían asignado una zona de la ciudad y no tenían derecho a vivir fuera de ahí. Les quemaban las casas, violaban a sus mujeres, les robaban, los humillaban, los mataban... Era espantoso, toda la comunidad vivía bajo el terror de los pogroms. Los de 1903 y de 1905 habían sido muy violentos, especialmente en Kishinev. Era una ciudad de frontera, entre Rusia y Rumania, a orillas del Dniester –ancho y oscuro– donde muchas veces echaban los cadáveres después de los pogroms. Un tío de Serguei justamente, apareció ahogado en el Dniester después del último pogrom, y fue ese crimen que los había decidido a partir.

La cuarta clase del barco estaba reservada a los inmigrantes que un aristócrata de la comunidad, el barón Hirsch, instalaba en Argentina. Viajaban amontonados, sin ventanas ni camarotes. Colgaban unas cortinas de tela de vela para separar a las familias, y más allá en la misma cala, donde iban los solteros, otras cortinas para separar a las mujeres de los hombres. El barco se movía, la gente se mareaba, la comida se echaba a perder y la travesía duraba tanto que los pasajeros se peleaban entre sí de aburrimiento. Los emigrantes no tenían derecho a subir a los puentes, pero el tiempo se hacía eterno y Serguei empezó a aventurarse por las escaleras empinadas. Entreabría puertas, desembocaba en los pasillos de primera clase y cuando lo pillaban se excusaba con tanta gracia que las más de las veces lo conducían de vuelta con un caramelo. Sus descubrimientos lo marcaron de manera indeleble, vio lo que era el lujo y entendió que sus padres, sus tíos, y la gente que viajaba junto con ellos eran pobres, muy pobres.

Cuando llegaron a la altura del Ecuador parecía que el barco se hubiera inmovilizado. Hacía un calor pesado y húmedo, oscurecía temprano y las noches eran igual de calurosas que los días, los niños se desesperaban. El cocinero de segunda hablaba ruso y le gustaba bromear con ellos. Para distraerse dejaba que algunos salieran a la pequeña cubierta contigua a la cocina, justo bajo el puente de primera. Así podían tomar aire. Los chicos se reían de los chistes del cocinero, pero Serguei se quedaba escondido detrás de un rollo de cuerdas en un rincón. No le interesaban los chistes sino el puente de primera que desde abajo se veía sólo a medias. Había aprendido a distinguir la melodía de los violines y aunque desconocía los ritmos sabía que pertenecían a una orquesta y que el raspado ahogado acompañando a la música era el ruido que hacían los pasajeros cuando bailaban.

La mano enjoyada aparecía y desaparecía, Serguei distinguía claramente su voz de las voces más roncacas que le hacían coro. A veces veía el pelo platinado y escuchaba su risa cantarina. Era la primera vez que veía una persona tan rubia, y le parecía tan irreal como un hada. Desde abajo, los niños la miraban y se reían cuando ella se reía. Serguei estaba fascinado. Interpretaba a su manera los silencios y las risas y muy rápidamente se dio cuenta que la mujer rubia era como un imán, sentía el deseo de los hombres pero era demasiado chico para poder nombrarlo.

Entonces la mujer descubrió a los niños y dijo algo con su voz de contralto que hizo reír a los caballeros. Estaba comiendo una naranja y por descuido dejó caer un pedazo de cáscara. Los niños se precipitaron a recogerla y ella volvió a reírse. Sonaba como gorjeos de pájaro, Serguei lo interpretó como si estuviera riéndose de ellos y se escondió más todavía detrás de las cuerdas. Pero aunque la humillación llegaba a dolerle, estaba deslumbrado. Ahora todas las noches la mujer y los niños repetían el mismo juego. Después de bailar un rato, ella se apoyaba en el borde de la baranda, y les dejaba caer las cáscaras en medio de una cascada de risas. Hasta que terminó por descubrir a ese chico de ojos oscuros que no se reía nunca y que no se movía de su rincón detrás de las cuerdas.

Con sus dedos afilados, se dedicó entonces a lanzarle las cáscaras directamente, pero Serguei, con los ojos fijos en ella, no se movía aunque le cayeran encima. Y durante las últimas tardes del viaje, el juego se transformó en un desafío especial donde Serguei no faltaba a la cita, pero tampoco cedía a la tentación. Incluso cuando ella, después que se le acababan las cáscaras se dedicaba a lanzarle los gajos.

Eso es todo. Se puede considerar que no pasó nada. Pero no es solo cuando las cosas pasan que dejan huellas indelebles, sino cuando uno se imagina lo que podría pasar. En Kishinev las naranjas eran fruta cara, Serguei ya había probado una, como gran cosa, y aunque se moría de ganas de comer, de ceder a la provocación y de reírse con ella, estaba seguro que no era eso lo que tenía que hacer y se aguantó. Le costó mucho pero resistió. La odiaba. Y en su cabeza de niño se prometió que cuando fuera grande esa mujer sería suya. Intuitivamente entendió que para tenerla era indispensable que fuera rico y poderoso y esa fue la primera meta que se fijó en su vida. El deseo de la Bobbe Sirke, la abuela de la que acababa de hablarle a Vera, vino después a incrustarse sobre ese primer proyecto que él guardaba escondido como el máspreciado de los secretos. Durante mucho tiempo soñó con esa mujer, se la encontraba en la calle, ella le pedía perdón por haberse burlado de él, pero él seguía de largo sin mirarla. A veces, la Rubia lo perseguía y lo invitaba a bailar, o si no, lo abrazaba y se amaban en la cubierta del barco... Pero en el fondo, ni siquiera sabía cómo era, porque desde la cubierta de segunda solo la veía por pedazos, el cuello y un hombro, las manos, la mejilla marcada por el gesto de la sonrisa, y sobre todo su pelo platinado. Y así fue como la "mujer rubia" se fue transformando en la protagonista de sus fantasías. Cuando se cruzaba con una mujer que se parecía en algo a su recuerdo, la miraba intrigado y si era bonita, a veces la seguía... Mucho tiempo después, en los años treinta, cuando vio las películas de la Carole Lombard, se le ocurrió que así tenía que haber sido la "mujer rubia", enfundada en un traje largo de seda color marfil, dedicada a viajar en el lujo de la primera clase de los transatlánticos.

Ese era el tipo de mujer que le atraía. Y de alguna manera él también las atraía. La primera mujer con la que conoció el amor también era rubia, la señora Kelly. Ella fue la que lo eligió a él y también la que dio los primeros pasos. Serguei tenía diecisiete años y la Kelly estaba casada y era mayor que él. Y desde la Kelly hasta que conoció a Vera, todos los amores de Serguei siguieron el mismo modelo. Se dejaba seducir por las mujeres que lo buscaban, y siempre eran rubias, un poquito mayores y casadas... no le exigían nada, ni promesas ni compromisos, pero él se enamoraba de todas maneras. La palabra enamorarse tiene múltiples sentidos, Serguei no hacía ningún proyecto a largo plazo con su rubia de turno, y aunque era posesivo y celoso, sus celos también eran relativos, porque sus rubias tenían marido, y él estaba consciente de que aunque ellas y él fueran igualmente pobres, no eran del mismo medio. De todas maneras, cuando conoció a Vera, Serguei todavía tenía la esperanza de estudiar Medicina, así que había relegado el tema del matrimonio para un futuro remoto. Vera, por su parte, no sospechaba nada de eso. Lo único que ella averiguó disimuladamente fue que Serguei no era la pareja de ninguna estudiante, y como las aventuras de las señoras casadas no formaban parte de su mundo, se imaginó que él no estaba enamorado.

Pasó un poco más de un año antes de que se volvieran a encontrar. De nuevo era invierno. Serguei había entrado a trabajar a la Ville de Nice, una tienda de alto nivel en la esquina más importante del centro. El dueño, don Isaías, también era de la Colonia y lejanamente pariente de los Freudenstein. Así que Vera iba a la Ville de Nice cuando necesitaba comprar algo y ese día don Luis le había pedido que pasara a dejar unas facturas a la sección peletería. Serguei estaba atendiendo a una cliente. Vera no esperaba encontrarlo ahí, pero lo reconoció inmediatamente y de golpe sintió algo así como vergüenza ajena, porque se le ocurrió que a él no le agradaría que ella supiera que trabajaba como dependiente. Trató de mirar a otro lado para que él no creyera que lo había visto, pero para Serguei la peletería de La Ville de Nice era una promoción al lado de las cotonas que vendía antes en la Estación Central y además creía que todo el mundo sabía que trabajaba para que

su hermano pudiera estudiar, así que se despidió rápidamente de la clienta que ya partía y se acercó a saludarla con una gran sonrisa: —¡Vera Freudenstein! Se le veía menos triste que un año antes, quizás también más banal y menos seductor. Se dijeron dos o tres cosas sin importancia, les pareció que no tenían nada qué decirse y los dos estaban tratando de despedirse sin ser desagradables cuando empezó a temblar.

Primero hubo un sacudón fuerte, y después tembló suavemente durante un buen rato. Serguei todavía no terminaba de acostumbrarse a que la tierra temblara, le daban ganas de arrancar corriendo sin parar hasta Kishinev, o por lo menos a algún lugar donde la tierra fuera estable. Pero esa vez ni siquiera tuvo miedo, al contrario, tomó a Vera del brazo y le dijo que no se asustara, que no era nada. Ella no estaba asustada, por supuesto, pero se quedó junto a él. Una caja de alfileres se había caído al suelo. Con el movimiento del temblor rodaba de un lado a otro. Como siempre que pasan esas cosas, las cuatro o cinco personas que estaban en la peletería seguían fascinadas el baile de la cajita. Y entonces Serguei hizo un comentario absurdo.

—Parece un zapatito en un barco, en medio de la tormenta. La gente lo miró sorprendida, porque la caja bailoteando en la alfombra no tenía nada que ver con un zapato en el piso de un barco. Pero Vera “vio” claramente el zapato de charol negro rodando hacia atrás y hacia adelante, e incluso escuchó el llanto, su propio llanto. Y la invadió una oleada de angustia.

Todo esto duró solo unos segundos. Dejó de temblar, llegó don Isaías, Vera le decía tío y lo saludó con un beso en la mejilla, Serguei recogía la caja de alfileres, la gente comentaba y se reía como hace siempre después que hay un temblor. Vera se dijo que lo del zapato era una tontería, pero que de todas maneras la turbaba demasiado. Se acercó a don Isaías, —tío Isi, ¿puedes decirle al señor Belchenko que me acompañe a tomar un café?... no me siento muy bien y no quisiera ir sola.

Bajaron en silencio a la cafetería Lucerna, estaba justo al frente, por la calle Ahumada. Se instalaron al fondo, en una mesita ínfima, como un pañuelo. A los dos les

gustó el ambiente, los olores, los ruidos de la cafetería y los gritos de los mozos. Les sirvieron café con leche, Vera pidió un pastel de milhojas e insistió para que Serguei también se sirviera uno. Aunque ahora estaba ganando correctamente, Serguei no podía dejar de aceptar, tenía hambre atrasada de hacía varios años, y don Isaías le había pasado un enorme billete para que atendiera bien a su sobrina. Descubrieron que a los dos les gustaban los pasteles, –somos unos golosos, comentó Vera, y se rió. Era un buen momento, agradable. –... Serguei, quiero que me digas, ¿por qué hablaste de un zapatito cuando se cayó la caja de alfileres...? –¡Yo qué sé! me pareció que se movía como un zapatito, eso es todo. Vera sintió que había entreabierto una puerta con un esfuerzo tremendo, y ahora Serguei acababa de cerrársela de un portazo. –¡No puede ser! ¡Pero si no tiene nada que ver! Serguei escuchó la angustia detrás del gesto de molestia, se acordó de esa mirada de miedo que la atravesó como una ráfaga cuando hablaron por primera vez de Kishinev. Tomó un sorbo de café, probó el pastel: – ¿Tanto te importa, Vera? –Sí, mucho.

–Tal vez sea completamente absurdo. No sé si te ha pasado: una imagen sin ninguna importancia te queda fijada en el recuerdo y se te aparece en los momentos más extraños, como ahora, por ejemplo. Nunca sabes por qué... Vera seguía pendiente de sus palabras. –... Creo que vi realmente ese zapatito rodando en el piso de un barco...

–Pero, Serguei, viniste hace poco, en 1915...

–Fue hace pocos años y tendría que acordarme bien, ¿verdad? Ella asintió. Serguei se preguntó por qué, siempre que se encontraba con Vera Freudenstein terminaba haciéndole confidencias... –Lo que pasa, Vera, aunque te parezca increíble, es que mi familia ya había emigrado mucho antes pero regresaron a Rusia. Una de las locuras de mi padre, se sentía tan ruso que no pudo acostumbrarse en Argentina, y entonces nos volvimos a Kishinev... Fue después del pogrom de 1905, y viajamos con el grupo que iba a Moisesville. Serguei entrecerró los párpados para recordar la escena, por eso no se dio cuenta de que ella lo miraba con los ojos desorbitados. –...El barco se movía, me imagino que había una tormenta. Estábamos en una pieza

grande, todo el mundo apiñado contra las paredes, en unos bancos, creo, pero no me acuerdo muy bien... -¿Y entonces? -Nada, el zapato estaba en el medio de la pieza y rodaba hacia todos lados, como si se hubiera vuelto loco. Una niñita lloraba. Eso es todo. -¿Cómo sabes que era una niña? -El zapatito era de mujer. -Era de charol negro, ¿verdad?

Súbitamente Serguei entendió todo, la miró, le tomó la mano: -¿Eras tú? Vera tenía lágrimas en los ojos. -Me había olvidado de la escena, pero no del terror que tenía. El zapato se me escapaba como si estuviera embrujado. Vera estaba temblando. Con la punta de los dedos, Serguei le acarició el dorso de la mano. -Ya se acabó, Vera, no pasa nada. Vera se dejó invadir por una maravillosa sensación de bienestar, eran las mismas palabras que le dijo su madre, "Vérole, no pasa nada..."

Se sintió más liviana, de golpe ese miedo insensato que a ratos se apoderaba de ella le pareció ridículo. Ahora, en la cafetería frente a Serguei, estaba segura de que lo del zapatito ya era algo del pasado. Le dieron ganas de reírse, reírse de cualquier cosa. -¿Y te acuerdas de los piojos? Serguei también se echó a reír: -¿Cuando nos pelaron al rape? ¿... y a ti también te cortaron el pelo? -No, a mí no, lloré tanto, pero tanto, que empecé a ahogarme, y mi mamá pidió que me dejaran tranquila. Se comprometió a sacarme las liendres una a una si me encontraba algo.

Se pusieron a hacer recuerdos como esos viejos soldados que se encuentran veinte años después de una batalla, achacosos y mutilados, y sienten la necesidad de reírse hasta de cómo se morían los amigos y a ellos los dejaban maltrechos para siempre. Un viaje tremendo. Que ahora, porque lo estaban compartiendo, se transformaba en un viaje maravilloso. Devoraron los milhojas y pidieron otra ración, y más café. Bien caliente, por favor. Cada uno de ellos recordaba el barco como una experiencia terrible, la comida rancia, las señoras que se quejaban mientras se abanicaban con hojas de cartón, transpirando dentro de sus gruesos trajes, el escándalo de los piojos y el grupo de niños riéndose del que le estaban cortando el pelo, sin darse cuenta que después les tocaría el turno a ellos. Pero para Vera fue todavía peor por el encierro, a las

niñas no las dejaban alejarse del lado de sus madres. Serguei, en cambio, tenía otros recuerdos. Y ahora trataba de contarle los mejores, los más divertidos, solo para que ella abandonara ese gesto triste. Aunque nunca, nunca, le confesó su aventura con la rubia de las naranjas.

Hacía mucho tiempo que Vera no se entretenía tanto. Estaba poseída por una especie de exaltación, por una alegría insensata. Y muy dentro de sí misma crecía la certeza de que entre ella y Serguei no solo había un viaje compartido, sino también, y sobre todo, un lazo profundo y secreto. Serguei también sentía la misma complicidad. Estaba orgulloso de verla pendiente de sus recuerdos, pero al mismo tiempo se preguntaba si tal vez el único sentido de esa emigración absurda fue el haberles dado la posibilidad de viajar juntos. Ahora veía a Vera con otros ojos, apreciaba sus gestos refinados, se decía que si alguna vez pudiera presentarle a sir Nathan, el viejo caballero le diría con su voz cascada y burlona, —pero Serguei, *my lad*, ¿cómo no te habías dado cuenta que ésta es la mujer de tu vida?... Sí, seguro que sir Nathan le diría eso...

Y así fue cómo, sin haberlo hablado nunca, los dos tuvieron la certeza de que estaban hechos el uno para el otro.

II

La memoria olvidada. Érase una vez, a orillas del Dniester, una niña pobre y bonita. Sirke va a Kishinev a casarse. El taller de los Vershenkov. Su alteza Serguei Nikolaievitch. El pogrom. De cómo le pusieron Nójem al que debía llamarse Serguei. El trágico desaparecimiento de Vladimir, la culpa corroe a Sirke. Cómo hizo Nójem para ganarse un padre. La famosa pelea del samovar. Los años pasan, finalmente será un hijo de Nójem el que lleve el nombre de Serguei y por él, Sirke se transformará en una verdadera abuela, la Bobbe Sirke.

...Érase una vez en la Rusia de los zares, en un pueblito perdido al borde de un río poderoso, el Dniester, una niña pobre y bonita que se llamaba Sirke.

El pueblito estaba en un recodo del Dniester y en realidad era un puerto de pescadores. Al acercarse, lo que más llamaba la atención desde las barcas, eran los dos viejos acacios en la parte más alta del pueblo. Eran un par de árboles centenarios, con el tronco grueso y rugoso. Sirke los recordaba como los árboles más hermosos que uno se pudiera imaginar, pero como tampoco tuvo ocasión de ver tantos árboles porque vivió prácticamente encerrada en el barrio judío de Kishinev, no se sabe finalmente si eran realmente tan imponentes como los describía. El pueblo se llamaba "Los Dos Patriarcas" en honor a los famosos acacios.

Sirke acababa de cumplir los 14 años, hacía un año que ya tenía sus reglas y, aunque pobre, era lo que se consideraba una "gut idishe méidele", una buena chica judía. La casamentera se presentó para proponer un novio sin exigencia de dote. Sirke lo contaba después con mucho orgullo, porque, según ella, solo a las muy bonitas les ofrecían matrimonio sin necesidad de dote. Y así fue como la casaron con Salomón, Schloimo, Vershenkov, de una familia de peleteros de Kishinev.

Sirke llegó a vivir más de cien años. Como en esa época quemaban frecuentemente las sinagogas y la gente no sabía contar muy bien, no se sabe si alcanzó realmente los ciento-diecisiete años como lo aseguraba ella misma, o si se agregaba años para darse importancia. "Hay que comer mucho ajo y perejil, hijos míos, ...y mentir de vez en cuando, porque así la vida resulta más entretenida...". Nunca volvió a Los Dos Patriarcas, pero lo recordaba como si hubiera estado el día anterior. Cuando pasaba un mal rato o le daba una rabieta, preparaba una bolsita con sus cosas, se ponía el abrigo y anunciaba que se volvía a Los Dos Patriarcas. Lo que era puro teatro, porque ya ni siquiera sabía si se iba en barca o en tren. De todas maneras, comparaba todo con Los Dos Patriarcas. Los Vershenkov se reían de ella a sus espaldas, porque claro, al lado de su pueblo perdido, Kishinev era una gran ciudad y no había comparación posible. Pero tanto habló de Los Dos Patriarcas que poco a poco toda la familia también empezó a referirse a ese pueblo que nunca habían visto. Y hasta los que emigraron, cuando escribían contando cómo era Argentina y la colonia donde querían llevarlos, decían, "aquí los árboles no son tan grandes ni dan tanta sombra como en Los Dos Patriarcas". Y por último, cuando Serguei volvió a Kishinev a buscar a la familia, encontró que uno de sus sobrinos creía que Los Dos Patriarcas eran unos profetas de la Thorah. Como Serguei era el favorito de Sirke, fue el que más escuchó sus descripciones de los acacios gigantescos y de su sombra magnífica, hasta el punto que desde que se hizo rico, él también quería visitar Los Dos Patriarcas. Lo imaginaba como un espacio fuera del tiempo, con gente amable y tranquila, un lugar idílico, donde podría reposar y recuperar fuerzas. Mucho tiempo después, en un momento en que se habían relajado las tensiones de la guerra fría y el Ministerio de Industria le solicitó que empezara a hacer contactos comerciales con la embajada soviética, Serguei le pidió al embajador que le averiguara dónde estaba exactamente ese pueblo y qué había que hacer para visitarlo. Después de casi seis meses, el embajador lo invitó a almorzar, y le dijo que le tenía malas noticias: -Estimado amigo: Ese pueblo no existe. Serguei creyó que

era pura negligencia, e insistió: —....Con dos grandes acacios... está al borde del Dniester, ahí donde el río hace un recodo profundo. El Embajador asintió: —Actualmente ese pueblo forma parte de un gran complejo industrial, y por lo demás... durante la guerra, esos acacios... los bombardeos... usted se imagina...

Sirke le contó a Serguei que cuando llegó la casamentera a ella le ordenaron que saliera para que no escuchara las tractaciones. Y como era casi una niña todavía, tomó el camino que serpenteaba entre las casas y subió saltando y corriendo hasta los dos acacios. Se abrazó contra uno de los árboles, apoyó la mejilla contra la corteza rugosa, cerró los párpados, y según ella tuvo una visión del futuro. Mucho después, cuando él mismo ya era adulto, Serguei se imaginaba a la niña abrazada contra el tronco, la veía despidiéndose de los árboles por sí misma, y en nombre de sus hijos, y de los hijos de sus hijos.

Sirke se casó con todas las tradiciones, de blanco y con el velo cubriéndole los ojos, y tuvo que dar las siete vueltas rituales en torno al novio para mostrarle sumisión. Estaba completamente atontada, acababa de conocer a Schloimo, era casi del mismo porte que ella (Sirke era muy alta, como un hombre, decía Serguei), lento y pesadote de movimientos, corto de piernas y de cuello grueso.

Schloimo era fuerte y a veces bastante astuto. Su mayor gracia era que podía romper nueces de un cabezazo. Siempre que lo hacía se juntaba un grupo de mirones para admirarlo. Era lo que se llama un cabeza dura. Después de unos años, cuando empezaron a pelearse como perro y gato, Sirke decía que si partía nueces con la cabeza era porque no le servía para otra cosa. Lo que pasó fue que Sirke era fuerte y trabajadora, hacía unos ojales minuciosos y en cuanto se casó la pusieron a trabajar en el taller de la familia. No era un gran taller: el suegro, su mujer, los dos hijos, una hija solterona y una nuera. Mientras bordaba los ojales, Schloimo se dedicaba al estudio de la Thorah, lo que era motivo de orgullo para los Vershenkov, y de rabia para Sirke que encontraba que la hacían trabajar por dos. Pero eso no se atrevió a decirlo hasta mucho después.

De todas maneras, ese fue el marido que le tocó, y se lo tuvo que aguantar casi medio siglo. En esa época no se podía imaginar otra cosa. Schloimo le fabricó dos niños en tres años, Vladimir y Rojel, Rojel es Raquel en castellano. Sirke tenía diecisiete años cuando dejó de amamantar a la niña, ya se había dado cuenta de cómo eran las cosas, así que sin decirle nada a nadie, porque entonces eso no era algo que se hiciera, se las arregló para no volver a quedar embarazada.

En Kishinev, en aquella época, era raro que las mujeres se aventuraran fuera de las calles del barrio. Aunque los Vershenkov solo eran pequeños peleteros, trabajaban bien y entre sus clientes estaba una de las mejores tiendas de la avenida Alexandrovskaya, la calle principal de Kishinev. Así iban las cosas, hasta que un buen día, el suegro decidió que Sirke tenía que ir con él a la tienda. En la familia Vershenkov, era el suegro el que mandaba. Sirke tenía entonces alrededor de 20 años y casi 40 años después seguía contándoselo a Serguei como si todo eso hubiera sucedido la víspera. —Que me acompañe Sirke, ordenó el suegro, quizás tengamos que retocar algunos de los abrigos y ella es la que hace el trabajo más fino. Sirke no tenía ropa para ir a una tienda de categoría así que el suegro ordenó que se pusiera una capa y la toca de astracán que acababan de terminar para un encargo, y agregó, “no quiero que crean que somos unos muertos de hambre”. Quizás no fue así como pasó exactamente, pero por lo menos, así fue como años después Sirke se lo contaría a Serguei, su nieto predilecto.

Erguida como una princesa que llevara por casualidad el paquete de pieles, Sirke caminaba detrás de su suegro por la avenida Alexandrovskaya. Reviviendo esa satisfacción de sus trece años, cuando acompañaba a su padre al mercado y los hombres silbaban y gemían a su paso. Respirando hondo mientras que súbitamente tomaba conciencia de los años de encierro, del barrio pequeño y de la familia chata.

Sirke entró a la tienda completamente deslumbrada. No se imaginaba que existieran lugares tan lujosos. ¿Qué hacer para que le dieran importancia? ¿Las terminaciones invisibles... sus famosos ojales? Pero nadie le

dirigía la palabra, y se quedó muy tiesa en un rincón, mientras su suegro entregaba las pieles, conversaba con el patrón y cobraba el dinero. Por entre las pestañas espesas, ella tuvo tiempo para admirarse a sí misma en los espejos ovalados, nunca se había visto de cuerpo entero, ni menos con una capa de astracán. Se vio las manos, gastadas y rojizas, y rápidamente cruzó los brazos haciendo un manguito para esconderlas. Sirke se veía pocas veces la cara, porque en la casa solo había un pequeño espejo despostillado, pero no podía dejar de verse las manos y le daban mucha vergüenza. Con las tinturas y el agua tan fría, se le quebraban las uñas y además tenía la piel áspera y manchada. Tengo manos de vieja, se decía, y siempre trataba de esconderlas.

Estaba distraída por el rumor de los empleados de la tienda amontonando cajas detrás del gran mostrador de madera lustrosa. De pronto le pareció escuchar un "hebreo" insultante, y con toda lentitud, sin saber por qué, giró la cabeza buscando los ojos de los que la agredían. Sostuvo la mirada, impasible, hasta obligarlos a borrar la sonrisilla agresiva y bajar la vista. Esperó a su suegro de pie, tan altanera como si los otros fueran sus súbditos y a ella no le interesara dirigirles la palabra. Pero se sentía profundamente humillada. Era la primera vez que le sucedía, ni en su famosa aldea de Los Dos Patriarcas, ni en el corazón del barrio, nadie jamás la había insultado por ser judía. —Vamos, Sirke, dijo el suegro. Ella lo siguió, siempre en silencio. Odiándose por ser pobre y mediocre, jurándose que nunca volvería a esa tienda de *goies* groseros..

No comentó lo del "hebreo" para no apenar a su suegro, sino que de vuelta en el taller describió la avenida con sus árboles y sus macizos de lilas floreciendo, detalló el decorado de cada tienda que había visto al pasar e incluso recordaba (o inventaba) las tenidas de las damas. En fin, el hecho es que todo cambió desde que Sirke fue a la tienda. Antes de salir del barrio ni siquiera se imaginaba lo que podía ser el bienestar. Cuando vio la profusión de luces, los muebles, las flores, se dio cuenta por contraste de lo pobres que eran ellos mismos. Y unos años después, cuando ya había nacido Nójem (que a su

vez sería el padre de Serguei) y Vladimir ya había desaparecido, ella se empezó a preocupar cada vez más por salir de la pobreza.

Una noche, durante la cena del Shabath (lo que le daba una solemnidad inesperada), el suegro dijo que en la tienda preguntaban por Sirke. La encontraban "charrmante" —¿Qué es eso? preguntó Schloimo. —Una persona buena e inteligente, explicó el suegro y agregó: —Sirke me acompañará de nuevo para la próxima entrega. —¿Es necesario? La voz de Sirke resonó un poquito ronca. Era su manera de decir que no quería ir, no se habría atrevido a oponerse directamente. —¡Son muy buenos compradores y pagan bien!

Y poco a poco, ir a la tienda se transformó en un hábito y Sirke empezó a tomarle gusto al "viaje". Salía de su letargia al salir del barrio, caminaba atenta a las voces y a los gestos. De nuevo se puso a hablar en ruso, ella que creía que lo había olvidado porque entre los Vershenkov solo hablaban en idish. Se esforzaba por pronunciar cuidadosamente y por usar expresiones que no fueran vulgares. También aprendió a sacar cuentas tan rápido como cualquier hombre. —Mi Sírkele es una joya, decía Schloimo.

Era un invierno muy riguroso, y por eso el suegro, agotado por una tos intensa y persistente, se decidió a mandarla sola a la tienda. La leña se había vuelto cara y escasa, apenas lograban calentar la pieza donde trabajaban. Sirke y Raia tenían que hacer dormir a los niños entre las pieles del taller, el aire en los cuartos estaba tan helado que al respirar salían nubecillas de vapor. Los niños y el suegro tosían y tosían, a veces el suegro escupía sangre. El menor de los sobrinos tuvo convulsiones de fiebre... Sirke trabajaba mucho pero tenía plena conciencia de que la vida les era injusta y no se resignaba. Al contrario, hervía de rabia. Estallaba por cualquier cosa y entonces fue cuando empezó a permitirse ese mal carácter que después llegaría a formar parte de su personalidad. Tenía la impresión de no descansar nunca, cuidando a los niños, sacando cuentas con el suegro, corriendo cargada de paquetes del taller a la tienda. Más frío, más pieles, por supuesto. En otras circunstancias, en la familia se hubieran alegrado, pero

ahora no daban abasto. Entonces rezaban pidiendo misericordia, Sirke hubiera preferido que la ayudaran más, pero estaba acostumbrada a no decir lo que pensaba, y masculaba plegarias distraídamente, mientras calculaba cuánto hilo y cuanta entretela tenía que comprar después de entregar los abrigos y las tocas que le habían encargado.

Todos esos problemas la absorbían hasta el punto que ni se dio cuenta de las miradas ardientes del nuevo oficial de la guarnición, ni se asombró tampoco de todos sus encargos sobre medida. —Ojalá todos los oficiales fueran como él, comentó al regresar al taller, se llama Serguei Nikolaievitch. —Es el que manda la guarnición, explicó el suegro, mientras tosía que daba pena, cómo me gustaría hablar con él. —Ya irás en Primavera, opinaron los hijos, por ahora envía a Sirke, lleva las cuentas tan bien como tú. —Me pidió muestras de zorro de las estepas, quiere un color oscuro con un ligero viso dorado... y también me encargó una cola rojiza. La cuñada se reía tocándose la sien, —ese oficial está “meshígene”, ¿cómo puede gastar tanto dinero? —...No podemos perder un cliente como ese, afirmó el suegro, además nos da prestigio en la tienda.

Con todo lo que sucedió a fines de ese invierno, ningún otro miembro de la familia alcanzó a conocerlo, así que las descripciones sobre él son las que hizo Sirke mucho después, cuando inventaba historias para entretenerse en las tardes de invierno. “El oficial era alto y espigado, de tez pálida y óvalo regular. Pero su mejor arma residía en el encanto de sus ojos...”. Le decían “Excelencia”, y por eso Sirke inventó que era un príncipe. Lo más probable es que no fuera cierto, porque Kishinev era un punto del imperio sin mucha importancia, los príncipes de verdad iban a las ciudades de renombre.

En cuanto Sirke entró a la tienda, le informaron que Serguei Nikolaievitch no podía moverse del palacio, pero necesitaba las pieles inmediatamente. El ordenanza la estaba esperando con el carruaje de su Excelencia para que se las llevara ella misma. Se sentó en la banqueta de terciopelo granate, olió un perfume extraño que en ese momento no logró identificar. Era almizcle. Estaba inquieta y se retorció las manos.

La gente llamaba el “palacio” a la residencia del Estado Mayor. Era un edificio de piedra, pretencioso y recargado. El ordenanza insistió en llevar él mismo el paquete con las pieles y ahora la guiaba por un corredor alfombrado. En las paredes Sirke vio cortinajes y banderas recordando batallas de las que apenas había oído hablar. De reojo, apreció las cortinas y los trofeos de guerra. Estaba impresionada. Con la cabeza echada hacia atrás, avanzaba ocultando sus manos manchadas entre las mangas del abrigo. El corredor olía a tabaco fino, a Sirke le palpitaban las aletas de la nariz. —Tenga la bondad, madame, murmuró el ordenanza, descorriendo unas cortinas de terciopelo pesado. Abrió una puerta con un escudo impresionante y la anunció: —Madame Sirke, Excelencia.

Entró al saloncito privado de Serguei Nikolaievitch disimulando el miedo. Algunos sillones con tapicería recargada, un diván oriental haciendo esquina, y tantos cortinajes que Sirke no logró descubrir dónde estaban las ventanas. Sobre una mesita de mármol vio un samovar de plata junto a un gran jarrón de flores que le resultaron completamente desconocidas y sobre una bandeja labrada, tazas a la rusa, con asas de metal. Serguei Nikolaievitch estaba de pie, de espaldas a una chimenea altísima que a ella le pareció imponente. No llevaba el uniforme con que iba a la tienda, sino una chaqueta de interior, después Sirke aprendería que era una “robe de chambre”. Le sonreía mientras ella se acercaba, precedida del ordenanza y le hizo una venia elegante: —Bienvenida a Palacio, Madame...

Sirke inclinó bruscamente la cabeza a modo de saludo, estaba aterrada. Recién se había dado cuenta de lo que iba a suceder. Serguei Nikolaievitch hizo depositar el paquete sobre la mesita junto a un gran espejo. —Reciba el abrigo de Madame, le ordenó al ordenanza. De ser por ella, no se lo hubiera sacado, debajo llevaba solo su vieja falda desteñida y una blusita de nada, pero el ordenanza le echó una mirada tan severa que ella obedeció sin chistar. —Bien, lo llamaré cuando lo necesite... ¡y que no me molesten! Ahora estaban solos en la habitación. Sirke nunca se había encontrado sola con un hombre que

no perteneciera a su familia. Serguei Nikolaievitch le ofreció té con una sonrisa de vida en sociedad, como si ella fuera una vieja amiga y no la nuera de su peletero judío.

Pero Sirke hizo como si no lo hubiera escuchado, avanzó hasta el paquete y se arrodilló para deshacerlo. (Sabía, sin querer darse por entendida, que su manera de inclinarse la favorecía). —He traído las pieles que me pidió, Excelencia. Los ojos claros de Serguei Nikolaievitch, ligeramente húmedos, estaban tan fijos en ella que parecían acariciarla. Era una mirada contradictoria, dominante y a la vez ansiosa. Sirke lo sintió perfectamente, y fue como un correntazo de escalofríos.

Como ella ignoró el té que le acababa de ofrecer, Serguei Nikolaievitch se quedó con la taza humeante en la mano. Vaciló, entre indeciso y molesto. Terminó por dejar lentamente la taza sobre la cubierta de mármol, giró unos segundos para evaluarse en el espejo: ahí estaban la sonrisa seductora y la mirada lánguida contrastando con el porte militar... Atusándose levemente el bigote se le acercó sin ruido. Ella ya había abierto el paquete y sin mirarlo, iba extendiendo su mercadería mientras explicaba con una voz de hermoso timbre donde apenas traslucía su nerviosismo: —El zorro de las estepas... Con el reverso de la mano peinó el pelaje comentando, “el tono dorado es muy fino...” Por el rabillo del ojo percibió la silueta que se le acercaba y prosiguió, rápidamente: —No estaba segura del color exacto de la cola que me encargó, Excelencia, le he traído dos para que usted...

Entonces, en dos movimientos rapidísimos Serguei Nikolaievitch le quitó la toca y el par de horquillas que le sostenían el rodete de la nuca.

Sirke estaba tan acostumbrada a llevar los cabellos recogidos y ocultos, que se estremeció al sentir la cascada espesa de su pelo sobre los hombros, y se sintió peor que si la hubiera desnudado. Agachó la cabeza temblando, para esconder la cara. Entonces Serguei Nikolaievitch se arrodilló junto a ella, la estrechó entre sus brazos y hundió la cara en la masa de pelo caoba aspirando ese perfume húmedo y espeso, que nadie conocía. Ella se resistió tímidamente, pero Serguei Nikolaievitch sintió que no le repugnaba y que quizás...

Sirke no sabía cómo tenía que reaccionar... En ráfagas vislumbraba las consecuencias de lo que le estaba sucediendo. Si volvía a su casa y se lo decía al suegro y a Schloimo, la despreciarían o harían un escándalo, lo sabría todo el barrio. La señalarían con el dedo. Y lo que era peor, iban a perder los trabajos que les encargaba la tienda... La familia vivía de esos encargos... Si lo decía, estarían obligados a cortar con la tienda, se acababan las salidas fuera del barrio, se acababa la importancia que ella misma estaba adquiriendo en la familia... Schloimo también se sentiría humillado y se vengaría sobre ella... Era inevitable...

Sirke se dejaba hacer, también por curiosidad... el príncipe olía bien, y ella se preguntaba cosas estúpidas, qué olor tenía ella misma, qué sentía él... y poco a poco fue intuyendo que algo misterioso pasaba entre ellos. Algo que ella no sabía nombrar, pero que estaba segura que él también sentía. Le dolía tanto la cabeza que no podía pensar en lo que le estaba pasando. Tampoco se atrevía a poner en palabras lo que sentía. Una gran tibieza la invadía entera, una especie de exaltación deslumbrante, miedo y curiosidad, todo junto...

Cuando volvió a su casa, iba tan nerviosa que tuvo que rehacerse varias veces el rodete para sujetarse la toca. Cuando estaba a punto de partir, Serguei Nikolaievitch se le acercó con unos rublos. Sirke enrojeció de humillación, meneó la cabeza violentamente mientras retrocedía, —No. No. ¡Eso no! —Pequeña orgullosa, la voz de Serguei era persuasiva, ella temblaba. —No puedes volver sin nada... tu familia (evitaba mencionar la palabra "marido") te preguntará qué estuviste haciendo, por qué te demoraste tanto... Entiéndeme, Sirke, ¡te estoy pagando las pieles! Le rozó la mejilla con los labios mientras le ponía los billetes en la mano, apretándole los dedos que ella trataba de soltar. —No seas porfiada, vamos...

El ordenanza la llevó en el carruaje de Serguei Nikolaievitch hasta las puertas del barrio, y lejos de su amo, su actitud hacia ella se volvió un poco menos deferente, como si sobre él recayera la vergüenza de verse obligado a transitar por esa zona. Durante el trayecto, Sirke logró sobreponerse a su turbación, expulsó de su

cabeza las ideas nefastas e incluso logró olvidarse de lo que había hecho. Para darse valor se dijo que el suegro se alegraría del precio que había obtenido por las pieles. Al mismo tiempo, desde el fondo del carruaje, no dejaba de admirar las grandes mansiones. Poco a poco abandonaron los amplios bulevares y se adentraron en las callejuelas de los barrios grises. Sirke se alegró de que la ciudad fuera tan grande, temía ese momento en que tendría que afrontar a los suyos, estaba impregnada de un sentimiento imperdonable y se le ocurría que solo con mirarla descubrirían su secreto.

En cuanto la escuchó entrar, el suegro ordenó a gritos que se acercara a su cama para saber cómo le había ido. Sirke le entregó los rublos, y le contó un diálogo imaginario con Serguei Nikolaievitch mientras ella misma escuchaba sus propios embustes con una inmensa impresión de asombro. La hicieron repetir varias veces la historia, no por desconfianza sino porque resultaba entretenida y ella la iba retocando con detalles del palacio que divertieron mucho a Schloimo.

Esa noche, o tal vez alguna otra, al entrar en su cuarto se soltó el pelo simulando inadvertencia, pero la caricia de la cabellera sobre sus hombros la hizo revivir lo que debiera olvidar y se ruborizó. —Cúbrete, mujer, le ordenó Schloimo, no me hagas pasar vergüenza.

Muchos años después, cuando Sirke ya estaba vieja y le gustaba contar cuentos, frecuentemente le pedían la historia del rapto. Sobre todo les gustaba la escena en que un oficial del ejército del zar raptaba a la protagonista, una judía, joven y bella que se llamaba Málenkaya, la pequeña. En la historia de Sirke, el oficial —que era un verdadero príncipe, y que a menudo se vestía con una “rrobe de chambrre”, (Sirke no dejaba de hacer resonar exageradamente las erres, porque creía que así pronunciaban los franceses) tenía además poderes mágicos, y gracias a esa magia la familia de la heroína no se daba cuenta de que la había raptado. El oficial hacía el amor con ella, en un cuarto secreto de la comandancia, sobre un diván a la turca en medio de cojines y cortinajes. La desnudaba y la disfrazaba de princesa de las mil y una noches. Le soltaba el pelo, la envolvía en sedas y brocados de colores

hermosísimos, la cubría de joyas, y hasta la perfumaba con un agua de almizcle. Justamente, era en el perfume donde estaban sus poderes mágicos, porque cuando ella los respiraba, le robaban toda su voluntad y no podía oponerse a nada de lo que él le hacía. "Mi princesa judía", le decía el oficial... y Sirke describía cómo le envolvía los muslos en una seda con bordados de oro, que era tan suave, pero tan suave, que más bien parecía una caricia, y entre los dedos de los pies le ponía collares de perlas que se entibiaban en contacto con su cuerpo y brillaban como lucecitas... Su auditorio seguía maravillado el relato, mientras comentaban "pobre, pobre Málenkaya, pero no era culpa suya, ¿verdad?", -claro que no, afirmaba la vieja Sirke, porque él la había embrujado... Tenía tanto éxito con la historia que hasta los vecinos pedían permiso para ir a escucharla.

Sirke era muy mentirosa y mezclaba tanto la realidad con la ficción que no corría ningún riesgo con sus cuentos porque nadie creía lo que contaba. Así por ejemplo, cuando empezó con la manía de aumentarse la edad, "se acordó" que a su famoso pueblo de Los Dos Patriarcas había llegado el ejército de "L'Emperreur", de Napoleón. Describía los soldados heridos, con las piernas semi-congeladas, golpeando las puertas de las casas. Se arrastraban gimiendo: "ô", repetían, "ô". Y Sirke explicaba que se morían de sed y que así se decía "agua" en francés. Serguei todavía era chico y la tomaba en serio, una vez la hizo describir los uniformes y después los buscó en una enciclopedia. Lo increíble fue que eran exactamente los uniformes del Imperio. No había cómo saber si realmente los había visto o si mentía a partir de un recuerdo de su propia madre. En todo caso, si era cierto, en ese momento Sirke ya estaba cerca de los cien años.

Pero volviendo a aquel invierno en que Sirke le vendió las pieles al oficial, había caído mucha nieve, nadie recordaba una nevazón tan tremenda. El hambre hacía estragos. Aumentaba el descontento, y de repente, en marzo empezaron a correr rumores de que los hebreos tenían la culpa de tanta desgracia. Los acusaban de sacrilegios y de robar para enriquecerse.

Estaban en el famoso diván a la turca, él había dejado correr su fantasía disfrazándola y adornándole el pelo con cintas y collares. Ella se dejaba hacer y a ratos se reía. Entonces el oficial le tomó la mano: –Sirke, tienes que prevenir a tu suegro. Puede que en los próximos días, algunos exaltados... Sobre todo insístele que no debe decir nunca que fui yo quien se los advirtió... un pequeño pogrom...

–¡Un pogrom! Sirke se puso de pie de un salto, aterrada. Súbitamente el horror de su situación se le presentó en toda su evidencia. ¿Qué hacía ella en el palacio, cuando quizás ya estaban asaltando el barrio, atacando su casa? Y sus hijos, sus hijos... ¡si sus hijos corrieran peligro! Serguei Nikolaievitch la calmó, –no tengas miedo, no será un gran pogrom. Se rumorea que los hebreos han embrujado al Zar, ¡figúrate que le ha dado con protegerlos! (sistemáticamente, a él se le olvidaba quién era Sirke y le hablaba como si no fuera una de “ellos”) pero... en los días que vendrán... ¡Sirke, debes cuidarte! “.

Sirke estaba tan trastornada que no supo cómo se vistió ni de qué manera se despidió del oficial. Como siempre, el ordenanza la llevó en el carruaje, y con los nervios, ella se atrevió a golpearle la ventanilla para que fuera más de prisa. Se le ocurría que era ella, con su conducta de pecadora, la que había desencadenado tal castigo. Adonai, el Todopoderoso que lo ve todo, la estaba haciendo pagar sus culpas.

Schloimo estaba en la Sinagoga, Sirke se precipitó donde el suegro. El pobre viejo se debilitaba cada vez más. –En la tienda me dijeron que... –Hace varios días ya que escuché eso, hija mía. Por lo demás, ya me lo esperaba... Sirke era la preferida de sus dos nueras, el suegro la encontraba inteligente y le gustaba cómo había llevado los negocios con Serguei Nikolaievitch. Ella no le ocultó su preocupación, ¿vamos a quedarnos aquí, esperando que vengan a atacarnos? –No temas, hijita, este será solo un pequeño pogrom, no durará mucho. –¿Cómo puede un pogrom ser pequeño? –Cada vez que nos acusan de hacer crímenes rituales, hay que prepararse para una cosa así. Pero ahora está el buen Zar Alejandro, y no permitirá que... (Como si el Zar pudiera controlar todo lo que sucedía,

incluso en la lejana Kishinev, y como si no hubiera gente tratando de convencerlo de que "el hebreo era inasimilable"). —¿...Los niños? preguntó ella, sin poder resignarse. —... No tenemos adónde ir, querida hija, pero no temas, Dios nos protegerá. Sirke se retorció las manos. En el taller, se dejaba de trabajar cuando comenzaba la tarde del viernes, y antes de que se pusiera el sol, las mujeres de la familia limpiaban escrupulosamente la mesa del taller para celebrar el Shabath. Ese Sábado, a mediodía toda la familia estaba reunida en la plegaria, cuando escucharon unos golpes violentos en la puerta. Los Vershenkov se estremecieron, la amenaza de pogrom estaba muy presente —¿Qué pasa? —Vengo por orden de su Excelencia, Serguei Nikolaievitch. Schloimo entreabrió la puerta con prudencia, para encontrarse cara a cara con el ordenanza del oficial: —¡Su Excelencia manda a buscar a Madame Sirke! —¡Pero es el Shabath! protestó Schloimo, es imposible... El ordenanza se encogió de hombros. —Su Excelencia dice que se dé prisa.

Sirke ni siquiera se movió. Los sábados solo salía de la casa para ir a la sinagoga, ¿cómo iba a subir a un carruaje? Ese día estaba prohibido. —Debes ir, hija mía, decidió el suegro. Pero Sirke vacilaba, —¿y los niños? —Debes ir porque él te hace llamar. Quizás no le ha gustado lo que llevaste ayer a la tienda.... Por estos tiempos, no conviene que esté molesto con nosotros. No te preocupes, dijo Raia, la cuñada, nosotros cuidaremos de los niños. Sirke se puso el abrigo y la toca a regañadientes, se inclinó para bendecir a Vladimir y a Rojel, en ese momento sí que se sentía humillada. Insistió, —¿están seguros de que tengo que ir?— Schloimo la acompañó hasta la puerta. Afectuoso pero lejano, la bendijo: —Adonai está contigo.

Serguei Nikolaievitch estaba fascinado con su pequeña peletera, no quería perderla. Se le había ocurrido una idea loca, pedir una mutación a otra ciudad y llevársela con él. El pogrom estaba empezando y sabía que en el desorden siempre desaparecían algunos hebreos que en el mejor de los casos encontrarían meses después, ahogados en el río. Si ella aceptaba, él podía esconderla y mandarla a un buen refugio. Era la ocasión para hacerlo, su desaparición se disimularía entre las consecuencias del

pogrom. En cuanto llegó Sirke, Serguei Nikolaievitch le propuso que se quedara ahí, con él, y que abandonara a su marido. Sirke lo escuchó sin poder creer lo que oía. La cabeza le funcionaba aceleradamente, inmediatamente se imaginó separada de sus hijos y repudiada.

Con una voz que sonaba ajena, le explicó que tenía dos hijos. El oficial retrocedió, siempre se había negado a pensar cómo y con quién vivía su princesa de las mil y una noches, ahora la imaginó como la judía de la pelete-ría, rodeada de una bandada de niños sucios, con rizos y nariz ganchuda. Sirke le estaba repitiendo que no podía quedarse con él. Sus palabras caían en terreno abonado, Serguei Nikolaievitch ya estaba arrepentido de su oferta, intentó darle unos rublos pero por primera vez Sirke fue capaz de situarse en ella misma, y con una voz calma pero decidida le dijo: —Gracias Excelencia, no es necesario. No he venido a venderos pieles sino a despedirme.

Ya se había desencadenado el pogrom y el ordenanza se negó a llevarla hasta su casa. La dejó a la entrada del barrio, en medio de la calle. Sirke se precipitó a través de las callejuelas y se encontró de cara con la turba aullando contra los herejes. El terror fue tan intenso que se le olvidó quién era y dónde estaba. Se abrió camino, aparentemente imperturbable, como si ella misma no corriera peligro. Avanzaba a codazos, —¡dejadme pasar! ordenaba. Instintivamente lo decía en ruso. Pero había mucha gente y mucho desorden, la empujaron y el humo y el polvo la obligaron a estornudar. Protestó, tan indignada que a nadie se le ocurrió que ella también era una hebrea. Tenía una sola idea: llegar a casa. Alguien le arrancó la toca de pieles de un manotazo. Le dolió, pero ni siquiera hizo amago de recogerla. Siguió avanzando como una sonámbula. La empujaron de nuevo, tropezó y se cayó. Le ayudaron a levantarse. Estaba despeinada y cubierta de polvo. Con una mano se cerraba el abrigo y con la otra se abría paso, avanzando como una poseída.

Nadie supo cómo hizo Sirke para volver a casa. Cuando abrió la puerta, su gente seguía escuchando la Thorah que leía el suegro. Sirke los miró con ojos que no veían de miedo y cayó al suelo.

Con todo, y por increíble que parezca, hacia el final de la tarde el ejército entró en el barrio y restableció el orden. Por eso fue que la turba no alcanzó a llegar hasta la parte donde vivían los Vershenkov. Pero Sirke no supo nada de eso porque ardía de fiebre. Estuvo así durante varias semanas. Dormía todo el tiempo y se despertaba gritando, aterrada. Después que le bajó la fiebre, se quedaba como alelada mientras se retorció las manos con desesperación. No podía hablar y parecía que tampoco escuchaba, o por lo menos no entendía lo que le decían. Sus propios hijos le tenían miedo y evitaban acercársele. El rumor surgió tímidamente pero a todos les parecía una evidencia: Sirke se había vuelto loca durante el pogrom. Pocas semanas después, el suegro, que seguía tosiendo y desmejoraba a ojos vistas se extinguió en unas pocas horas. El pobre viejo se acordaba de que Sirke no quería partir con el ordenanza y que fue él el que la forzó a obedecer la orden del oficial. Se sentía culpable, y se murió rogándoles que ayudaran a su pobre nuera. Nójem Vershenkov era un hombre querido y respetado, su muerte dejaba en la orfandad a la familia, al taller sin jefe y sin contactos hacia el exterior. Era una catástrofe.

Sirke parecía no reconocer a nadie, ni siquiera a Vladimir y a Rojel. Sus ojos estaban igual de opacos que los de una ciega. La culpa la devoraba como un infierno, apretaba obstinadamente los labios para no dejar escapar sus confesiones. Si empezó a revivir fue porque en ella germinaba una nueva vida. Quizás Schloimo pensó que durante el pogrom... y que por eso se había vuelto loca. Pero sufría tanto, la pobre, y al mismo tiempo toda la familia se acordaba de que ese día ella no quería salir de casa. Ya lo habían comentado abundantemente con los vecinos. Y por último, el pogrom era una de las tantas fatalidades que les enviaba el destino...

Aunque Sirke apenas hablaba, con sus gestos y sus ojos de loca, se las había arreglado para transmitir el nombre del niño que iba a nacer: se tenía que llamar Serguei. Tuvo un parto largo y difícil, estaba dormitando agotada cuando entró Schloimo a la habitación. La comadrona y las mujeres de la familia le entregaron el bebé, y alguien dijo, —aquí está Serguei. —No, dijo Schloimo, este niño llevará el nombre de

mi padre. Llamar al niño con el nombre del abuelo era un honor y también una muestra de respeto. Sirke no tenía nada que decir, así que el niño se llamó Nójem. Pero Sirke no le perdonó a Schloimo ese cambio de nombre.

Sirke pasaba horas mirando su nuevo hijo, pensando que si no fuera por él se habría dejado morir. A medida que el bebé se transformaba en un niño, Nójem se diferenciaba de sus hermanos y de sus primos. Era más fino y espigado, y sus ojos, hundidos y ligeramente almendrados tenían frecuentemente una expresión de nostalgia. Era el más hermoso de los hijos de Sirke, y como la gente del barrio era simple y ni en la familia ni en el barrio nadie había conocido al oficial, el comentario era que este niño sí que se parecía a su madre. Por amor a él, Sirke se ponía a soñar en un futuro mejor para sus hijos y los hijos de sus hijos. Es "mi" linaje, solía repetir, y yo no quiero que mis nietos tengan que vivir igual que nosotros, hacinados en estas casas de pacotilla. No hay derecho que tengamos que vivir así, no se trata de ambición sino que es un asunto de justicia, y lo afirmaba golpeando la mesa con la palma de la mano: —¡Mi hijo ha de ser doctor! Su hijo era Nójem, por supuesto, parecía que Vladimir y Rojel hubieran dejado de ser suyos.

Entre ella y Schloimo se había ido elevando un muro de resentimientos, Sirke a veces se quedaba absor-ta mirándolo. —¿Qué pasa? le preguntaba él, tienes una expresión de extrañeza. Ella no se molestaba en contestarle y sólo se encogía de hombros. Sirke había llegado a la familia Vershenkov con un samovar como única dote. No era muy fino pero tenía bonitas proporciones y unos adornos delicados. Sus padres se lo habían dado después de la visita de la casamentera y ella lo llevó a Kishinev. Aunque cuando recién se casó era muy tímida, de todas maneras dejó sentado que ése era "su" samovar, y que solo ella podía preparar y servir el té. Se levantaba la primera para calentar el agua. Soplabla tanto el carbón que el primer té de la mañana siempre olía a humo. Sólo en ese período en que le pasó todo con Serguei Nikolaievitch, cuando estuvo postrada y sin hablar durante tantos meses, sólo ahí dejó de preparar el té, y después contaba que la familia entera había sufrido con ese té tan malo

que hacían las otras mujeres. Esa fue una de las primeras leyendas que inventó, en Kishinev no había otro té mejor que el suyo. Lo preparaba con un ritual complicado: Té negro muy fuerte para la mañana, perfumado para el atardecer, té con vodka para el invierno, y con yerbas medicinales para la noche... En la época de la gran pelea con Schloimo, se había vuelto muy obsesiva, tenía un moletón especial para limpiar su samovar, y lo frotaba y frotaba hasta que parecía espejo. Se sacaba las rabias limpiando y limpiando.

En las mañanas, iban entrando uno a uno a la habitación. Sirke frotaba su samovar y servía los tazones, esperando que le dijeran que su té estaba excelente, como siempre. Schloimo llegó el último. Cuando entraba a una pieza tenía la costumbre de carraspear un poquito y ella no soportaba ese carraspeo. Así que siguió frotando el samovar y no le hizo ningún caso. Se estaba mirando las manos, siempre se avergonzaba de las manchas en los dedos. Schloimo carraspeó de nuevo, pero Sirke se hizo la que no oía y siguió frotando como si su vida entera dependiera del brillo del samovar. Le parecía que el trapo cantaba "lo odio, lo odio", mientras iba y venía sobre la superficie pulida. ¿...Tchai? murmuró Schloimo, esperando que ella le sirviera como siempre. Sirke asintió sin mirarlo. —Pero, ... ¿está caliente? preguntó Schloimo tomando una taza despostillada.

—¡No! ¡Esa taza no! gritó ella, abalanzándose sobre él para arrebatársela. De repente se le había ocurrido que si Schloimo bebía su té en la taza rota, sobre ellos caería una gran desgracia. —¿Por qué no? preguntó él, aferrándose a la taza. Ella forcejeaba, sin saber cómo explicarle. —... Está rota, gritó, desesperada. A estas alturas ya había llegado el resto de la familia preguntando qué sucede ¿¡Pero qué sucede!? Sirke gritaba y trataba de quitarle la taza, pero él era más macizo y logró acercarse al samovar. —Lo que pasa es que este té está frío, afirmó Schloimo, cuando el chorrito no salió humeante. Y le devolvió la taza con un gesto de desagrado. —No lo quiero...

Eso fue todo, pero Sirke armó un escándalo desmesurado. —¿...Qué mi té no es bueno? ¿eso dices? Repítelo, anda, atrévete, repítelo. Él estaba molesto, se lo

repitió, pero con el griterío ya había llegado mucha gente, así que lo repitió delante de testigos. Sirke no le habló durante dos años. Pero como Schloimo era astuto y más taimado que ella, se aprovechó de su silencio orgulloso para fabricarle otro niño. Ella se hizo remedios a escondidas pero el niño se le agarró a las entrañas hasta cumplir los nueve meses dentro suyo. Casi se murió en el parto porque con su increíble testarudez, pasó la noche gimiendo sin pedirle a Schloimo que fuera a buscar a la comadrona. Él la escuchaba gemir haciéndose el sordo, esperando que el dolor la obligara a pedir ayuda. Ella estaba medio dormida de agotamiento después del parto, y entonces Schloimo se dijo que había llegado su hora: —Como Sirke siempre ha querido tener un hijo que se llame Serguei, ese es el nombre que le vamos a poner a este niño, afirmó. En cuanto lo oyó, Sirke se incorporó con los ojos desorbitados. Llamar Serguei a este hijo le parecía peor que una burla, un verdadero despojo. Desgreñada, se aferró al niño y al brazo de su marido, gritando para que no cometieran tal pecado. En ese mismo momento se le ocurrió una justificación irrefutable: —El otro se llama Nójem por su abuelo. Este deberá llamarse Itzak por mi padre, su otro abuelo, que acaba de morir en Los Dos Patriarcas.

Sirke todavía estaba amamantándolo cuando asesinaron al zar en un atentado. Y cuando aparecieron montones de piedras a la entrada del barrio, todas las familias escondieron a los niños. Así pasaron días y semanas, esperando el pogrom. Vladimir tenía 14 años y era curioso y fornido, no aguantaba el encierro. Un buen día se escapó a la calle y no volvió hasta la noche. Sirke había estado tan asustada que en cuanto lo vio llegar lo recibió a gritos: —¿Que no entiendes, pedazo de burro? ¿Acaso no sabes lo que te puede pasar? ...que te roben, te peguen... ¿Pero eres estúpido o qué?... testarudo como tu padre.... Schloimo no le decía nada, Vladimir era su favorito. Fue gracias a esas escapadas, que Vladimir supo antes que nadie que había llegado el ejército. —Los he visto con mis propios ojos. ¡Han venido para protegernos! Efectivamente, las cosas se calmaron un poco, pero la tensión continuaba, sólo Schloimo seguía haciendo bromas con una aparente despreocupación que a Sirke le resultaba intolerable.

Y una noche, Vladimir no llegó a la hora de comida. Lo esperaron, pero a medida que pasaba el tiempo Sirke sentía que se apoderaba de ella un presentimiento siniestro. Ahogándose de angustia, llamándolo a gritos, recorrió el barrio buscándolo en las casas de los vecinos, Schloimo iba detrás de ella excusándose porque Sirke estaba tan alterada que despertaba a la gente sin miramiento alguno. Todos le aseguraron que no habían visto a Vladimir ni tenían noticias de él. Entonces regresó a su casa y se puso a hacer orden en el taller. Hasta que terminó por encontrar un mensaje de Vladimir, escrito con su letra apretada de escolar: *"Respetado Padre, Mamushka querida. Me voy con el ejército. Dadme vuestra bendición"*.

En todas las familias se morían muchos niños, pero el hecho de que Vladimir desapareciera resultaba peor que una muerte. Sirke se negaba a aceptarlo, se le ocurría que si un "ya no volverá" salía de sus labios, en ese mismo instante y allí donde estuviera, Vladimir se caería muerto. Por eso pregonaba a los cuatro vientos que lo esperaría siempre.

Pasaba el tiempo, Sirke seguía trabajando como una sonámbula. A veces se miraba las manos y se acordaba que "él" le decía "mi princesa judía" ... Si apareciera ahora, la princesa no sabría cómo ocultarle sus dedos hinchados con las uñas negras de tintura, ni tampoco las venas sobresaliendo contra la piel enrojecida. ¿Pero qué estaba pensando? Inmediatamente la vergüenza y las culpas se apoderaban de ella, ¡qué desgracia lo de Vladimir!... Por lo menos no había sido Nójem. Pero no bien lo pensaba ya se había arrepentido ¿Puede una madre querer un hijo más que a otro? ¡Para mí todos son iguales!... Entonces una voz le retumbaba en los tímpanos, la voz de Dios, tal vez: "¡Estás mintiendo Sirke!"

Muy luego sus conversaciones se llenaron de "Vladimir decía esto", "a Vladimir no le gustaba esto otro"... "y cómo me lo agradecía cuando yo le preparaba los krépeles...." Se le borró de la memoria que lo encontraba testarudo, que le decía que era como burro de tonto y porfiado, se le olvidó que no era su favorito y que tampoco nunca le hizo mucho caso. Pero su dolor era tan desgarrador y su sufrimiento tan penoso que todo el

mundo fue adoptando esa otra imagen de Vladimir y de su relación con Sirke.

Cambiaron también las otras relaciones dentro de la familia. Aunque Vladimir había sido su favorito, Schloimo escondía su pena y lo único que sabía hacer era volver incansablemente, testarudamente, a reclamarlo en las oficinas y en los ministerios. Entonces, y sin que nadie se lo pidiera, Nójem empezó a acompañarlo en todos esos trámites. Como Sirke había sido posesiva y exagerada en su amor por Nójem, y porque de alguna manera también planeaba una duda sobre lo que sucedió antes de que naciera, Schloimo había tenido ese niño a distancia, y al comienzo ni siquiera lo cotizaba cuando iba trotando a su lado. Pero poco a poco se fue acostumbrando a su compañía, lo sentía como si estuviera ahí para consolarlo y cuando iba a salir le hacía un gesto para que lo acompañara. Así fue como Nójem se ganó un padre y cómo logró también defenderse del amor posesivo y angustioso de Sirke, que se volvió más exagerado todavía a raíz de su duelo por Vladimir. Desde esa época, más o menos, Nójem empezó a rebelarse contra los proyectos que Sirke hacía para él, simplemente elegía otra cosa y ni siquiera le daba explicaciones. Y entonces, en vez de postular a la Facultad para ser médico, cuando terminó el Gymnasium solicitó un puesto en la administración. En aquella época, un judío trabajando al servicio del zar era un fenómeno tan extraño que resultaba increíble, y aunque Nójem tenía un puesto subalterno, entre los vecinos y en la Comunidad adquirió un gran prestigio. Se dejó crecer bigotes, y una barbita que cuidaba con esmero, y aunque no fuera médico, Sirke lo perdonó porque se decía que con solo mirarlo se notaba que era un gran señor. Como si todavía fuera poco, Nójem empezó a frecuentar reuniones donde se escuchaba a gente que acababa de regresar clandestinamente porque habían tenido que huir a Francia o Inglaterra, y se discutían las ideas de Vladimir Medem. Después decidió casarse, y en vez de pedirle consejo a su madre, como lo indicaban las buenas costumbres, anunció de sopetón que ya tenía novia. Elizabetha era tímida y sumisa, más bien regordeta y baja de estatura, Sirke era una cabeza más alta que ella, por lo que siempre la miró hacia abajo,

en sentido real y figurado, hubiera querido que Nójem se casara con una mujer con carácter y desplante, como ella, e incluso que se le pareciera físicamente, como una Sirke más joven.

Pero aún decepcionada, Sirke vivía pendiente de Nójem, ni su única hija, ni el menor, Itzak, contaban para ella. Itzak era el hijo que Schloimo le hizo a la fuerza, no podía olvidarlo, y tenía que esforzarse para quererlo. El pobre siempre se sintió de más y todo lo hacía como si estuviera tratando de que lo perdonasen por ocupar un espacio en la familia.

En cuanto a Rojel, tan opaca, Sirke no lo decía pero se le notaba que su hija había sido otra decepción para ella. En la familia se sabía que a lo que más podía aspirar "la pobre Rojel" era a quedarse en la casa ayudando en el taller.

Sin embargo fue Rojel la que realizó las ambiciones de Sirke, introduciendo al médico en la familia, aunque no tuvo hijos con él porque se casó muy mayor. Sucedió muchos años después, después incluso de los grandes pogromes de comienzos de siglo, cuando los judíos empezaron a emigrar a América y a Australia. Para preparar el viaje, la gente se trasladaba hacia Sebastopol o Estambul, de manera que en Kishinev había un constante pasar de candidatos a la emigración. Así llegó un médico con sus tres hijos pequeños, acababa de enviudar y al rabino le pareció que necesitaba una mujer para que cuidara de esos niños. Se lo propuso a Rojel y ella aceptó. Entonces se casó con Mendel Roseblum (que se transformó en el tío Doc), se fueron a América, y, lo que nadie esperaba que le sucediera, parece que fue muy feliz.

Pero para Sirke, los hijos del doctor Roseblum que crió Rojel no eran sus verdaderos nietos. —Mi linaje, es la sangre de mi sangre, afirmaba rotundamente... Puesto que solo queda Nójem (siempre se le olvidaba Itzak), sus hijos han de ser médicos. Y así fue cómo Yakov y Serguei supieron desde siempre que era eso lo que tenían que hacer.

III

Otro pogrom, la historia se repite. Sirke se prepara una hermosa mortaja. La J.C.A. emigración, ida y vuelta. El proyecto familiar: los hombres han de ser médicos. Donde aparece el abominable Chichilnitsky. Serguei Vershenkov y su hermana parten a América, Sirke le regala su samovar. El naufragio. En Liverpool, sir Nathan emprende la educación de Serguei. De cómo el tío Chichilnitsky echó a Serguei y a Yakov a la calle.

De repente se encontró ante un portón imponente, lleno de volutas doradas. Su madre lo llevaba de la mano y como Serguei no era capaz de correr rápido, Elizabetha y él fueron los últimos en entrar. Serguei solo tenía conciencia de la mano húmeda y helada de su madre, casi tan pegajosa como el miedo que parecía flotar en el aire. ¡De prisa, de prisa! ... ¡entren rápido! Y de repente, de un manotazo, un gigante le voló la gorra y le dio un empujón. Fue tan inesperado que Serguei dio un grito y trastabilló, su madre se agachó para recoger la gorra, del otro lado del portón la gente chillaba y les hacía señas. Nójem salió corriendo, lo tomó en brazos, sujetó a Elizabetha por la cintura, y... ya estaban adentro.

Las tías lo besaban y miraban hacia arriba invocando al Innombrable, pero como estaban en un sótano, Serguei solo veía que buscaban algo en el techo: –¡Mein gött, mein gött, el niño se ha salvado de milagro! ¿No entiendes, Serguei? La bala te dio en la gorra... Y seguían con sus exclamaciones: –Por milagro! –¡...y tú también, Elizabetha...!

El sótano estaba mal iluminado y había otra gente junto a ellos, Nójem iba nombrándolos uno a uno, Shoshana, Zheide Schloimo, Yakov, el pequeño Serguei... –¿Y mi Bobbe Sirke? chilló Serguei, ¿dónde está mi Bobbe? Se miraron unos a otros, escudriñaron hasta en los rincones, ... ¿venía contigo? –¿quién la vio salir de casa? Con un hilo de voz, alguien aseguró que Sirke había afirmado que

esta vez no se movería del taller. El Zheide Schloimo meneó la cabeza con resignación, —es muy posible, Sirke es capaz de cualquier cosa. En el desconcierto que siguió, Serguei se echó a llorar, —mi Bobbe Sirke, mi Bóbbele, ¿...qué le van a hacer? Tenía miedo por ella, había escuchado siniestros rumores de incendios y mutilaciones, cosas horribles. Los adultos intercambiaron miradas en silencio. Nójem se puso de pie, con el reverso de la mano se sacudió los pantalones, verificó los puños de la camisa, la abotonadura de sus hermosas polainas color gris perla, tomó su bastón y anunció: —voy a buscarla.

Avanzó apoyándose con dignidad en el bastón de cachá de plata, recorrió calles, se abrió paso tranquilamente entre la turba que todavía estaba lejos de su casa. Al acercarse, divisó a Sirke, sola, apoyada en el vano de la puerta. Ella también lo vio, y lo esperó sin hacerle ningún gesto. —Vengo a buscarte, madre, dijo, inclinándose para besarla. Aunque era muy alta, ella tenía que empujarse para rozarle la frente con los labios. Era un beso de bendición. —De aquí no me muevo, respondió sin inmutarse. —Madre, tu Serguei te reclama, está llorando. —Dile que no tenga miedo, que su Bobbe es una hechicera... —¡No seas testaruda! —Hijo querido, soy vieja, casi centenaria. He visto ya muchos pogroms, todo lo que podía sucederme ya me ha sucedido.

Nójem vaciló. Nada le molestaba tanto como lo que ella insinuaba, aun cuando estaba seguro que ella nunca diría nada más. Los secretos no se dicen. Todos en la familia tomaban infinitas precauciones para no mencionarlo nunca. Pero, ¿cómo dejarla? Se estremeció con solo imaginarla afrontando insultos y pedrazos. Ella, tan vieja y venerable. Se quedó a su lado dispuesto a morir protegiéndola. Los disparos y la gritería se acercaban y se alejaban, las oleadas de humo los hacían estornudar a pesar suyo, pero ambos, con esa absurda testarudez de los Verskenkov, seguían conversando como si no estuvieran en medio de una tormenta. Bruscamente, al fondo de una callejuela angostísima surgieron unos muchachones gritando y tirando piedras. Se detuvieron en seco ante la anciana que conversaba con aquel elegante señor de bastón (un alto funcionario, seguramente). Alguien gritó

que los hebreos asesinaron a Cristo, los demás repitieron en coro. Castigo, castigo, chillaban a voz en cuello. El señor prosiguió su conversación con la anciana, un pedrazo le rozó un pie calzado de polainas impecables, y entonces el caballero los observó de arriba abajo y luego los amenazó agitando el bastón. —¡Váyanse! les gritó. No se entendió lo que decía, pero era tan altanero que nadie dudó de su autoridad.

El trayecto que seguían los atacantes era menos caprichoso de lo que podía suponerse, desde la víspera ya habían aparecido montones de piedras y escombros frente a algunas casas y ciertos comercios, señales de algún recorrido fijado de antemano. Los cabecillas vacilaron desconcertados, no sabían cómo romper el orden del aparente desorden. Entonces el señor se indignó y se volvió hacia ellos con un gesto de exasperación y en un ruso impecable, les gritó imperioso: —¡Acaso no saben obedecer! Los muchachones se miraron entre ellos, ¿qué hacer? Uno de los cabecillas se sacó la gorra, intimidado, —mil excusas, excelencia. Incluyó varias veces la cabeza, retrocediendo... Los otros lo siguieron.

En la memoria familiar de cada judío de Kishinev se conservaban innumerables historias de pogroms, pero a nadie le gustaba evocar las más humillantes o las más dramáticas. Al contrario, de padres a hijos, repetían anécdotas inverosímiles, aquella donde el más pequeño logró mantener a raya una docena de agresores, o esa otra en que el tonto de la casa engañó al soldado que.... Cuando todo había terminado, después de las lágrimas, la ira y los lamentos, se contaban una y otra vez aventuras como la de Nójem y Sirke, hasta que Serguei terminó por imaginar que vivió aquello junto a su padre y la Bobbe, y que fue allí cuando le volaron la gorra de un balazo.

Sirke tuvo que ayudar a la comadrona cuando nació Serguei porque el parto fue muy difícil, por eso fue ella la que lo recibió y salió a anunciar que era un hombrecito. Era el tercero después de Basia y Yakov. Entonces Nójem tomó al recién nacido que se veía diminuto entre sus manos y dijo, —Madre, éste es el Serguei que esperabas hace tanto tiempo. Fue para ese niño que Sirke se transformó en una verdadera Bobbe, lo cuidaba, le contaba historias

extraordinarias, le preparaba comidas especiales y lo transformó en su preferido igual como lo había hecho antes con Nójem. Y de la misma manera que desde que nació Nójem dejó de ocuparse de Vladimir, de Rojel y de Itzak, tampoco se preocupó por lo que podían sufrir sus otros nietos porque ella no les hacía ningún caso.

Cuando nació Serguei, Sirke había alcanzado la edad en que la gente empezaba a morir, así que había preparado la mortaja para su entierro. Pero como era tan exagerada, se hizo un vestido magnífico que más parecía traje de novia que mortaja. Lo guardaba en un baúl de madera, con un pedazo de almizcle para perfumarlo, y a veces se encerraba en su habitación que estaba atiborrada de cosas porque en el barrio ya no cabía más gente y las familias vivían amontonadas unas encima de las otras, se vestía con su mortaja, se soltaba el pelo y se lo peinaba con flores y cintas. Y así se paseaba por entre los trastos de su cuarto entonando viejas canciones. O si no, llamaba al pequeño Serguei, lo sentaba encima del baúl y le contaba historias fantásticas de Los Dos Patriarcas y de los tiempos en que ella era joven.

Cada noche, en torno al samovar, se intercambiaban noticias y se discutía qué hacer. —...El pogrom más grande de la historia de Kishinev. —¡De toda Bessarabia! —Me gustaría saber si esto va a seguir... —¿Se fijaron que de nuevo aparecieron montones de piedras en la calle? —¿Cómo se va a terminar todo esto? preguntó Elizabetha, aterrada, cada año paría un niño, y ya tenía una cara de mujer cansada y sin edad. Schloimo, el mismo que antes partía nueces con la cabeza y que ahora era un Zheide, viejo y prudente, bajó la cabeza, el ala del sombrero le tapaba completamente la cara, suspiró en silencio mientras se balanceaba, era su manera de meditar. Terminó por menear la cabeza con tristeza, —rezar hijos míos, solo podemos rezar para que el Innombrable... —Podríamos emigrar, sugirió alguien, las tierras del Barón Hirsch... —Algunas casas ya se han vaciado, los Bernstein y los Schwidky van a partir, me lo dijeron ayer... —Se puede hacer mucho dinero, sugirió Chichilnitsky. Chichilnitsky estaba casado con una prima de Nójem, Shoshana, y también vivía en la misma casa. Sostenía que todo podía comprarse, solo era cuestión de poner el precio.

Nójem no lo podía ver, y siempre hablaba de él como del "abominable..."

Y de repente, Serguei sólo escuchó hablar de la Jotaceá ¿Qué es eso? preguntó. –La J.C.A., –Son unos señores que pagan el viaje... Y además te dan la tierra. –¿Qué tierra? Todo era complicado, Serguei no conocía el campo, no podía imaginarse "la tierra", como decían sus tíos. Entonces los acontecimientos se precipitaron, se casó la tía Rojel, y la nueva pareja partiría, junto con los Chichilnitsky a Entre Ríos. –¿Adónde, adónde? –Un lugar muy lejos, muy lejos, en América. –Donde hay cabras y crece el trigo. La Bobbe Sirke arrugó la nariz como si ya estuviera rodeada de un tropel de animalejos y en comparación a eso, el olor a curtiembre de su propia casa fuera un perfume exquisito. Presionado por Elizabetha y por Sirke, y rezongando mucho, Nójem se decidió finalmente a partir. Schloimo lo bendijo varias veces. Y así, un buen día, le dijeron a Serguei que se despidiera de su Bobbe porque partían a América. –No te puedes quedar aquí solita, Bóbbele, vente conmigo. Sirke lo besó en la frente y le acarició las mejillas, –no puedo, mi príncipe adorado, tengo que estar aquí para cuando vuelva Vladimir.

En cuanto llegaron a Buenos Aires les cambiaron los nombres y Nójem se transformó en Naúm. Las familias se quedaban unos días en un hotel que había reservado la JCA y que todos llamaban "el hotel de los rusos", las señoras cocinaban a escondidas en las piezas, y los pasillos olían a borsch, gefelte fish con raíz picante, o a esos blinis de pobre, sin nada que ponerle encima. Las familias partían hacia una de las colonias en cuanto les legalizaban los papeles. Pero Naúm súbitamente cayó en una especie de inactividad inexplicable, en vez de hacer los trámites de la emigración se iba a pasear por el puerto. Era uno de esos veranos calientes y húmedos, les parecía que respiraban agua y no aire, Elizabetha se ahogaba y se quejaba de que su marido se había vuelto loco, a Serguei le daba la impresión de que su madre era como un pez chico y redondo que hubieran sacado fuera de su pecera.

Lo que nadie sabía era que a pesar de que ya era un hombre casado y con hijos, Naúm participaba activamente

en el Bund, el grupo de los jóvenes judíos marxistas, y si aceptó irse a las colonias de Argentina fue con la misión de tantear el clima político entre los emigrantes. Desde Buenos Aires, por mano y con un viajero de confianza, les envió a sus compañeros una carta amarga y desilusionada, "los judíos, decía, como si él mismo no fuera uno de ellos, están tan excitados ante la posibilidad de tener tierras que se olvidan de las enseñanzas de la historia de nuestro pueblo y creen que el camino de su liberación pasa por la riqueza". Naúm no llegó nunca a Moisesville. Se paseaba por las calles del puerto, vestido de lino blanco, repitiéndose poemas de Turgueniev sólo por el placer de escuchar la música de las palabras. Con la punta del bastón golpeaba los adoquines del pavimento y espantaba los perros vagos. Sus paseos terminaban en el muelle porque allí, si miraba fijamente, detrás de la franja barrosa y brillante formada por el río de La Plata surgía el lento fluir del Dniester, los gritos de los cargadores se transformaban en el eco de las canciones de Sirke y la hediondez del puerto le recordaba ese olor persistente de curtiembre en que había nacido. Lo aspiraba como si fuera un perfume exquisito. Lo devoraba la nostalgia, ahora se sentía más ruso que judío y en su cabeza se substituían las causas y los motivos de la emigración, ya no era por los pogroms sino por un porfiado capricho de Elizabetha.

Inexplicablemente, en ese Buenos Aires sofocante de Enero, Naúm se aferraba al ritual del té como si fuera a perder algo de su esencia si no tomaba varias tazas humeantes que lo hacían transpirar en su traje de lino. País de salvajes, mascullaba, país de salvajes, ¿cómo es eso? ¿No se venden samovares...? Y ante la cara de incompreensión del dependiente de la tienda, repetía escandalizado, ¡quiero un samovarr! Se fue deprimiendo hasta que poco a poco dejó de levantarse y se quedaba todo el día leyendo en el cuartucho del Hotel. Elizabetha le llevaba la comida pero él la rechazaba con un "quiero un buen borsch de esos que hacía mi madre!". Ella suspiraba, ponía los ojos en blanco, se encogía de hombros y salía sollozando de la habitación.

Le dijeron a Serguei que le escribiera a la Bobbe Sirke, un marino, primo de un vecino, llevaría la carta. Pero entre los viajes y los cambios de idioma, a Serguei

se le había olvidado escribir, así que llenó un papel de puntos y pidió que alguien explicara al pie de su dibujo que eran mosquitos. De golpe, el dibujo se transformó en la justificación del retorno. Y para agudizar la urgencia, llegó una carta de Kishinev anunciando que el Zheide Schloimo estaba muy enfermo, "probablemente no lo volveréis a ver en este mundo" terminaba diciendo Sirke. Entonces Naúm sintió que si su padre querido se estaba muriendo era por culpa suya. ¿...Y qué tiene que hacer un ruso en un lugar tropical y delirante como Buenos Aires? Con los puños golpeaba las paredes, desesperado, Serguei lo vio gimiendo de pena y lo sintió vulnerable. Le dolía por él pero también le daba vergüenza de que no fuera como los padres de los demás.

Elizabetha lloraba y se quejaba mientras se deshacía en alabanzas para el tío Doc que ya había emprendido los trámites para la reválida. Aun antes de llegar a Argentina, Chichilnitsky ya estaba armando negocios, dejó a la tía Shoshana (que ahora se llamaba Susi) y a los niños en Entre Ríos, para tener derecho a un pedazo de tierra y él se fue a Buenos Aires. Quizás otros también lo hacían, pero Naúm lo encontraba inmoral y lo detestaba, así que lo primero que aprendió a decir en castellano era "mierrrda Chichilnitsky". Después, cuando volvieron a Rusia, todos los años Chichilnitsky les escribía por lo menos dos cartas anunciando que se había hecho rico y que vivía como un príncipe. A Naúm, las cartas le daban ataques de rabia, es un mentiroso, gritaba, y además no es un auténtico Vershenkov... Pero en la familia todos pensaban que lo decía de envidia y no le hacían caso. ¡Mierrrda Chichilnitsky! repetía impotente, y de ira daba puñetazos contra el muro.

Años después, cuando Yakov terminó el Gymnasium, se había instaurado un *numerus clausus* para los judíos. No pudo entrar a Medicina (que ya era el proyecto de toda la familia). Y entonces, se les ocurrió mandarlo a estudiar a América (para ellos, que fuera Argentina o Canadá, era lo mismo, ni siquiera decían Buenos Aires, sino "América") donde el tío millonario. Le escribieron a Chichilnitsky que contestó diciendo que estaba de acuerdo, y Yakov partió mientras Serguei, que era menor,

terminaba el Gymnasium. Pero en cuanto Yakov llegó a Buenos Aires, Chichilnitsky lo puso a trabajar en su comercio con el pretexto de que no hablaba bien castellano y de que si no lo aprendía no lo dejarían entrar a la universidad. Yakov estaba consternado, Chichilnitsky nunca le dijo claramente si Naúm sabía de este cambio de programa, y él mismo no se atrevía a escribir a Kishinev porque temía que lo interpretaran como una petición de dinero para independizarse. Mientras tanto, Serguei hizo su último año de Gymnasium y terminó entre los tres mejores alumnos, de manera que con o sin *numerus clausus*, de todas maneras podía inscribirse en la Universidad.

El día del examen final en el Gymnasium fue uno de los mejores momentos de su vida, salió entre felicitaciones de los profesores y miradas de resentimiento de sus compañeros que siempre lo habían subestimado y que ni siquiera se molestaron en hacerle un gesto de reconocimiento. Era una tarde de primavera, se fue a pasear a la Alexandrovskaya, le compró un ramo de lilas a Sirke y regresó a la casa para hacerle declaraciones de amor apasionado. Era un juego entre los dos, Serguei ponía una rodilla en el suelo y le recitaba poemas o juraba matarse de amor por ella. La vieja Sirke se hacía la coqueta o la niña tímida, para terminar los dos en una gran carcajada. —Oh, Sirke, reina de las nieves, me propongo llevarte de paseo a tu vieja aldea de Los Dos Patriarcas.

Pero ese mismo día, en Sarajevo, asesinaban al archiduque de Austria, Naúm ya lo sabía cuando regresó esa noche a casa, y después de cenar volvió a salir. Regresó tarde y anunció que de un día para otro el Zar iba a declarar la conscripción militar. Serguei tenía que salir de Rusia inmediatamente. —Yo no me voy, Papá, tuve las mejores notas, no pueden dejar de aceptarme en la Facultad. —Serguei, *tienes* que irte... toda Rusia estará implicada. —¡No puede ser! He trabajado tanto para poder entrar a Medicina... ¿por qué vamos a hacer la guerra por el archiduque de Austria, qué tiene que ver con Rusia? —...Acuérdate de tu tío Vladimir, hijo mío. Pero a Serguei la historia de Vladimir no le parecía real, “su” realidad era esa primavera luminosa y radiante, una guerra ahí mismo le resultaba inverosímil. —Serguei, le dijo por último su

padre, ¿sabes lo que quiere decir "hebreo"? Serguei meneó la cabeza. No, no lo sabía. —"Hibri" es el que pasa, el que atraviesa, el que va más allá. Naúm hizo una pausa y lo miró a los ojos: ...Hibri es el que transgrede.

Partió dos días después, junto con su hermana mayor, Basia. Elizabetha no paraba de llorar, pero Sirke tenía los ojos secos y un gesto duro, Serguei se dio cuenta que era para ayudarlo a partir. Cuando ya estaba en la puerta, ella se le acercó con un paquete enorme. —Mi Serguei adorado, le dijo con voz firme, puede que no vuelvas a ver a tu vieja Bobbe, por eso quiero darte algo para que no me olvides. Le acarició las mejillas y el pelo, le besó los párpados, —...por favor, no lo rechaces, te lo suplico. Serguei la interrogó con la mirada, ¿qué quieres darme? Y ella le respondió con su voz susurrante de las confidencias. —...El samovar.

¡El Samovar! Serguei se estremeció e hizo un gesto de protesta, cómo se iba a llevar el famoso samovar de la Bobbe Sirke, el mismo que había pulido y lustrado desde que llegó a Kishinev, el de las peleas con Schloimo... es como si le diera todo lo que tenía. Pero ella afirmó, decidida: —Es "mi" samovar, , ...y tú eres "mi Serguei". Si no te lo llevas, no te he de perdonar nunca.

En la estación, al despedirse, su padre lo besó en la frente, —*Lej lejá*, le dijo, "ve a por ti". Son las palabras que el Innombrable le dijo a Abrahám: vete fuera de tu país, fuera de tu lugar de nacimiento. Ve por ti mismo.

Mucho después, cuando Serguei trató de reconstruir su partida, los misterios de su padre se le hicieron evidentes: Para unos judíos pobres de Kishinev, conseguir pasaporte en dos días era algo imposible, tan imposible como conseguir un puesto en la administración del zar. ¿Cómo logró que lo aceptaran? ¿cómo logró volver a ingresar cuando regresó de Argentina? ¿y, cuando se trataba de sacarlo inmediatamente del país, cómo se las arregló para comunicarse con Chichilnitsky al otro lado del océano? ... el telégrafo era prácticamente inaccesible para la gente como ellos... En fin, ¿cómo hizo para conseguir pasajes, cuando ya no quedaban para la venta...? Y sobre todo, ¿cómo sabía que Serguei tenía que irse inmediatamente? El 28 de Junio, Serguei y su hermana Basia

tomaron el tren y atravesaron toda Europa hasta Hamburgo. Ahí los esperaba un rabino que les dijo que la víspera el zar había declarado la guerra. En Londres los esperaba el representante de la J.C.A. Serguei y Basia se acordaron que después del pogrom, en su casa hablaban de la Jotaceá y entonces ellos creían que era una especie de animal terrible. De ahí continuaron a Liverpool.

Y de nuevo se encontraron en un barco donde los inmigrantes viajaban en cuarta, en camarotes de ocho personas. Los hermanos estaban separados y esa primera noche apenas durmieron, cuidando que no les robaran la maleta. Serguei se hizo planes para explorar la primera clase a la búsqueda de hermosas pasajeras, pero no alcanzó a ponerlos en práctica porque esa misma mañana ocurrió la catástrofe. El capitán tenía la intuición de que uno de los submarinos del kaiser andaba cerca y reunió a todos sus pasajeros en cubierta. A Serguei se le ocurrió que podrían morir ahogados. ¿Y el samovar? Bajó a su camarote, volvió corriendo y le confió el paquete a su hermana justo cuando el torpedo los remeció enteros y explotó exactamente a la altura de los camarotes, si se hubiera demorado un momento más....

La gente corría gritando. El humo, el remezón de los cañonazos. El telegrafista lanzaba mensajes de socorro. El barco se hundía. –Todo ha de hacerse entre caballeros, afirmó el capitán por un altoparlante, primero las mujeres y los niños. Era una guerra en que aún se respetaban las convenciones y el enemigo permitió que los barcos de pescadores los socorrieran.

Salvados del naufragio, Serguei y Basia regresaron a Liverpool. Sin sus maletas, sin esa ropa nueva y elegante que les prepararon apresuradamente para el viaje. Al pisar tierra, Basia se dio cuenta de que seguía aferrada al samovar de Serguei. El representante de la J.C.A. los estaba esperando en el puerto junto con un rabino que los llevó a su casa. Risas para disimular el nerviosismo. –Bueno, bueno, ya estáis de vuelta, dijo el rabino, aquí no se dice “tchai” sino tea, “ti”, repitió, tenéis que aprender, muchachos, porque estáis obligados a quedaros aquí por un buen tiempo. Y sin saber cómo, Serguei se encontró de chaqueta blanca, corbata negra de humita sobre una

pechera almidonada, zapatos de cabritilla muy lustrados, todo nuevo, de pie ante el director de un Club que lo observaba de arriba abajo como si fuera un animal exótico. —He is all right, dijo, lo que a Serguei le sonó como una jerigonza incomprensible. Le explicaron que lo habían aceptado para trabajar en el Club, estaba a servicio de uno de los socios más importantes, sir Nathan. En cuanto a su hermana, el rabino la empleó como nurse donde una familia conocida e inmediatamente le pusieron Bertha. A Basia le encantó su nuevo nombre, le gustó también la familia donde estaba trabajando, y de ser por ella, se hubiera quedado para siempre en Inglaterra...

Mucho después, recordando esa época de su vida, Serguei se dijo que esa fue su buena estrella y que aprendió tanto de sir Nathan que cuando llegó a Chile se dio cuenta que la mala suerte no fue el naufragio, sino el hecho de que al cabo de unos seis meses, se considerara que viajando protegidos y en convoy, los barcos podían reanudar la conexión con Sudamérica.

Para imaginarse a sir Nathan hay que recordar a George Sanders en Rebbeca... con esa misma elegancia en los gestos y el humor tan fino... Era un hombre rico y cultivado, ennoblecido por su activa participación en el comercio con el extranjero. Serguei tuvo la suerte de encontrarlo cuando estaba en la cúspide de su carrera y se había dado cuenta de que ya no podía ir más lejos. Por eso era capaz de mirarse a sí mismo sin condescendencia y con una cierta ironía. Por eso también, psicológicamente estaba disponible cuando se encontró con Serguei, porque hay que tratar de imaginárselo a los 16 años, saliendo por primera vez de Kishinev y de su barrio de encierro. Era un provincianito... Sir Nathan decidió educarlo en el sentido que la palabra "educación" tenía para él: hacer de Serguei un gentleman, más auténtico que si hubiera nacido en cuna de oro.

Sir Nathan no era muy alto, tenía el pelo grisáceo y algo ralo, el rostro fino y unos ojos agudos que entrecerraba ligeramente porque era un poco miope. Lo más característico de él, sin embargo, era que tenía eso que se llama "presencia" y adonde llegaba, la gente notaba inmediatamente que era "alguien". La manera de andar, la forma como sostenía la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás,

la elegancia de sus modales... Es un "caballero israelita", decían de él, para distinguirlo de un judío cualquiera. Sir Nathan lo trató siempre con una deferencia especial, pero desde que llegó le puso condiciones y le exigió que aprendiera rápido: –...Serguei, my boy, tienes que tratar de expresarte correctamente. –No sé hablar inglés, balbuceó Serguei a modo de excusa. –No importa, muchacho, lo aprenderás todo al mismo tiempo...

Pero tampoco se trataba de aprender cualquier inglés. Estaban en la suite que ocupaba sir Nathan en el club, golpearon la puerta y entró el jefe de los mozos, excusándose ante sir Nathan. Le pidió algo a Serguei en un inglés que a él le resultó completamente incomprendible. El caballero esperó que el jefe se retirara para reprender a Serguei: –...Eso está muy mal, Serguei, nunca digas, "whaaat?", menos aún con expresión de susto. Mira, escucha: lo que se dice es, "I beg your pardon". ¡Repite! Serguei se esforzó, pero por supuesto, no captaba ni el tono ni el gesto. Con toda paciencia, sir Nathan insistió en el "I beg your pardon", que acompañó con un movimiento de la mano para que Serguei se diera cuenta de la entonación y del ritmo de la frase: –...No, no, Serguei: el tono de pregunta no debe ser tan pronunciado. ¡Se supone que un caballero lo sabe todo! Serguei iba a decirlo nuevamente, pero sir Nathan lo detuvo antes de empezar: –La expresión hijo mío, la expresión lo es todo. Basta con arquear levemente las cejas... –Así. ¡Muy bien! Mírate al espejo: –Y si quieres agregas un gesto de desconcierto o una mímica de excusa... Si lo que deseas es imponerte, miras de arriba abajo, así, ¿ves?... El caballero se veía pequeño al lado de Serguei, estaban de pie uno al lado del otro, gesticulando frente a un espejo del techo al suelo. Serguei se había visto pocas veces reflejado de cuerpo entero, estaba distraído, pero sir Nathan insistió: –la mímica es muy importante, my lad, fíjate cómo yo lo hago... tienes que encontrar el punto justo... ¡eso es!, ... entre incomprendimiento y desprecio... Serguei imitaba sin darse cuenta del alcance de lo que estaba aprendiendo. –...I beg your pardon, exclamaría después, arqueando un poco la ceja izquierda, con sus modales exquisitos y tan delicadamente autoritarios.

Dentro de las obligaciones de Serguei estaba incluido el servir a la mesa, llevarle el desayuno a sus aposentos, eventualmente ayudarlo a vestirse, y sobre todo, estar disponible para cualquier cosa que necesitara. Lo más interesante era al final del día, cuando sir Nathan tomaba una copita de brandy antes de irse a dormir. Era el momento de intimidad en que el caballero analizaba en detalle los gestos de Serguei y sus incorrecciones gramaticales, le corregía el acento y después se entretenía en explicarle cuáles eran los objetivos que guiaron sus propias acciones durante ese día. A veces Serguei no lo escuchaba con demasiada atención, todavía pensaba que sería médico y le parecía que esas historias de modales y de negocios no eran para él.

Pero sir Nathan insistía con paciencia: —Serguei, cuando sirvas a la mesa, tienes que estar mirándome a la cara para adivinar lo que quiero. Un caballero no necesita pedir, ¿entiendes? basta con que haga un leve gesto para que lo sirvan. Presta atención también a la manera cómo comemos, ayer entré en el office y me fijé que no sabes hacerlo como un gentleman. La crítica iba acompañada siempre de una leve sonrisa, con él Serguei no podría sentirse ofendido. —...Para cortar tomas el tenedor con la mano izquierda y el cuchillo con la derecha, observa cómo yo lo hago. Sir Nathan le hizo una demostración como si fuera un mimo, sin cubierto alguno: —Los movimientos deben ser lentos y fluidos. Los labios finos de sir Nathan se estiraron en una sonrisa de complicidad: —a un caballero nadie le va a quitar los cubiertos ni la comida de la boca, ¿entiendes? —Cuando has cortado, depositas el cuchillo sobre el borde del plato, tomas el tenedor con la derecha, lo haces todo con mucha calma, you take all your time, ¿me entiendes? ... y te llevas la comida a los labios. Pequeños trozos, Serguei, nunca hay que llenarse la boca... hum hum, most disgraceful. Un caballero no se precipita sobre la comida, muchacho, un caballero nunca olvida la dignidad de sus gestos. El que come con la boca llena, está indicando que solo es un nuevo rico...

Pero, ¿qué tiene de malo ser un rico reciente y no antiguo? Serguei no lo preguntó tal cual, pero seguro que se le notaba el desconcierto. —...Carecen de estilo, y por

mucho dinero que tengan dejan traslucir su falta de modales. Lo peor es la vulgaridad, insistía sir Nathan arqueando despreciativamente la comisura de los labios, los pobres son humildes y tratan de disimularse, pero cuando hacen dinero se transforman en advenedizos que despliegan ostentosamente su ignorancia. Tal como él lo explicaba, ser advenedizo resultaba un estado repugnante, mucho peor aun que la pobreza.

Lo más increíble para Serguei fue que la víspera de su partida, sir Nathan le confesó que si conocía tan bien a los advenedizos, era simplemente porque él lo había sido. —El nuevo rico, hijo mío, debe estar siempre alerta para no dejar traslucir sus oscuros orígenes... Cuando se aprenden de adulto, los modales no son naturales sino que deben cultivarse como un arte... y los modales en la mesa son el “ábrete sésamo” del gran mundo. Si no sabes comer con elegancia no te invitarán a las casas de los poderosos, y entonces, aunque tengas mucho dinero, no te servirá para nada.

Sir Nathan le explicó también cómo había que vestirse, incluso cuando se dispone de muy poco dinero. “No es el dinero lo que importa, Serguei, sino el estilo”. Y él mismo lo mandó a un lugar donde vendían ropa usada, elegantísima, —has de elegir siempre lo más clásico y que parezca incluso anodino, para que no se note que usas siempre lo mismo... pero tiene que ser de marca, ¿me entiendes? Cuando Serguei lo ayudaba a vestirse, sir Nathan iba detallando las marcas, desde los zapatos (muy importante, siempre tienen que ser de excelente calidad) hasta los ternos, sin descuidar los detalles, los pañuelos de lino suizo, el peine de hueso y el agua de colonia *by appointment of his majesty*. Era un aprendizaje intensivo y al poco tiempo, cuando Serguei no llevaba el uniforme de mozo, en todas partes pasaba por un joven *dandy*.

Evidentemente el acento lo traicionaba, simplemente no lograba hablar como un inglés auténtico. Pero entonces sir Nathan le explicó que lo importante era que manejara perfectamente la estructura del idioma, porque según él, lo que en un inglés podía pasar por fantasía lingüística, en boca de un extranjero sólo sonaba a ignorancia. —... Después de aprender a fondo la gramática, te

podrás permitir un ligero acento, Serguei, porque la gente lo considerará como parte de tu "personal charm".

—...La vida social funciona sobre la base de las apariencias, le decía, pero sir Nathan era demasiado inteligente para preocuparse sólo de las apariencias. Serguei ya había aprendido el oficio e incluso podía servir en las grandes cenas de aparato. Entonces pudo darse cuenta que sir Nathan no invitaba sólo para comer. Como ya sabía que no dejaba nada al azar, Serguei se entretenía en descubrir sus estrategias. Primero que todo, cuidaba hasta de los últimos detalles de manera que sus cenas fueran opíparas y el servicio impecable. Sir Nathan era un conversador fascinante, hacía reír a sus invitados con unas historias de carreras de caballos (adonde asistía no porque le gustara especialmente el juego, sino porque "está todo el mundo"). Serguei se mantenía a una pequeña distancia de los comensales, con la vista fija en el caballero. Ya sabía interpretar el leve parpadeo y la mirada de reojo hacia su derecha. Entonces, silencioso, se acercaba a rellenar las copas o a ofrecer otro poco de salsa. La cena transcurría al calor de las anécdotas y de los distintos vinos, mientras el invitado principal iba abandonando sus defensas y ni siquiera captaba la pequeña pausa entre el postre y los licores. Evidentemente, no se hablaba de algo tan vulgar como el dinero, pero sir Nathan sugería y preguntaba, sabía escuchar y sobre todo era capaz de convencer sin que su interlocutor se diera cuenta de que estaba influyendo sobre él.

Después que partían los invitados, sir Nathan se instalaba unos instantes junto a la chimenea para paladear su cognac. De pie, dos pasos más atrás, enfundado en su impecable chaqueta blanca, con el brazo izquierdo plegado en el ángulo exacto para sostener la bandejita de plata con la botella del mejor brandy, Serguei admiraba al caballero que aún fatigado conservaba siempre la elegancia de sus gestos mientras se daba el trabajo de explicarle los grandes intereses que estaban en juego en esa precisa cena que Serguei acababa de servir. Era un negocio de astilleros que súbitamente a Serguei le pareció una especie de castillo de naipes en equilibrio. Para dar su acuerdo, el invitado tenía que asegurarse que iba a recibir el acero

a un precio especial. Y para darle ese precio, a su vez los vendedores del acero ya habían cenado con sir Nathan y expresado su interés por entrar con una participación en los fletes. Sir Nathan había dejado entrever que eso se podía arreglar. Sir Nathan también tenía intereses en los fletes —ahí estaba el grueso de su negocio— y en otra cena ya había mencionado los deseos de los del acero, destacando que a futuro también podría ser interesante... En fin, Serguei entendió cómo, en cada una de esas cenas fabulosas, disimuladamente se amarraban negocios enormes. Pero Serguei sólo se dio cuenta mucho después que sir Nathan había sido bastante más que un patrón para él. Cuando lo recordaba no usaba la palabra “modelo”, porque no era una palabra en boga en esa época, pero cuando no sabía qué hacer siempre se preguntaba qué hubiera hecho sir Nathan en su lugar.

La gente se escribía poco, las cartas se perdían o demoraban una eternidad. Después que se fue a Chile, Serguei no le escribió a Sir Nathan porque había decidido hacerlo cuando pudiera anunciarle que ya era médico. Pero cuando viajó a Berlín, once años después para encontrarse con su padre, pasó especialmente a Liverpool para verlo.

Entonces, cuando Serguei y Bertha llegaron a Buenos Aires, se encontraron con que entre tanto Chichilnitsky, el “tío millonario”, había emigrado a Chile llevándose a Yakov con él. Nuevo viaje. En tren hasta la última ciudad, a lomo de mula el cruce de la cordillera. No estaban acostumbrados a las comidas tan aliñadas y en el trayecto atraparon una disentería fuertísima. Llegaron extenuados a Santiago con un mareo terrible y zumbidos en los oídos. A los pocos días Chichilnitsky decidió que tres Vershenkov eran una carga demasiado pesada y casó a Bertha al final de esa misma semana. Después explicó que era imposible comunicarse con Kishinev por la guerra, así que no consultó con Naúm y tomó la decisión en su lugar. Como Bertha no tenía dote y él no pensaba invertir nada en ella, la casó con un tipo buena persona pero tosco, una especie de gigantón que vivía en tribu con sus padres y sus hermanos. No les preguntó nada, ni a Yakov ni a Serguei, menos aún a Bertha, que se encontró el Viernes

en la sinagoga, vestida de blanco y con velo. Había vislumbrado al novio pero nadie la había prevenido que ese era su futuro marido.

Bertha pasó toda su juventud pariendo niños, manejando la casa y ayudando en la fábrica. Se despertó de esa pesadilla después que enviudó, descubrió que era capaz de andar sola por la calle, ir a los conciertos (le encantaba la música), conversar de los libros que leía, y que nadie se reía de ella. Aunque ya era vieja y achacosa, consideraba esta segunda vida como mucho mejor que la primera, "si hubiera sabido, si alguien me hubiera advertido lo que iba a ser..." repetía, ¡yo debiera haber nacido medio siglo después! En la sinagoga, Serguei se acordó del legendario "mierrda Chichilnitsky" de su padre, pero en el momento no atinó a oponerse. Por eso el matrimonio de Bertha le quedó como una espina atravesada.

Lo peor fue que Chichilnitsky también había hecho planes para Yakov o Serguei, uno u otro.

De sus tres hijos, la mayor, Rosita, era fea y sin gracia, y por eso una de sus mayores preocupaciones era que no se quedara solterona. Al mismo tiempo y en el fondo de sí mismo, Chichilnitsky arrastraba un contencioso con los Vershenkov y especialmente con Naúm que tenía más o menos su misma edad. Naúm era el favorito de Sirke, el elegante de la familia, el que trabajaba fuera del taller y se permitía frecuentar otra gente sin dar explicaciones; cuando él se casó con Shoshana y tuvo que instalarse donde los Vershenkov y trabajar en el taller porque no había ni casa ni trabajo en Kishinev, sintió desde un comienzo que Naúm lo menospreciaba, lo hacía sentirse tosco y anodino, inferior en suma. Hacer dinero en América, mientras el estúpido romántico de Naúm se volvía a Rusia a pasar miserias, había sido su primera revancha. Que Naúm se viera obligado a pedirle que recibiera a sus hijos para que pudieran estudiar, le había causado un placer infinito, era la consagración de su triunfo frente al arrogante favorito de Sirke. Pero cuando vio a Yakov y a Serguei, parecidos a Naúm y hermosos como él, le volvió todo su resentimiento por esa belleza que le resultaba insultante, y se le ocurrió que la verdadera revancha consistía en que uno de ellos se casara con su Rosita. Hacía un mes que

había casado a Bertha, Serguei y Yakov estaban haciendo trámites para inscribirse en la Facultad, cuando un día durante el almuerzo, Chichilnitsky les anunció que tenía que hablar con ellos, que fueran a su escritorio.

Era una habitación polvorienta, al fondo de la casa, invadida de carpetas y papeles instalados de cualquier manera. Tronando en un enorme sillón de cuero, Chichilnitsky los acogió con una sonrisa demasiado radiante. Serguei y Yakov intercambiaron miradas disimuladas, ¿qué pretendía? Estaban dispuestos a trabajar mientras hicieran Medicina, serían incluso capaces de entregarle todo su sueldo si fuera necesario, ¿...qué más podría exigirles? Ninguno de los dos ponía en cuestión los estudios, para eso habían venido y sobre eso no estaban dispuestos a transar, además Chichilnitsky se había comprometido con su padre...

—Queridos sobrinos, ejem, ejem, les voy a ofrecer una copita de mistela, excelente, excelente... Los hermanos se sentaron, tiesos, desconfiando cada vez más. —...Quiero decirles que estoy increíblemente satisfecho con ustedes, gracias a vuestra venida a Chile las dos ramas de la familia se han vuelto a unir... y... ejem, ejem, eso es lo mejor que podía suceder... Bien, bien, se frotó las manos, arrellanándose en su sillón destartalado y les sonrió. Tenía una expresión astuta, lo que hizo que a Serguei le resonaran nítidamente en el recuerdo las erres arrastradas del “mierrrda Chichilnitsky” de su padre.

—...Por supuesto, queridos sobrinos, ustedes han podido darse cuenta de la modestia de esta casa, y de mis esfuerzos denodados para sacar adelante el buque. Claro, ya se habían dado cuenta que no era millonario ni mucho menos. Ya está, se dijo Serguei, nos va a pedir que le paguemos pensión, porque sería un descaro que nos cobre por ese cuartucho miserable donde nos puso. —...Mi querido primo Naúm ha sobre-estimado nuestras capacidades ...ejem.... para sostenerlos a los dos mientras estudian esa carrera tan larga... Súbitamente se dirigió a Yakov, —¿cuántos años son? ¿...seis? ¿siete? Yakov no alcanzó a contestar cuando él continuó: —Comprenderán que alimentar a dos muchachos sanos y con buen diente como ustedes, durante siete años... Pero, mis queridos muchachos, cuando terminen van a estar tan viejos y

arrugados que no van a encontrar a ninguna *méidele* como se debe que quiera casarse con ustedes. Serguei se dijo que para Chichilnitsky siete años de Facultad eran siete años perdidos, siete años de envejecimiento acelerado. Ni a él ni a Yakov se les había pasado por la mente buscarse novia. Este giro de la conversación les resultaba desconcertante, a Yakov le dio un ataque de tos nerviosa, el tío le ofreció más mistela, pero a estas alturas Yakov prefería conservar las ideas claras, y Serguei corrió a buscarle un vaso de agua.

Chichilnitsky retomó el hilo de sus ideas, —no creáis que no me inquieta vuestro destino, pero como jefe de familia responsable, también tengo que ocuparme del futuro de mis propios hijos. Hizo una pausa y bajó púdicamente los párpados sobre sus ojos saltones, Serguei y Yakov estaban sobre ascuas. —...Los míos no han podido estudiar... pero eso no quiere decir que yo no me enorgullecería de tener un hijo médico. He pensado mucho en todo esto, queridísimos sobrinos...

Chichilnitsky apoyó sus dos manazas sobre la mesa: —Sobrinos míos, quiero hacerles una proposición. Dejó pasar unos segundos de silencio absoluto, durante los cuales Serguei y Yakov, alelados, escuchaban nítidamente el silbido que hacía Chichilnitsky al respirar.

—...Como tengo estas dificultades económicas que les he explicado, y al mismo tiempo los quiero tanto y mi deseo más sincero es el de ayudarlos, y tanto los quiero que me gustaría que fueran hijos míos... pienso que hay una solución, y es la siguiente: Yo les ofrezco la mano de mi bienamada hija, Rosita, la primogénita, a la que, como ustedes podrán imaginar, le he preparado una dote sustanciosa... El que se case con ella, pasaría a ser mi hijo, y como tal, podría estudiar Medicina.

Rosita no era gorda, sino de cuerpo pesado, torpe de movimientos, con el pelo hirsuto, la cara rojiza y los rasgos mal agenciados. Tenía los mismos ojos saltones y casi sin pestañas de Chichilnitsky, pero los de ella expresaban miedo. Era mayor que los dos Vershenkov y todo el mundo ya la consideraba una solterona... si por lo menos hubiera sido tan simpática como Davo, el segundo.

... A estas alturas, Chichilnitsky hablaba con voz de visionario, entusiasmado con su proyecto, ya veía a su Rosita como esposa del doctor, y se imaginaba a sí mismo, suegro de este personaje importante. —... Cuando mi yerno se reciba de médico, podríamos preparar los dos cuartos que dan hacia la calle para que pusiera su consulta.... Les echó una mirada y eso lo devolvió a la realidad, la expresión de Serguei y de Yakov no dejaba lugar a dudas. Entonces la voz se le volvió ligeramente amenazante: —...Y el que quede soltero... bueno, habría que ponerse de acuerdo, tal vez gracias a que su hermano sería mi hijo... yo podría permitirle que siguiera durante unos pocos años en mi casa, mientras hace el comienzo de la carrera...

Serguei y Yakov se pusieron de pie, seguros de lo inquebrantable de su decisión, pero mientras afirmaban casi al unísono: —No tío, es imposible. ¡No cuentes con nosotros! Chichilnitsky con una sonrisa comprensiva les estaba diciendo: —No se precipiten, queridos sobrinos. No se peleen entre ustedes para ser el elegido. Decídanlo con calma. Son las dos. Los espero hasta las seis de la tarde.

Ninguno de los dos aceptó. Chichilnitsky decidió que necesitaba inmediatamente la pieza que estaban ocupando. Y tampoco podía mantenerlos mientras estudiaban Medicina, así que los puso de patitas en la calle. Y ahí se quedaron los dos, con sus maletas en la vereda.

Era de noche, no pasaba nadie. Serguei se sentó arriba de su maleta, suspiró, ¿y ahora qué hacemos? Yakov se encogió de hombros, tampoco se le ocurría qué hacer, y ni siquiera sabía orientarse por las calles oscuras.

En ese momento, de arriba de la casa oyeron un silbido tenue y una voz que susurraba, —¡esperen, no se muevan! Era Davo, el segundo de los hijos de Chichilnitsky, el que seguía a Rosita. Aunque tenía solo diecisiete años, la misma edad que Serguei, hacía más de un año que se escapaba por las noches. Empezó por decirles que no estaba de acuerdo con lo que hacían sus padres, con lo cual Serguei y Yakov entendieron que la tía Susana también había participado en el proyecto. Después les preguntó lo que pensaban hacer. —Estamos sin plata, dijo Yakov. Davo les prestó unos

pesos y les presentó al dueño de un conventillo. Así fue como esa noche, por lo menos, durmieron bajo techo. De todas maneras, no conocían a nadie, nadie podía recomendarlos, además hablaban un castellano pésimo y por último, tenían un apellido ilegible.

Durante todos los años de la guerra apenas si lograron comunicarse con Kishinev. Naúm seguía convencido de que los dos habían entrado a la Facultad. Después de la revolución bolchevique, los diversos tratados de paz dejaron a Kishinev fuera de la zona rusa. El "barrio" se volvía cada vez más un ghetto, la "rumanización" les resultaba tan absurda como la "rusificación", eran nuevas humillaciones que venían a agregarse a una larga cadena. La hambruna del comienzo de los años veinte no arrasó solamente el territorio de los soviets, sino que devastó toda la región, dos hermanos pequeños de los Vershenkov fallecieron de nada, o más bien dicho, de pura miseria. Pero la familia repetía, "tantas penurias... por lo menos Serguei y Yakov están estudiando". Cuando Sirke supo la verdad, echaba chispas de ira. Estaba preparando un borsch y apretó con tanta fuerza una betarraga que terminó por reventarla. Levantó la mano manchada de rojo gritando, ¡así quisiera yo reventarte, maldito Chichilnitsky!

A todo esto Rosita, que no tenía arte ni parte en la maquinación de su padre, pero que se hacía la tonta por si acaso cedía uno de los primos Vershenkov, logró finalmente encontrar un marido, o más bien dicho, se lo encontró Chichilnitsky. Un violinista pobre como las ratas que pasó por Santiago dando unos conciertos para la Comunidad. Con la dote de la Rosita, el violinista —que era por lo demás una excelente persona— puso una escuela de música en Buenos Aires, y terminó de segundo violín en la Orquesta Filarmónica.

IV

Vera Freudenstein, el último vaso de leche. En América mi hija va a ir a la Universidad, afirma su madre. Moisesville, una imagen de felicidad que se quiebra trágicamente. Llega la abuela Judith e impone su ley. Nueva emigración a Santiago, objetivo para todos: La Facultad. La Voz de la Comunidad, o cómo una broma bien llevada puede torcer el destino.

Eran solo sensaciones e imágenes disparatadas. Ella misma corriendo, colgada de las manos de los adultos, concentrada en el movimiento regular de sus piernas, como si no fueran suyas y los zapatos embarrados fueran de otra niñita. Ahogándose por el humo. Unos pasos más adelante, don Luis, con Mauricio y Abi, dando grandes zancadas.

Y quién sabe cuánto tiempo antes, en el taller, su madre ofreciéndole un vaso: –Veriushka, toma un poco de leche. El taller estaba casi vacío, y en ese momento entró don Luis, gritando. La voz retumbó y las paredes devolvieron el sonido con un extraño tamborileo, mientras su madre le quitaba el vaso, le ayudaba a ponerse el abrigo y salían corriendo.

Entre sueños, la voz de su madre susurraba, pobre Veriushka, no alcanzaste a tomar la leche. La voz quedó sonando dentro del sueño: Fue cuando estaba estirando la mano para tomar el vaso que empezó todo. Y por eso, siempre que bebía leche lo hacía rápido, para alcanzar a hacerlo antes de salir escapando.

Y está el humo, el humo. Y una voz que grita, Animo Vérele, ya falta poco.

Mucho más tarde –Vera tenía la impresión de que se había pasado toda la vida corriendo– ya estaba oscuro y se le enredaban las piernas de cansancio. Entonces su madre la tomó en brazos. La tibieza de su cuerpo, el aroma de su pelo oscuro, Vera se abrazó a ella apretando la cara contra su cuello y súbitamente se quedó dormida.

La despiertan en la mitad de la noche. ¿... Muchos días después? Unos hombres enormes están cargando un sinnúmero de bultos en una carreta. La visten. Ahora va toda la familia en un coche. –Kíndeke, les previene don Luis, ¡no hagan ruido! Su madre lleva a Jimmy en los brazos, todavía es un bebé. –Ay, exclama, se nos olvidó la muñeca de Vera. Pobrecita, está tan dormida. El coche tiembla y cruje. Vera se aferra al brazo de su madre como a un salvavidas. Hay dos banquetas contra las paredes del coche, don Luis está sentado al frente de ellas, con Mauricio y Abi.

De pronto Vera sintió algo impalpable y terminó de despertarse. Don Luis y su madre se estaban mirando a los ojos. Desde donde ella estaba, Vera solo veía a su padre. Su mirada era intensa. Casi violenta. Bruscamente su madre se inclinó hacia él y le tomó la mano, –Lévkele... Lévkele, tesoro... no tengas miedo. Hemos hecho lo que había que hacer. Como de costumbre, su voz era dulce, pero tenía un tono distinto, Vera entendió que estaba diciendo algo especial. En el rostro de don Luis se insinuó una sonrisa, su expresión oscilaba de la pregunta a otra cosa. A algo misterioso. Fue en ese momento que por primera vez Vera sospechó que entre sus padres podían existir otros sentimientos y otros intereses que el de estar ahí para cuidarlos. En torno a los ojos de don Luis se dibujaban arruguitas de tristeza, la sonrisa se le detuvo a medias mientras se encogía de hombros. –Volveremos, murmuró despacito. Era una pregunta pero también lo estaba afirmando. Vera nunca había escuchado ese tono de pena en la voz de su padre. Y la invadió una oleada de desconcierto y de miedo. Contra su cuerpo, las piernas de su madre seguían tibias e inmóviles, pero de alguna manera Vera sintió la tensión. Ella le soltó la mano y se echó hacia atrás. –No volveré nunca más, afirmó.

Desde donde iba sentada, Vera los veía como enormes muñecos. Hubo un silencio largo en que los resortes del coche resonaron como gemidos, los ojos de su padre brillaban. –Múshkele (a la mamá todos le decían Múshkele, incluso don Luis), Múshkele ¿no estás tris...? La voz se le quebró en un sollozo. Entre un rechinar de ruedas y un crujir de tablas, brutalmente despiertos, Vera, Mauricio

y Abi seguían la escena como si estuvieran hipnotizados. Su madre se dio cuenta pero no pudo reprimir una amargura que resultaba rara en ella: –No, Lev, no estoy triste... Cierro los ojos y escucho los insultos. Están aquí, dijo, señalándose las sienes. –Por eso, no, Lev... empezaremos de nuevo... ¡allá!

Y después el barco, y al final del viaje, Moisesville. Para los Freudenstein fue como si llegaran al paraíso. La gente salió a recibirlos hablando hasta por los codos en una mezcla de idish y castellano, no entendían qué les decían pero se sintieron acogidos con cariño. Y además había un sol radiante, y árboles, y flores, y tierra para correr y jugar. Se instalaron en una casa que aunque pequeña, tenía ventanas por donde entraba el sol a raudales. Doña Ana abrió una ventana y los llamó riéndose, los hermanos corrieron hacia ella gritando a voz en cuello, Mamushka, Múshkele. Y así la recordaría Vera, riéndose con ellos. Pero eso fue unos años después, cuando habían comprado la enciclopedia ilustrada, y Vera ya iba a la escuela con un delantal blanco y la maestra le decía Verita porque se acabaron los Vérele y los Veriushka. Vera aprendía rápido, por darle gusto a su madre, y sobre todo para que a nadie se le ocurriera hacerle burla. El recuerdo de los piojos en el barco le había quedado como una mancha infamante, a veces en los momentos más inesperados volvía a escuchar el clip-clap del peluquero que les cortaba el pelo en medio de las risas hirientes de los que no tenían liendres.

La maestra los llevaba a los potreros, cada cosa tiene un nombre, explicaba. Repitan conmigo. Con sus dedos finos tocó una flor dorada, –yuyo, dijo, y todos repitieron, yuyo, yuyo. –Vaca, dijo la maestra, acercándose a los animales. Era grande y gorda, estaba comiendo pero cuando se acercaron levantó la cabeza. Vera encontró que tenía una mirada casi humana. No se pudo olvidar la expresión de sus ojos, y quizás por eso, después le resultó tan fácil hacerse vegetariana, aunque Mauricio y Jimmy, que ya era el rico de la familia, la trataran de loca.

Doña Ana nunca se acordaba de Kishinev. Ya en el barco, era una de las pocas rebeldes que insistían en que había que aprender el idioma del país donde se vive,

porque las otras protestaban de que no se sentían capaces de aprender el “argentino”, como le decían al castellano. Se aferraban al idish porque siempre lo habían hablado y tampoco veían por qué tendrían que cambiar. Las discusiones sobre qué iban a hablar cuando llegaran fueron una de las grandes preocupaciones del viaje, después Vera se acordaría de que la señora Ana se reía de las otras y decía que por eso les iba tan mal con el zar, si ni siquiera hablaban en ruso. Ella y don Luis lo dominaban perfectamente, pero después del pogrom decidieron que si los rusos los detestaban como para quemarles las casas y humillarlos de esa manera, ellos no hablarían más en su idioma. Por eso fue que los Freudenstein lo olvidaron hasta el punto que, cuando ya estudiaba Medicina, Mauricio le preguntó a Vera si se acordaba de lo que dijo su madre en el coche. Vera le aseguró que lo recordaba tan bien que incluso podría repetírselo. Mauricio meneó la cabeza, —Es que, ¿sabes lo que me preocupa? No sé en qué idioma hablaban... ¡Tengo tan presente lo que dijo y no logro recordar el sonido de las palabras! Y por eso también, desde que llegó a Moisesville, la señora Ana se dedicó a aprender castellano. Pronunciaba mal, los niños gozaban corrigiéndole, —Múshkele, repite con nosotros: “el jueves compro nueve huevos”. A ella le costaba un mundo el sonido “ue”. —El joives, decía, y se echaba a reír porque se daba cuenta de que no le resultaba. Y después que se murió, Vera la recordaría a menudo con su cuaderno y la enciclopedia, deletreando cuidadosamente las palabras y pidiéndole que le dijera si lo estaba haciendo mejor.

Y surgía también otra imagen, más antigua. Era su madre en el barco, sentada en esos bancos largos donde las señoras pasaban el día, afirmando a quien quisiera oírla que le habían dicho que allá en Argentina las niñas podían ir a la Universidad, y que por eso su Vérele iba a estudiar Medicina. Las otras se reían a gritos, porque Vera era tímida y flacuchenta, pero la señora Ana porfiaba con que su hija sería una doctora. Por supuesto que los niños hombres de la familia también iban a ser médicos (Dani, que hizo Leyes porque ver sangre le daba náuseas, siempre se sintió inferior a los otros Freudenstein porque no hizo

Medicina), pero afirmar que ella, una mujer, iba a ser médico era un desafío demasiado grande. Vera admiraba la firmeza de su madre, que aun en minoría y con las otras tratando de ridiculizarla, insistía en que Vera sería doctora. Después ella lo sintió como algo más fuerte que un deseo, como la misión que su madre le había confiado.

Doña Ana se murió de parto cuando nació Myriam. Los niños no entendieron qué significaba "morirse" porque al comienzo nada cambió. Solo tenían una impresión de vacío. Ella no estaba esperándolos en la casa, no había nadie esperándolos, sino que tenían que esperar a que llegara don Luis de vuelta de su trabajo. Lo peor era ese momento de la tarde en que no sabían qué hacer y el aire les sonaba a hueco. Entonces empezaron a quedarse hasta tarde jugando en los campos, y volvían justo cuando don Luis iba entrando.

Ese día habían andado cazando langostas, la plaga que había arruinado las cosechas, a cada niño le pagaban un centavo por diez langostas muertas. Salían en grupo, cada uno con sus frascos, se trataba de meter la langosta en el frasco y de taparlo rápido, antes de que la langosta saltara y se escapara. Habían tenido que quemar los campos, pero para los niños era tan excepcional y se entretenían tanto que no se daban cuenta de que era una catástrofe. Y esa tarde, contentos después de una buena matanza de langostas, volvían a la casa, tiznados y sucios porque los campos todavía estaban llenos de hollín. Al acercarse al portón de entrada escucharon una voz de mujer desconocida, airada, autoritaria, discutiendo con don Luis. Entraron corriendo para ver quién podía ser, el Papá se veía abatido, hablaba con una señora imponente, de abrigo largo, sombrero y paraguas, se notaba que era muy elegante. Entendieron poco de lo que decía porque hablaba en idish, y a ellos ya se les había olvidado.

Aunque a los Freudenstein las casitas de Moisesville les parecían palacios por el jardín y los árboles, eran chiquitas y bastante pobres, no había vestíbulo ni nada por el estilo, al entrar se encontraron de sopetón con la señora, y les pareció que estaba regañando a don Luis como si fuera maestra de escuela. Se quedaron boquiabiertos, —¿Quién es esta señora, Papá? —La abuelita Judith, la

mamá de la Mamá... ha venido a cuidarlos. —Pero si nosotros no necesitamos que nos cuiden, protestó Abi. Mauricio, Vera y Jimmy protestaron tras él. En ese momento, la señora sonreía, —Soy la Bobbe.

Bobbe era un nombre de Kishinev, y para ellos todos esos nombres eran de antes del viaje en barco, los habían olvidado de intento. Nadie la trató nunca de Bobbe, ni la pequeña Myriam, que era su preferida. Mientras estuvieron en Moisesville le decían Abuela —ni siquiera Abuelita— y en Santiago, ya le decían Señora. Entre ellos y con las empleadas siempre hablaban de “la Señora”.

Don Luis se veía tan abatido que les dio pena y sin ponerse de acuerdo se le acercaron como si necesitara protección. Entonces, como nadie decía nada, la señora Judith apuntó hacia Vera con el paraguas, y con una voz indignada lanzó una catarata de palabras. Le entregó a Abi un maletín de cuero, pesadísimo, levantó las manos por encima de su sombrero y se arrancó una aguja enorme rematada con una perla. Durante mucho tiempo Vera se imaginó que se enterraba la aguja en la cabeza y que ese era el destino que la esperaba a ella misma, cuando fuera grande y a su vez se transformara en una “señora”. Sin dejar de perorar, se sacó el abrigo. Usaba corsé, así que era tiesa y las pechugas se le veían imponentes. Según Vera, le ayudaban a mantener distancia con quien tratara de acercársele. Todos la miraban sin hacer nada, ella los observó uno a uno y se puso a lanzar órdenes como un tableteo de ametralladoras. Don Luis traducía: —Bañar a los niños, vestir a Vera con faldas, lavarle el pelo y ordenárselo en una trenza bien firme.

—¡Las shikses! ¿Dónde están las shikses? Gritaba doña Judith. De ahí en adelante, Vera no pudo ni soportar la palabra, nunca la usó. Literalmente, las shikses son las niñas que no son judías, “las otras” en oposición a las “méideles”, pero en América, las señoras cuando se sentían importantes decían “shikses” para hablar de las empleadas. La señora Judith era dominante con todo el mundo, no solo con Vera, pero como ella era la única que desde el principio se rebeló abiertamente, la Abuela siempre estuvo tratando de doblegarla. Se buscaba aliados, todavía estaban en Moisesville y ya se quejaba de Vera

con quien quisiera oírla, “que esta niñita, me va a sacar canas verdes, es tan desobediente, y tan maleducada, y yo lo hago por su bien, porque mi hija, que Adonai la tenga en su seno, todo lo que quería es que fuera una gut ídishe méidele...” Aunque no tenía palabras para defenderse, Vera sabía muy bien que la señora Ana nunca pretendió educarla de esa manera.

Pero la gente admiraba a la Abuela por su abnegación y era cierto también que desde que llegó, la casa estaba limpia, la ropa impecable, los niños comían a sus horas, e incluso lograba manejar a las shikses. Vivía repitiendo que se estaba sacrificando por su hija y hasta llegó a quejarse ante la maestra que Vera respetaba tanto, y la pobre maestra no pudo menos de decirle, Verita, quiero pedirte que seas respetuosa con tu Abuelita, tan buena y sacrificada... Como todavía no era capaz de usar argumentos para defenderse, lo único que le quedaba era bajar la vista para que no siguiera sermoneándola, y acumular ira y rencor. Era el secreto de su fuerza.

La abuela era mucho más tradicional que su hija, que una mujer trabajara fuera de casa le parecía un signo evidente de pobreza y de falta de dignidad, que además fuera médico le resultaba francamente “contra natura” (¡..., ver un hombre desnudo que no es su marido!) igual que disecar cadáveres, (¡cuando una mujer está hecha para dar la vida y no para estudiar a los muertos!) Por eso presionó lo inimaginable para que Vera no entrara a la universidad, y menos aún a Medicina. No lo hacía de mala, sino “por el bien de la niña, para que después pudiera hacer un buen matrimonio”, lo que según ella era mucho más importante.

Al mismo tiempo, la salud era una de las grandes obsesiones de la señora Judith, y en su cabeza, salud e higiene formaban una sola cosa. Leía todas las publicaciones sobre el tema, en idish, en alemán e incluso de vez en cuando con bastante esfuerzo, en francés, si le parecía muy importante. Tenía una carpeta de recortes y como buena judía creía en el carácter sagrado de la palabra escrita, así que seguía al pie de la letra lo que ya había subrayado en los artículos. Había que lavarse las manos cuidadosamente antes de sentarse a la mesa, y por eso,

cuando se trasladaron a Santiago hizo instalar un lavatorio en un nicho del pasillo que llevaba al comedor.

El estómago, con todas sus funciones era el órgano que más la inquietaba. Si alguien se quejaba de dolor de cabeza o de que le picaba la espalda, inmediatamente ella le preguntaba si sentía asco o hambre, y si "había evacuado". Era la palabra elegante que debía usarse, en cuanto los Freudenstein descubrieron que no podía decir "caca", se dedicaron evidentemente a hacerse los idiotas, ¿qué? ¿qué he evacuado qué cosa? ¿...qué tenía que evacuar, abuela? La señora Judith no se molestaba en enojarse sino que se vengaba en el pobre que no había evacuado. Se había hecho acomodar un cuarto pequeño, que llamaba el cuarto de los remedios, pero los niños le decían el cuarto de las torturas. Más o menos a la fuerza llevaba al que no lograba "evacuar" y lo hacía tenderse en una especie de camilla. Cerraba las cortinas de lino blanco, se ponía un delantal almidonado y empezaba el ritual del horror. A sus espaldas, los Freudenstein decían que cuando más gozaba era poniéndoles la lavativa. Si hasta sonreía mientras calentaba agua y hacía hervir un palito de natre. Verificaba la tibieza del líquido jabonoso y no dejaba de repetirles: "Si los intestinos no funcionan gregulamente, es porque una "suciedad" se ha introducido en el cuevo". Algunas veces, cuando ella salía a hacer su Tzedakah, Mauricio se ponía el delantal blanco y la imitaba. "¡Agointe, hijito, agointe!" Y en ese momento a los otros les daba un ataque de risa porque "agointe" no era "aguante", y más de una vez, estando en la situación del torturado, alguno de los hermanos no había podido aguantarse la carcajada y se había hecho arriba de la camilla, manchándosela entera.

Finalmente, tanto se comentaba sobre el cuarto de los remedios que algunos amigos y hasta los clientes de don Luis pedían permiso para visitarlo. Entraban como quien se introduce en el templo de la modernidad, miraban respetuosamente la camilla y los armarios bajo llave. La señora Judith los hacía pasar con una expresión de orgullo y modestia, le encantaba explicar el principio científico de las tocaciones, mostraba la varillita de metal que mantenía rigurosamente desinfectada, y el frasco de azul de metileno.

Lo que pasó fue que en ese juego de presiones la personalidad de don Luis tuvo una influencia negativa. Aunque él era la verdadera autoridad en la familia, rara vez se dejaba arrastrar en una discusión abierta contra su suegra. Cuando surgía algún conflicto, hacía como que no escuchaba. Con la vista fija en un punto indeterminado entre el techo y la pared, se parapetaba detrás de una semisonrisa y se quedaba absorto y con cara de embozado. Quizás tenía demasiada conciencia del favor que la señora Judith le estaba haciendo al administrarle la casa y cuidar los niños, tal vez ella se lo hacía sentir. O por último, simplemente era cobarde y esa mujer imponente lo inhibía. El caso es que no la afrontaba, y por eso Vera se sintió siempre sola en sus peleas contra la abuela. Eran unos encontrones terribles, generalmente a la hora de comer y delante de toda la familia. Los rituales del comedor eran los más rígidos, y por eso, comer en familia era una lata enorme.

La mesa estaba puesta de una determinada manera, sin olvidar ningún detalle, una cubierta de franela debajo del mantel, el aguamanil con una torrejita de limón, la servilleta nunca en la copa porque era muy vulgar, el pan servido en la panera, sobre un pañito de lino blanco bordado de blanco, con las puntas dobladas por encima para mantenerlo tibio... y todo lo demás, las horas en que se come, la manera como se sirve, lo que se dice en la mesa, porque en la mesa solo se podían tratar temas de interés general y sin violencia para no entrabar la digestión... Entonces, cuando ya estaban en el liceo, los hermanos se iban a comer con gusto donde sus compañeros, solo para poder apoyarse en el respaldo de la silla, comer poniendo los codos encima de la mesa, y no tener que masticar 32 veces cada bocado. Con tanto reglamento, los Freudenstein terminaron por comer muy lentamente, y entonces se sentían obligados a dar explicaciones, de manera que las 32 mascadas se transformaron en una leyenda, y cuando comían donde los amigos, la madre, o el padre, les pedían que contaran por qué. —Es que la Abuela dice que lo que uno come, cae al estómago que es un órgano muy delicado. Por eso hay que entregarle la comida hecha papilla... Nos lo ha explicado con

unas láminas en colores del aparato digestivo. —¿Y a ti te ha convencido? —Haga la prueba, proponían ellos, ¡mastique cada bocado 32 veces!

Como don Luis no intervenía en ninguna de sus peleas con la Abuela, y sus hermanos también se hacían los desentendidos, Vera se tragaba las lágrimas y no cedía. Pero dentro de sí misma, se repetía, “te odio, te detesto, muérete aquí mismo, muérete de una vez por todas, así me dejarás en paz”. Y cuando la señora le preguntaba si sabía cómo se preparaban los gefelte fish (Vera nunca quiso prepararlos), se imaginaba a la abuela, acostada arriba de la mesa de la cocina, y ella misma ordenándole a la cocinera que la cortara en pedacitos con un cuchillo bien kosher. No pensaba en dejarse doblegar, y por eso terminó estudiando a escondidas. En cuanto la abuela se acostaba y apagaba la luz de su pieza, Vera se levantaba y abría sus libros. Se acostumbró tanto a trabajar de noche que se volvió completamente noctámbula. Y después ese fue uno de los tantos motivos de pelea con Serguei, porque él tenía que levantarse temprano y a ella le gustaba conversar hasta la una o las dos de la mañana.

Al final del liceo, Vera estudiaba hasta que se sabía todo a la perfección, y la señora Judith no podía dejar de darse cuenta que don Luis y los hermanos estaban orgullosos de que fuera tan buena alumna. Vera se preparaba para la recta final hacia el bachillerato. Si tenía un buen puntaje, se le abrirían las puertas para estudiar cualquier carrera.

Faltaba un mes más o menos, estaba nublado y hacía un calor tan bochornoso que costaba concentrarse. Vera hubiera querido estudiar con sus amigas, pero la Marilú Cotapos decidió que no iba a entrar a Medicina sino a Leyes, así que dejó de dedicarse a las matemáticas y a la biología. Y la Elisa Marmentini no terminó el último año de tanta angustia que le daba no recibir noticias de su Aldo. Por eso estudiaba sola. Estaba agotada y medio dormida de cansancio. A ratos salía de su pieza, si se cruzaba con la abuela generalmente casi no la miraba. Ese día se fijó en ella y además la escuchó quejarse. Algo le dolía seguramente. Y en algún momento se dio cuenta de que la abuela, que siempre había sido echada para atrás

de tiesa, ahora se veía encorvada como si la columna vertebral se le hubiera vuelto gelatinosa. Vera siguió de largo encogiéndose de hombros, que se muera, si eso es lo que quiere. Desearle la muerte ya se había transformado en una muletilla que se repetía hacia dentro de sí misma cada vez que la señora Judith la amargaba con sus manías.

Y esa noche, por primera vez desde que llegó a vivir con la familia, la abuela no los esperaba en la mesa. Entonces Jimmy dijo que había visto a una enfermera subiendo al segundo piso. —No puede ser que se esté muriendo, comentó alguien, pero don Luis lo fulminó con la mirada. A Vera se le cortó la respiración ante la sola idea de que la señora Judith se estuviera muriendo de verdad.

—¿Cómo está la Abuela? Don Luis tenía una expresión preocupada: —Muy decaída. Casi inconsciente. Uno a uno, los hermanos fueron a verla a su cuarto. Entraban en puntas de pie. Tenía la cabeza apoyada sobre la almohada, un mechón canoso y despeinado sobre el hombro, los ojos entrecerrados. La abuela siempre había sido muy cuidada de su persona, nadie nunca la vio más que vestida y peinada de manera impecable. Por eso, ese mechón de pelo fuera de sitio les pareció a todos el peor signo de decadencia. Se desmejoraba a ojos vistas, a la mañana siguiente tenía la mirada vidriosa y respiraba apenas. Vera estaba espantada, se le ocurría que sus pensamientos habían adquirido una fuerza sobrenatural, si la abuela llegaba a morirse, aunque nadie supiera que la culpa era de ella, sería una verdadera asesina. En vez de estudiar, hacía esfuerzos mentales para que se mejorara, con la esperanza de que sus buenos pensamientos pesaran tanto como los malos. Hubiera querido creer en algún dios para rogarle que no se muriera, pero solo creía en su propia fuerza.

A la mañana siguiente entró a verla junto con su padre. La señora Judith entreabrió los ojos. —Vérole, susurró. Vera ni siquiera se molestó porque la llamaba así, se lo había prohibido incontables veces, se había cansado de pedirle que le dijera Vera y no Vérole —Vérole... agregó mirándola a los ojos: —Hazme un último favor... Vera la miró, desconcertada. — ¡Prométeme que no estudiarás Medicina!

Don Luis, que había entrado con Vera, hizo como si no hubiera escuchado y se concentró en los papeles que había dejado el doctor. A Vera le palpitaban las sienes y le costó retener las lágrimas. ¿Ceder su destino a cambio de la vida de la abuela? ¿Ese era el costo? No podía respirar, no sabía qué hacer. En ese momento, Myriam entró a la pieza. La señora Judith estaba semi incorporada en la cama, pendiente de Vera que seguía inmóvil. Myriam tendría unos nueve o diez años, era chica, pero se dio muy bien cuenta de que algo grave estaba pasando. La abuela dejó caer el brazo como si ya la estuviera abandonando la vida. Suspiró y cerró los párpados. La estoy matando, se decía Vera, la estoy matando, y luchaba desesperadamente para no creerlo.

Los Freudenstein se defendían de la señora Judith riéndose de ella. Le imitaban sus "mein gött", "mein, gött", y cuando ella no estaba, entre ellos se hablaban "en judío": -Ay Vérele, quirídele, venga a ayudagme el Joives con las tareas, Jimmy le pedía a Vera, y ella le contestaba -no poido, shéinele quiridi, ¡estoy muy adrasada con las mías! La imitaban pero evidentemente no toleraban que alguien que no fuera judío los imitara a ellos. Así fue como una tarde, cuando apenas tenía ocho años, Jimmy volvió a la casa con sangre de narices. Se había peleado a puñetazos con unos compañeros porque uno de ellos dijo un chiste de judíos. En la casa, Jimmy se lo contó a sus hermanos, y lo imitó, encorvándose como si tuviera joroba, simulando con la mano una nariz ganchuda, repitiendo con la voz chillona -no poide prestar platiti, quiridi, Salomón muy pobre, muy pobre... Jimmy le había pegado, pero los otros compañeros lo sujetaron: -¿Pero qué mosca te ha picado Jimmy? Jimmy se debatía, furioso: -¡Te prohíbo que te rías de los judíos! -pero... si nunca quise insultarte. -Hasta se nos había olvidado que eras judío. -Jimmy, no seas pesota, hay judíos quiridi y otros como tú... Los hermanos se juntaban en el tercer patio, ahí donde nunca iba la abuela. Jimmy se refregaba la nariz hinchada. Tenía una pregunta: -¿Son todavía mis amigos? -No sé, dijo Abi, que era el mayor, no sé qué decirte. En ese momento llegó Mauricio con aires de conspirador: -No saben lo que encontré. Agitaba una revista.

Los demás se encogieron de hombros: —Ningún interés. Es una de esas cosas de la abuela. Es *La Voz de la Comunidad*, de vez en cuando alguien se la manda de Argentina. —Fíjense en esto, dijo Mauricio, y abrió una página de *Correspondencia y Anuncios Útiles*, miren esta sección, ¿ven? dice “Matrimoniales”.

“Dama viuda y con rentas, culta, sana y de buena presencia. Observante y especialista en la cocina tradicional, con conocimientos de higiene y Medicina, busca caballero soltero o viudo de la Comunidad, con fines serios. De preferencia de Bessarabia o Polonia. Escribir a la Revista que transmitirá. J.H.”.

La abuela se había casado dos veces, primero con el padre de doña Ana, que se murió muy joven, y después con un señor Horwitz que también se murió. Así que podía ser ella y estaba firmando con sus iniciales, Judith Horwitz. Con todo, les parecía imposible que a una señora ya mayor, una abuela de pelo canoso, se le ocurriera casarse. Quizás no tenía 50 años, pero ellos la veían muy vieja. —Oye, Mauricio, ¿de dónde sacas que es ella? —Por esta historia de Bessarabia y Polonia. —¡Pero si todas las señoras de la Comunidad vienen de Bessarabia o de Polonia! —Yo creo que es ella, dijo Abi, por lo de “los conocimientos de higiene y Medicina”. Mauricio decidió escribirle, y los otros le apostaron que no era capaz de hacerlo, que lo iban a pillar y que le armarían un tremendo escándalo.

Mauricio anduvo varios días distraído y sumamente misterioso. El Viernes antes de la puesta del sol, cuando la señora Judith partió a hacer la Tzedakah, Mauricio los reunió en el tercer patio. Había escrito la carta: —“A la señora J.H.: Soy viudo desde hace diez años, tengo dos hijos casados y un negocio de pieles por lo que viajo constantemente entre Santiago y Buenos Aires. Practico la fe de nuestros antepasados y me gusta el gefelte fish y los krépele. Quisiera conocerla con fines serios para compartir esta etapa de la vida. Suyo, respetuosamente, Noé Poliakov. P.S. Como mi nombre lo indica, mi familia es de Polonia.”

—¿De dónde sacaste todo esto? ¿Lo inventaste solo? —Encontré un atado de revistas viejas, las estuve leyendo y les copié el estilo. Eso de que viajaba de Santiago a

Buenos Aires lo inventé para poder mandarle la carta desde Santiago. —¿Y eso de “esta etapa de la vida”? —Es frase de viejo, ¿no? No sé dónde lo leí. Después Abi la metió en la conversación y todos juraban que a la Abuela le había dado un sobresalto. A Vera se le ocurrió que era mejor cambiar lo del negocio de pieles porque don Luis tenía una peletería, lo mismo que el tío Isi de la Ville de Nice, así que a la abuela no le costaría nada averiguar sobre Noé Poliakov. Jimmy quería que tuviera una pastelería, pero a los más grandes les pareció una estupidez, y decidieron que vendiera libros porque sonaba más importante.

Mauricio se las arreglaba para conseguirse *La Voz de la Comunidad*, y un día llegó, excitado, convocándolos a una reunión secreta después de comer. —Me contestó, chillaba, en medio de un ataque de risa, ¡me contestó! ¿Se fijaron en el vestido nuevo? Efectivamente, aunque era muy elegante, la Abuela era de las que en la casa se ponía su ropa más vieja, ahora se acababa de hacer un vestido “para la casa”, se lo ponía todo el tiempo y hasta se prendía en el escote el camafeo que reservaba para las grandes ocasiones. —¡Miren! Tenía el último número de *La Voz de la Comunidad*. En la sección Correspondencia había una nota: “Señor Noé Poliakov, sírvase pasar a buscar una carta en las oficinas de la revista”. La oficina estaba en Buenos Aires, así que el señor Poliakov escribió pidiendo que le remitieran su carta. En fin, hicieron un montaje complicado, con otros amigos, y Mauricio logró mantener la amistad epistolar durante un año más o menos.

La señora que le escribía a Noé Poliakov firmaba con sus iniciales, y aunque sin decir su apellido, la casa que describía en sus cartas podría haber sido la de los Freudenstein. De todas maneras, los hermanos nunca estuvieron completamente seguros de que J.H. era la abuela. Dejaban caer frases de las cartas de Noé Poliakov para ver si reaccionaba. Cuando era evidente que ella estaba intrigada o se sentía incómoda, ellos se daban codazos o pataditas bajo la mesa.

Era en esos días de Rosh Hashaná. Cuando joven, parece que la señora Judith no era ni muy creyente ni muy observante, pero con los años se fue volviendo

terriblemente puntillosa con las comidas y las tradiciones, así que la preparación de Rosh Hashaná los tenía a todos hasta más arriba del pelo. Las shikses de la señora Judith le decían la "Rocha Chaná", era la fecha en que tenían que poner la casa patas arriba limpiándola. Almidonaban los mantelitos bordados, se subían arriba de una escalera para pulir cada uno de los cristales de las lámparas, y lo peor era que la señora Judith les hacía ordenar las piezas, y ya nadie encontraba nada y todos se ponían de mal humor.

Para darles una "buena educación", en la mesa, la abuela organizaba la conversación sobre temas "finos", y como consideraba que Mauricio era el más brillante de los hermanos, empezaba hablándole a él: -¿Cómo estuvo la clase de esta mañana? Así como lo organizaba, todo lo que pasaba en la mesa era previsible y aburrido, porque mientras la abuela planteaba su pregunta, los demás hacían conversaciones paralelas, habían aprendido a hablar casi sin mover los labios. -El Domingo comí langostinos, dijo Vera. Eso era interesante porque en la casa no se comían mariscos. La abuela escuchaba las voces aunque no alcanzaba a distinguir las palabras, pero como necesitaba controlarlo todo no podía dejar de preguntar: -¿Quién habló? ¿Qué, qué...? ¿Qué dijiste? Y claro, el que había hablado aseguraba que no había dicho nada. -Estuvo muy interesante, estaba contestando Mauricio, con su mirada más inocente, limpiándose los labios con suavidad, y haciendo gala de sus mejores modales... El profesor nos mostró unas fotografías de los chancros de los sifilíticos, y nos dijo que al final del trimestre ya íbamos a ver enfermos. Era mentira, por supuesto, lo decía porque sabía perfectamente que ese no era un tema para la mesa y que además a la señora Judith le iba a dar asco. En paralelo, Vera seguía describiendo su almuerzo donde los Marmentini: -... unos tallarines anchos, más o menos así, creo que se llaman tagliatteli. Y los sirvieron con langostinos y mucho parmesano. -¿Estaba rico? preguntó Abi, con la misma técnica. -A mí me convidaron pan con jamón en el recreo, susurró Jimmy. El jamón tenía el encanto de lo prohibido, y era doblemente encantador poder contárselo en la mesa, bajo las narices de la señora

Judith. Pero ya la abuela le estaba preguntando a Vera: —¿Cómo estuvo la lección de geografía? —Muy interesante. Nos explicaron los productos del mar, especialmente los mariscos. Un rumor a carcajada recorrió la mesa, la abuela la observó, sorprendida. Vera le devolvió una mirada demasiado ingenua, la señora se dio cuenta que había algo incorrecto pero no logró descubrir adónde estaba el chiste. Iba a refugiarse en una conversación con don Luis, pero no alcanzó ni a abrir la boca cuando Jimmy comentó que en su clase de historia, el profesor había hablado de la leyenda de Noé. Durante un segundo se hizo un silencio de muerte en la mesa. La señora Judith intuía que había alguna trampa, pero no podía ocurrírsele cosa tan monstruosa como que el señor Noé Poliakov, con quien se escribía desde hacía unos meses, no fuera más que una malvada invención de sus nietos. —Es una historia muy interesante, dijo don Luis, que no se daba cuenta de nada, o que en todo caso prefería conversar de leyendas antes que de shikses. Cuando ya la abuela empezaba a calmarse, alguno de los mayores le sugería a Myriam que dijera algo. Myriam era la más chica, y prácticamente la señora Judith la había criado. Era obra suya, la luz de sus ojos, su indiscutible favorita, le decía Shéinele, que era ya lo más cariñoso que nunca le había dicho a alguien, y realmente no podía enfadarse con ella. Entonces Abi, hablando en voz muy baja, le preguntaba a Myriam, cómo podía ser que todos fueran hijos de Noé y de la señora de Noé, y Myriam, que era demasiado chica para entender lo que estaba haciendo, repetía la pregunta en voz alta. Don Luis, el especialista en eludir situaciones difíciles, se limitaba a sonreír, mientras los hermanos miraban a la abuela como si la pregunta fuera solo para ella. Aunque la señora Judith era inteligente, caía irremediabilmente y empezaba a explicarle sin darse cuenta que fatalmente tendría que hablar del incesto y que eso era lo que todos estaban esperando. Entonces se callaba bruscamente, sin poder creer que su Shéinele hubiera tratado de confundirla. “En esta etapa de la vida”, comentaba Abi con un tono sentencioso, era la famosa frase de la primera carta de Noé Poliakov, a los Freudenstein les encantaba y la sacaban a colación bajo

cualquier pretexto. La abuela lanzaba unas miradas de desconfianza, y entonces todos se daban pataditas bajo la mesa. De todas maneras, si a la abuela llegó a ocurrírsele que eran sus propios nietos los que le escribían, no tenía cómo atraparlos, porque ellos eran lo suficientemente astutos como para no dejar huellas. Hubo sin embargo una cosa curiosa, las shikses les dijeron que había empezado a guardar todo bajo llave en su pieza. Según Mauricio, lo peor que ella podía imaginarse era que se metían en sus papeles y le leían las cartas. Todo quedó en nada, finalmente, y la señora Judith siguió viviendo con los Freudenstein.

Por eso, cuando la Abuela estuvo al borde de la muerte y le arrancó la promesa de que no entraría a Medicina, a Vera se le ocurrió que si no hubieran inventado a Noé Poliakov, quizás la señora Judith habría seguido poniendo anuncios en *La Voz de la Comunidad*, y a lo mejor habría terminado por encontrar un tercer marido. Entonces ya no hubiera estado viviendo en la casa cuando ella dio el bachillerato y tampoco le habría importado tanto lo que iba a estudiar. Lo pensó durante muchos años, y se decía que ella misma tenía una parte de culpa porque nunca se opuso a que Mauricio siguiera adelante con sus cartas. Y se imaginaba que si hubiera hecho Medicina tampoco se habría casado con Serguei. Y sobre todo, nunca, nunca habría dejado de trabajar por amor.

V

Cuando nació María Guerra la criaron con leche de cabra. En donde aparece la Poto de Oro y hace una curación milagrosa. Por qué Dámaso Guerra tuvo que irse a La Calera y cómo vendió tierras para comprarse una casa. La huelga por las ocho horas, Melania Fernández toca guitarra para la fiesta. La muerte de Irma y el mal de ojo. La epidemia de viruela. Dámaso saca a María a escondidas y se la lleva a la Poto de Oro para que la cure. El secreto de la Poto de Oro. Y sus consejos.

.... Mi mamá decía que yo era tan loca porque cuando chica me criaron con leche de cabra. Cuando ella me tuvo se le secó la leche, entonces tuvieron que ir ahí a Río Blanco, donde tenían unas pertenencias, y se consiguieron una cabra parida y la trajeron para Los Andes. Y por eso me dieron leche de cabra. Mi mamá se asustaba tanto, decía, este animal se va a matar de repente, porque como estaba criada en los cerros y echaba de menos, se subía por arriba de las paredes y corría como si la persiguiera el diablo. Las paredes eran de adobe, y tenían una parte más baja, por ahí se subía de un salto, corría por el borde del sitio hasta que llegaba al horno de pan. Como el horno estaba al lado de la cocina, por ahí saltaba encima del techo de la cocina. Mi mamá rezongaba, esta cabra se va a matar y la María se va a matar con ella, porque yo, en cuanto supe andar, corría como podía detrás de la cabra. Era blanquita y me quería, de eso estoy segura, me acuerdo que se quedaba quietecita en un rincón y yo me acurrucaba contra ella.

Una vez íbamos por la orilla corriendo detrás de la cabra, cuando sentimos gritar unos pajaritos. —María, me dice mi prima, como eres más chica, te voy a subir para que saques los pajaritos. Entonces me puso encima de sus hombros y yo me estiré todo lo que podía y metí la mano

en el nido. No se veía nada. Sentí una cosa que se me enrollaba por el brazo y grité al mismo tiempo que me echaba hacia atrás. Por eso gritaban los pájaros, era una culebra que se los estaba comiendo. Yo chillaba y sacudía el brazo con todas mis fuerzas, entonces la culebra se desenrolló y se dejó caer al suelo. Pero de puro susto mi prima se cayó y las dos fuimos a parar al lado de la culebra. Todo pasó tan rápido, la cabra saltó desde la pared y se puso a dar patadas para todos lados, y en un dos por tres la culebra había desaparecido. No me acuerdo cuándo fue, yo era bien chica y debe de haber sido en primavera porque cuando me acuerdo de la culebra siento también una mezcla de olor a bugamvilias, a claveles y a chicha fresquita.

En el sitio de mi casa había unas higueras viejísimas con los ganchos medio caídos para el suelo. A mí y a mi prima nos gustaba subirnos, amarrábamos unos ganchos con correas y jugábamos a que eran las riendas de un caballo mágico. Entonces mi abuelita y mis tíos me decían, —cuidado María, no vaya a ser que vuelva la culebra. —A mí qué me importa, les contestaba, para eso tengo a la cabra, para que me defienda. De verdad creía que la cabra estaba para cuidarme y nada me daba miedo. Quizás por eso me atrevía con el peligro, me metía donde estaban las colmenas y las abejas no me picaban, pasaba corriendo por el borde del acequión grande y nunca me caí al agua, me descolgaba de la higuera y las ramas resistían, en cambio cuando se bajaba mi prima se quebraba todo y se pegaba el costalazo. Entonces, como a mi nunca me pasaba nada, la gente empezó a decir que alguien en mi familia tenía arreglos con la bruja y que lo de la culebra y la cabra que me protegía era un puro cuento para disimular. Yo no entendía lo que querían decir y me daba rabia tanta maledicencia, entonces me escapaba para los cerros, con la cabra trotando detrás mío.

Mi Mamá, cuando nació mi hermano, estuvo tan enferma que ya se moría. Blanca, transparente, sin fuerzas, apenas sacaba un hilito de voz. Y mi hermanito Isaac, el pobre, se le caía el pelo y se empezó a hinchar, se hinchaba, se hinchaba como conejo, y se puso más transparente que mi Mamá. Parecía de vidrio. Mi Mamá, siempre ha sido tan especial para sus cosas, no quería que la viera

nadie más que el doctor Meyer de Los Andes, pero el Doctor se había ido de vacaciones y mi Mamá dijo, entonces estará escrito que me voy a morir no más. Se iba volviendo cada vez más blanca y más lacia, ya ni siquiera podía levantar las manos de arriba de las sábanas. Mandaron a llamar a su mamá y a sus hermanas, y ahí estaban todas las Fernández, al lado de la cama, esperando... ¡qué se yo lo que estaban esperando!

También mandaron a buscar a mi Papá que andaba por los pimentales. Vino con mi tata Primitivo, saludó a las Fernández, así le decía a la familia de mi Mamá, porque ellas siempre andaban sacando el apellido, se acercó a la cama, mi Mamá estaba con los ojos semi cerrados, yo creo que ya ni veía. —Melania, voy a traerte a la Poto de Oro, dijo. Las Fernández se estremecieron y se miraron entre ellas, pero no se atrevieron a decir nada, porque a fin de cuentas mi Mamá estaba tan mal. Pero claro que se notaba que no les gustaba nada la idea.

.... Mi Papá salió, y mi abuelita Rosario trajo una jarra con agüita de orégano tibia, para los nervios. Les fue sirviendo en sus mejores tazas y se quedaron todos callados, esperando. Nosotros, los niños, andábamos por ahí dando vueltas, pero en cuanto nos veían nos corrían para que nos fuéramos. Nos echaron para el patio, pero nos subimos a uno de los cerezos que bordeaban el canal, y como dejaron la puerta abierta, vimos todo por la claraboya del corredor.

Hasta ese momento yo nunca había oído hablar de la Poto de Oro. Estábamos cerca del portón, y cuando la vimos llegar con mi Papá, de verdad que nos impresionó. Era casi tan grande como él y tenía una manera de mirar y de caminar que daba respeto. Era bien morena, con los ojos de un negro brillante, se veía que ya estaba vieja, pero era imponente... ¡Y qué culo que tenía, madre mía, se tenía bien merecido el nombre! ... Entonces salió mi Tata Primitivo a recibirla, ella apenas le hizo un gesto y siguió andando como si fuera una reina. Primero se acercó a la cuna de Isaac, se inclinó para mirarlo, estiró un dedo todo sarmentoso y le hizo cosquillas en la mano, la guagua entreabrió la mano y le apretó bien fuerte el dedo. La Poto de Oro sonrió, preguntó algo sobre las caquitas, no

se qué exactamente, porque desde el árbol apenas oíamos lo que decían. Después se acercó a ver a mi Mamá, desde la puerta de la pieza les hizo un gesto de saludo a las Fernández, mi Papá se adelantó como si le abriera paso y los dos se acercaron a la cama. Se inclinó para mirarla, igual como con mi hermanito, pero no la tocó.

Mandó pedir una gallina completamente negra, y se quedó esperando que se la trajeran, de pie junto a la cama, sin moverse y sin mirar a nadie. Se adelantó cuando venía entrando mi tata Primitivo con un cuchillo en una mano y en la otra la gallina negra que se meneaba para todos lados. La Poto de Oro agarró el cuchillo y sin decir nada mató a la gallina de un tajo por el medio de la guata. Las Fernández se estremecieron como si les hubiera dado un correntón, pero ella ni las miró. Después le pasó el cuchillo al Tata y con las dos manos abrió la gallina, se acercó a mi Mamá, le levantó la camisa y se la puso en medio del pecho, así no más, todavía caliente, con las tripas saliéndosele y con toda la sangre. Todo pasó tan rápido que nadie alcanzó a hacer ni un gesto. Mi abuelita María, la mamá de mi Mamá, se acercó a mirar, pasaron unos minutos y parece que mi Mamá empezó a recuperar sus colores, porque desde el árbol escuchábamos los comentarios.

Después que mi Mamá empezó a revivir, la Poto de Oro dijo, –A la Melania no le den lentejas durante un año porque es malo para el corazón. De aquí al otoño, que se tome todas las mañanas en ayunas una agüita de hojas de gualtata, es muy bueno para las palpitaciones... ¡y no mucho ajo porque baja la presión! Todos la miraban como embobados, se volvió hacia mi Papá: –Dámaso, llévame de nuevo donde el niño. Yo no sabía que mi Papá la conociera, menos aún que se tutearan. –Vamos a hacerle unos sinapismos, dijo, con esa manera un poco cortante que tenía. De una bolsa sacó un paquetito con una pasta que creo que era de grasa y de hierbas. Hizo que se la calentaran en una sartén.

Desde el cerezo veíamos cómo le iba poniendo una capa en el pecho, cuando se enfriaba le ponía otra, y así, hasta que Isaac empezó a desinflarse. A su lado, todos con la boca abierta y ella muy tranquila, como si fuera lo

más natural del mundo. Dejó dichas un montón de cosas que no me acuerdo, saludó de nuevo, bien seco, y salió con mi Papá y con el Tata Primitivo que la acompañó hasta la puerta, mi Papá la fue a dejar a su casa. Ella apenas miraba a mi Tata, si llegó de reina se fue de emperatriz.

... Cuando mi Mamá se casó con mi Papá, se fue a vivir con la familia Guerra. El sitio era enorme, y mi Papá construyó al lado de la casa grande, un poco sesgado y más cerca de la entrada. Mis tíos vivían en la casa grande. El Tata Primitivo había tenido cuadrillas para atravesar la cordillera y hubo un tiempo en que le iba muy bien, porque pasaba animales y también mucha gente importante que había que acompañar y dejar sana y salva al otro lado. Así que en la familia no faltaba. Pero cuando nosotros éramos chicos, ya habían hecho el camino grande para la Argentina y se cruzaba más por ahí que por los pasos, además estaban haciendo el túnel y el transandino, así que las cuadrillas ya no servían para mucho. Los hijos del Tata Primitivo eran tres, mi Papá, el tío Antenor y el tío Pancho. Los tíos eran simpáticos, pero se lo pasaban en fiestas, y sacaban más de lo que trabajaban. A todo esto mi Mamá tenía un chiquillo tras otro, cada vez éramos más en la casa, aunque el Tata tuviera los caballos, las vacas y las gallinas, y comiéramos fruta hasta empacharnos, las cosechas no daban para tanta gente. Cualquiera podía haber pensado que eran unos tontorrones, pero es que entonces no existían los camiones. Hacían la cosecha y se quedaban esperando que llegaran los compradores. Si no venían, la cosecha se pudría no más, pero como siempre había sido así ni siquiera se les ocurría hacer otra cosa.

Como la comida ya no alcanzaba, mi Papá sembraba no más y el Tata Primitivo se ocupaba del riego. Mi Papá partía a buscar trabajo y volvía para la cosecha. Fue para la construcción del túnel y ahí conoció harta gente, pagaban bien, parece. Se decía que en cuanto la línea estuviera lista y pasara el tren, ya no iba a haber más trabajo. Entonces, con un amigo de él se fue en tren hasta Quillota y se quedaron un poco trabajando ahí. Después se fueron los dos juntos para La Calera.

Índice

Introducción, el complejo de Prometeo.	5
Primera Parte	
La herencia de los deseos frustrados	21
I	23
II	43
III	65
IV	87
V	105
VI	125
VII	143
VIII	175
Segunda Parte	
La herederas, cortando el cordón umbilical	211
Capítulo 1 Sobre el ser judío	213
Capítulo 2 No pongas etiquetas	241
Capítulo 3 El sexo de las madres	273
Capítulo 4 El mito de Prometeo...?	321
Anexo	359
Lazos de parentesco: Los Vershenkov de Kishinev (en Chile, Belchenko)	361
Lazos de parentesco: Los Freudenstein de Kishinev	362
Lazos de parentesco: Los Guerra-Fernández de Los Andes	363
Lazos de parentesco: Los Araneda de Huentelauquén	364

PUBLICACIONES LOM EDICIONES

COLECCIÓN NARRATIVA

- CRÓNICA DEL NIÑO LOBO
Cristián Vila
- CRUCE DE CAMINOS
Raúl Mera Muñoz
- LA SONRISA DEL CAIMÁN
Dauno Tótoro
- RECADO CONFIDENCIAL
A LOS CHILENOS
Elicura Chihuailaf
- SEDENTARIOS Y (EXTRA)VAGANTES
Rafael Baraona
- YO TAMBIÉN FUI RETARDADA MENTAL
Práxedes Valdivieso
- LA PENUMBRA
Alda Contreras
- SOMBRAS NADA MÁS
Beatriz García-Huidobro M.
- SANGRE VERTIÓ TU BOCA
Guido Eytel
- CON LA NOCHE ENCIMA
José Ignacio Valenzuela
- MOVIMIENTO FALSO
Sergio Missana
- CUENTOS HISPANOAMERICANOS
XVI Concurso Internacional Juan Rulfo
- CAMISA LIMPIA
Guillermo Blanco
- VIENEN DEL MIEDO
Michel Bonnefoy
- CABALLO BERMEJO
Nelson Muñoz Morales
- SANTO ROTO
Juan Pablo Sutherland
- LOS SIETE HIJOS DE SIMENON
Ramón Díaz Eterovic
- DELIRIUM
León Pascal
- EL DESTELLO
Gonzalo Maier
- SONATA DE CARNE Y HUESO
Sonia Guralnik
- TODO ESTÁ EN TODAS LAS COSAS
Sergio Pitlor
- ÁNGELES Y SOLITARIOS
Ramón Díaz Eterovic
- LA CIUDAD ESTÁ TRISTE
Ramón Díaz Eterovic
- QUERIDO DIEGO, TE ABRAZA QUIELA
Elena Poniatwoska
- MATAR A LOS VIEJOS
Carlos Droguett
- LA SENORITA LARA
Carlos Droguett
- LOS CONVERSOS
Guadalupe Santa Cruz
- CUENTOS CHILENOS
Contemporáneos 2000
- DEL MAPOCHO AL SENA
Jorge Palacios
- EL OJO DEL ALMA
Ramón Díaz Eterovic
- LA SERPIENTE
César Aira
- EL HIMNO NACIONAL
Fernando Jeréz
- LOS ANIMALES BLANCOS
Y OTROS CUENTOS
Josefina Plá

TRABAJAN EN LOM

Comité Editorial Silvia Aguilera, Juan Aguilera, Mauricio Ahumada, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Naín Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky
Relaciones Públicas Mónica Benavides **Asesoría Editorial** Faride Zerán **Diseño y Diagramación Editorial** Ángela Aguilera, Marcos Ribeiro, Hugo Ortiz De Pinedo **Exportación** Ximena Galleguillos **Página web** Edgardo Prieto **Producción** Jorge Slachevsky Eugenio Cerda **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Ángel Astete, Jorge Ávila **Preprensa Digital** Daniel Véjar **Impresión Offset** Héctor García, Luis Palominos, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **Corte** Enrique Arce, Eugenio Espíndola **Encuadernación** Carlos Campos, Gonzalo Concha, Sergio Fuentes, Marcelo Merino, Gabriel Muñoz, Miguel Orellana, Marcelo Toledo **Diseño y Diagramación Computacional** Carolina Araya, Jessica Ibaceta, Claudio Mateos, Ricardo Pérez, **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, Carlos Bruit, Fabiola Hurtado, José Lizana, Ingrid Rivas **En la Difusión y Distribución** Jaime Arel, Mary Carmen Astudillo, Elba Blamey, Marcos Bruit, Alejandra Bustos, Luis Fre, Carlos Jara, Nelson Montoya, Pedro Morales, Cristián Pinto, Georgina Caniffrú **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova, Soledad Martínez **Área de Administración** Mirtha Ávila, Diego Chonchol, Eduardo Garretón, Manuel Madariaga, Marco Sepúlveda. *Se han quedado en nosotros Adriana Vargas, Anne Duattis y Jorge Gutiérrez.*

SECC. CHILENA

DEPOSITO LEGAL

13 JUN 2002

BIBLIOTECA NACIONAL
SERVICIO DE REGISTRO Y CONTROL

ANA VÁSQUEZ-BRONFMAN

Las jaulas invisibles

En *Las jaulas invisibles* se entrelazan dos historias de distintas temáticas e interpretaciones. Un relato se refiere a la emigración de dos familias judías que se establecen en Chile a comienzos del siglo XX. El otro texto muestra a dos familias chilenas de campesinos empobrecidos que se ven obligados a emigrar a la ciudad. Ambas narraciones tienen como telón de fondo el trasplante y el exilio, con todo lo que significan como riesgo y desafío pero también como apertura y aprendizaje del contexto histórico y social de la primera mitad del siglo XX.

Las voces que narran son las de las hijas de esas familias. Haciendo camino hacia atrás en la historia familiar las protagonistas tratan de descubrir las “jaulas invisibles” que las encierran. Estas tienen que ver con las limitaciones, los miedos, los rechazos y sobre todo, las ambiciones y los deseos frustrados de sus padres y de sus abuelos.

Las jaulas invisibles mira el mundo y la historia con ojos de mujer y procura revelar las dificultades y las luchas individuales de mujeres de comienzos del siglo XX.

PELIGRO
LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO



9 789562 824217